



**CHINUA
ACHEBE**

**Me alegraría
de otra
muerte**

Lectulandia

Obi Okonkwo, el nieto del protagonista de *Todo se desmorona*, regresa a Lagos lleno de ideas y nobles principios tras estudiar en Gran Bretaña. Pero pronto será forzado a moderar sus valores morales y sucumbir a las presiones de la sociedad corrupta de su país.

Obi Okonkwo es un joven idealista que, gracias a los privilegios de haberse formado en Inglaterra, regresa a Nigeria para trabajar en la administración pública. Sin embargo, se encuentra con un gobierno que opera con maniobras sucias y sobornos. Cuando —para disgusto de sus padres— se enamora de la muchacha equivocada, se sumerge en un caos emocional y económico. El dinero fácil es ahora irrechazable, y Obi cae en una trampa de la que le resultará muy difícil escapar.

Lectulandia

Chinua Achebe

Me alegraría de otra muerte

ePub r1.1

MuadDib 21.04.14

Título original: *No longer at ease*
Chinua Achebe, 1960
Traducción: Marta Sofía López Rodríguez
Retoque de cubierta: MuadDib

Editor digital: MuadDib
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

Para Christie

Volvimos a nuestras tierras, a estos
Reinos, pero ya no se está bien
aquí, en el antiguo orden, con un
pueblo extranjero aferrándose a sus dioses.
Me alegraría de otra muerte.

T. S. ELIOT, «El viaje de los Magos»

Prólogo

EN uno de sus más conocidos textos ensayísticos, «El novelista como maestro», Achebe afirmaba que su revolución personal ha consistido en «ayudar a mi sociedad a volver a creer en sí misma y olvidar los complejos de años de denigración y autodesprecio»^[1]. Esta ha sido sin duda una tarea por la que obtenido amplio reconocimiento y recompensas en Nigeria, en África y en todo el mundo: más de treinta doctorados Honoris Causa, prestigiosísimos premios literarios, unas cifras de ventas y traducciones sin parangón dentro de la literatura negra, y un público lector ferozmente leal. Pero, como occidentales, debemos además agradecerle a Achebe el habernos ayudado a descubrir la enorme complejidad de la sociedad igbo tradicional, a entender los conflictos que han marcado el (des)encuentro constante entre Europa y África a lo largo de los siglos XIX y XX, a atisbar entre los bastidores de la laberíntica realidad poscolonial, a paladear un nuevo inglés empapado por la sabiduría tradicional africana. La narrativa de Achebe constituye una monumental obra de piedad y respeto por los valores del mundo tradicional igbo —y, por extensión, africano—, distorsionado por etnógrafos, misioneros, administradores coloniales o escritores y críticos europeos. Es también un testimonio invaluable de la historia de lo que hoy llamamos Nigeria, sobre su política, sus instituciones y los conflictos que han marcado su convulso desarrollo como nación-Estado. Es una indagación profunda en las heridas psíquicas de los individuos y las sociedades cuya dignidad ha sido pisoteada por la arrogancia imperialista europea. Es una visión irónica, pero no desesperanzada, de la condición humana, de las pequeñas y grandes tragedias de la existencia. Y es, además, un laboratorio lingüístico y literario en el que conviven de la forma más asombrosa el pidgin usado como lingua franca en buena parte del Oeste de África, los ritmos y la retórica de su lengua vernácula, el igbo, y la prosa y la poesía más exquisitas en un inglés depurado que han hecho de Achebe una figura esencial de un nuevo canon literario (genuinamente) universal.

La «facilidad» de su estilo esconde un diálogo inagotable con una miríada de tradiciones literarias, de textos que abarcan desde la tragedia de Sófocles a la poesía modernista, desde la oratura africana a la novela británica contemporánea. Chinua Achebe indignó a buena parte del establishment literario occidental al atreverse a proclamar que *El corazón de las tinieblas*, una de las supuestas cumbres de la literatura en lengua inglesa, es una obra profundamente racista, que «exhibe de la manera más vulgar prejuicios e insultos que han hecho sufrir a una parte de la humanidad agonías y atrocidades incontables en el pasado y continúan haciéndolo en muchos lugares y de muchas formas hoy día; [...] una historia en la que se pone en cuestión la humanidad misma de los negros».^[2] Deconstruir y des-escribir la imagen de África y de los africanos inscrita en el imaginario colectivo occidental durante

siglos, y puesta de manifiesto en toda suerte de textos culturales, es una misión en la que Achebe ha participado de forma extraordinariamente significativa a lo largo de las últimas décadas (no en vano él es el escritor africano más leído en todo el mundo), pero además ha conseguido hacerlo utilizando, y volviendo contra él, «las armas del amo». Con su visión de nómada, de políglota, de exiliado, Achebe logra lo que casi ninguno de sus protagonistas consigue: superar la esquizofrenia cultural, las torpes dualidades África / Europa, tradición / modernidad, luz / tinieblas, escritura / oratura...

La ficción de Chinua Achebe puede leerse desde innumerables perspectivas, como prueba la ingente cantidad de material crítico sobre este autor que teóricos de todas las orientaciones y nacionalidades han venido produciendo desde la publicación de *Todo se desmorona* en 1958. Ciñéndonos de momento a la perspectiva historicista, *Todo se desmorona* nos retrotrae a los comienzos de la penetración de los blancos hacia el interior de lo que más tarde sería Nigeria. En esta su segunda novela, *Me alegraría de otra muerte* (1960), Achebe avanza hasta mediados de los años cincuenta, en vísperas de la independencia del país, en cuyo mismo año fue publicada. Es posible afirmar que en este momento las élites africanas han sido ya sistemáticamente colonizadas por la cultura occidental. El mundo tradicional, con sus firmes y estables valores, ha ido poco a poco cediendo terreno frente a la violenta presión de las instituciones coloniales; la oposición igualmente violenta al avance de estas instituciones (la iglesia, la administración colonial, la educación europea) ejercida por los antiguos, a los que el abuelo del protagonista de la presente obra representaba, ya no es concebible en este nuevo contexto. Si el Okonkwo de *Todo se desmorona* no duda a la hora de levantarse en armas ante lo que percibe como claras amenazas para su pueblo y su cultura, su nieto Obi Okonkwo se ha pasado definitivamente a las filas enemigas: su gloria es haber visitado el país de los blancos, y su situación socialmente privilegiada es una consecuencia directa de haberse impregnado de sus formas de vida y su cultura, representada por el estudio de la literatura inglesa, que Obi ha elegido como carrera contra el consejo de sus mayores.

Pero al margen de las élites occidentalizadas, la mayoría de la sociedad preserva residualmente una moral, unas costumbres y unas formas de vida que siguen estando en conflicto directo con la *Weltanschauung* europea; quizá uno de los problemas más significativos que plantea esta obra sea la lucha entre el individualismo «aprendido» de Obi frente al espíritu de comunidad preservado por la familia extensa y, en este texto, también por los miembros de la Unión Progresista de Umuofia, que agrupa a los ciudadanos del histórico pueblo ahora dispersos por toda Nigeria. La Unión lleva hasta el corazón de Lagos una forma de vida basada en la búsqueda del bien común que contrasta vivamente con la voluntad de Obi de seguir su propio camino en lo profesional y lo personal.

Para Georg Lukács, uno de los teóricos más influyentes en la época en la que Achebe escribe *Me alegraría de otra muerte*, la novela es «la épica de un mundo que ha sido abandonado por Dios»;^[3] Achebe nos transmite esa visión desesperanzada desde la cita inicial, que toma de «El viaje de los magos» de T. S. Eliot; la refuerza a través de las reflexiones de Obi sobre la pérdida de la fe cristiana heredada de sus padres, e incide indirectamente en ella a través de la discusión de Obi con su entrevistador sobre el sentido de la tragedia contemporánea, para la que no existe una catarsis posible. C. L. Innes, en su seminal ensayo sobre *Me alegraría de otra muerte*,^[4] retoma un verso del poema de Yeats que da título a *Todo se desmorona*, «La segunda venida»: «A los mejores les falta toda convicción». Frente a la completa identificación de Okonkwo con los valores del mundo igbo tradicional, y frente a la alianza sin fisuras de su hijo Isaac Okonkwo, padre de Obi, con la fe cristiana, Obi Okonkwo es un ser a la deriva, perdido en sus recurrentes tránsitos entre varios mundos (Nigeria e Inglaterra, Lagos y Umuofia, los suburbios e Ikoyi), que es incapaz de conciliar en su interior. Su drama personal es también el del África poscolonial, «El centro ya no sostiene», porque del encuentro entre dos universos inconmensurables ha surgido una psique esquizofrénica, evocada en la descripción que hace Obi de la ciudad de Lagos, contraponiendo los suburbios al «distrito europeo» de Ikoyi: «[...] dos pepitas siamesas separadas por una fina membrana dentro de una cáscara de nuez de palma. A veces una pepita era de color negro brillante y estaba viva, la otra de un blanco polvoriento y muerta».

El contraste entre el blanco y el negro, la luz y la oscuridad, que está presente a lo largo de toda la novela, no puede dejar de remitirnos una y otra vez a *El corazón de las tinieblas*. Achebe no es menos sutil que Conrad al manejar estas metáforas e imágenes, muchas de ellas tomadas directamente de la Biblia, el libro por antonomasia para la cultura en la que el propio Achebe creció como hijo de un catequista cristiano; pero en un «mundo que ha sido abandonado por Dios», luz y tinieblas, blanco y negro, ya no pueden funcionar como significantes opuestos; cuando «el centro ya no sostiene», las termitas blancas devoran los cimientos de la cultura tradicional, que la madre de Obi representa vicariamente en esta novela, y la penumbra de una lámpara de queroseno puede ser la atmósfera propicia para que se revelen las verdades menos obvias, como la total ausencia de convicciones del propio Obi.

Al igual que la mayoría de los protagonistas de la literatura en lengua inglesa contemporánea, Obi es un antihéroe, o, en la formulación de T. S. Eliot, «un hombre hueco». Las palabras de Lukács para referirse a este tipo de personajes resultan sumamente reveladoras con respecto a este protagonista: «La melancolía de la edad adulta surge de nuestra experiencia dual de que, por una parte, nuestra confianza juvenil en una voz interior ha menguado o desaparecido, y, por otra, el mundo exterior

cuyas normas pretendemos aprender nunca nos hablará con una voz que nos guíe en nuestro camino y dicte nuestros objetivos».^[5] Cierta forma de integridad moral representada por el señor Green, y epitomizada por su incansable dedicación a «un país en el que no cree», resulta obsoleta e insultantemente paternalista en el contexto de la inminente independencia de Nigeria; su visión decididamente colonialista, e incluso racista, es inaceptable para Obi; pero tampoco el mundo tradicional, con sus normas inflexibles que coartan la libertad individual, le ofrece un hogar espiritual; la fe cristiana no le brinda guía ni consuelo; y su creencia inicial en que una ética del desinterés debe marcar la trayectoria de quienes se dedican a la res publica se viene abajo ante su apremiante necesidad de dinero para mantener una forma de vida inspirada en el consumismo occidental. Su idealismo se desmorona ante una realidad construida a la medida del cinismo de Chris, o incluso de algunos miembros de la Unión Progresista, que no juzgan a Obi por su venalidad, sino por su ignorancia de las cuestiones mundanas y la forma correcta de gestionar un soborno: «Si vas a comerte un sapo, mejor busca uno gordo y jugoso», opina un personaje.

Pero, a pesar de la riqueza de matices que convierten a Obi en un protagonista creíble, él representa también, como he dicho más arriba, el caos moral del (inminente) Estado poscolonial, que en su obra *El problema de Nigeria*^[6] Achebe atribuye a la falta de liderazgo en la sociedad. Ante esta ausencia de liderazgo, ante el irreconciliable conflicto de valores que mina la estabilidad de muchas jóvenes naciones-Estado surgidas de la era de las descolonizaciones, las ocasiones para abusar del poder se multiplican; esos temas serán los que Achebe explore con descarnada honestidad en *Un hombre del pueblo* (1966) y *Termiteros de la sabana* (1987), dos disecciones escalofriantes de arquetípicos políticos y dictadores africanos de los que la era poscolonial ha dado abundantes muestras. No obstante Achebe, con una mirada sabia y desapasionada, no juzga ni condena a sus personajes; si acaso, intenta entender sus motivaciones profundas, las causas de su declive y caída, en las que se entrelazan la psicología de los individuos, la idiosincrasia de las sociedades, los avatares de la historia... Tanto Todo se desmorona como Me alegraría de otra muerte intentan ofrecer respuestas a la perplejidad de personajes (el comisario del distrito, el señor Green, el juez, «incluso los hombres de Umuofia») que no son capaces de entender por qué dos hombres emblemáticos en sus respectivos contextos históricos han arruinado sus vidas, llamadas en principio a ser ejemplares. Quizá Clara añadiría: «Esto es África».

Una pequeña nota sobre la traducción: avalada más por mi instinto literario que por grandes teorías traductológicas, he intentado navegar por la enciclopedia de registros de Achebe con relativa fidelidad al autor; allí donde él se expresa en un inglés que podríamos considerar estándar, no me ha preocupado españolizar sus registros; los diálogos en pidgin han sido volcados en algo que pretende evocar el

español hablado en Guinea Ecuatorial, basándome en mi frágil conocimiento de sus características, y apoyándome cuando ha sido necesario en las descripciones lingüísticas de Antonio Quilis y Cecilia Casado-Fresnillo en su monumental *La lengua española en Guinea Ecuatorial* (UNED, Madrid, 1995). Pero he intentado mantener rigurosamente intactos los proverbios, refranes o imágenes mediante los que Achebe inscribe deliberadamente en el texto inglés la *différence* de la cultura igbo, su especificidad. No resultan menos chocantes para el público lector medio inglés que para el español, del mismo modo que las palabras y expresiones en igbo no tienen por qué ser más transparentes para uno que para otro. Achebe, como tantos otros escritores poscoloniales, requiere de sus lectores un esfuerzo de empatía que nos permita trascender los límites de la traductibilidad o la conmensurabilidad entre culturas, formas de ver el mundo, maneras de concebir la realidad. Y quizá no sea mucho pedir a cambio de lo que el autor nos ofrece...

Quiero agradecer a María Casas y Anna Prieto, de Random House Mondadori, el enorme regalo que ha sido traducir a Achebe. A mi hermana Isabel Paula y a Maya García de Vinuesa su paciencia al revisar el texto; a Ayo Kehinde, su ayuda con las dificultades del pidgin y el igbo, y a César Mba, sus sugerencias y el tiempo en que compartimos «el sueño de un lenguaje común».

Marta Sofía López
Universidad de León

1

DESDE hacía tres o cuatro semanas, Obi Okonkwo se había estado preparando para este momento. Y cuando aquella mañana llegó al banquillo de los acusados pensó que estaba listo. Llevaba un elegante traje de lino crudo, y se mostraba calmado e indiferente. Parecía que el asunto no iba con él, excepto por un breve instante, al principio, cuando uno de los letrados tuvo un problema con el juez.

—Este tribunal se abre a las nueve en punto. ¿Por qué llega usted tarde?

Cuando el magistrado William Galloway, juez de la Corte Suprema de Lagos y Camerún del Sur, miraba a una víctima la paralizaba, igual que un coleccionista clava a un insecto con un alfiler. Bajó la cabeza como un carnero a punto de embestir y miró al abogado por encima de sus lentes de montura de oro.

—Lo siento mucho, Señoría —tartamudeó el hombre—. Se me estropeó el coche de camino aquí.

El juez continuó mirándole durante largo rato. Después dijo bruscamente:

—Está bien, señor Adeyemi. Acepto su excusa. Pero debo decir que estoy harto de estas continuas excusas sobre los problemas de locomoción.

Hubo risas ahogadas en el estrado. Obi Okonkwo esbozó una pálida sonrisa y perdió de nuevo el interés.

La sala estaba llena a rebosar. Había tanta gente de pie como sentada. El caso había sido la comidilla de Lagos en las últimas semanas y en este último día cualquiera que tuviese la oportunidad de dejar el trabajo estaba allí para escuchar el veredicto. Algunos funcionarios habían pagado hasta diez chelines y seis peniques para conseguir una baja ese día.

La apatía de Obi no dio muestras de desaparecer ni siquiera cuando el juez empezó a pronunciar sus conclusiones. Solo cuando dijo «No puedo comprender como un joven con su educación y sus brillantes expectativas ha podido hacer esto» se produjo un cambio notorio. Lágrimas traicioneras asomaron a los ojos de Obi. Sacó un pañuelo blanco y se frotó la cara. Pero lo hizo como lo hace la gente cuando se enjuga el sudor. Incluso trató de sonreír y disimularlas. Una sonrisa hubiera sido bastante lógica. Toda esa historia de la educación y las expectativas y la traición no le había cogido por sorpresa. Lo había esperado y había ensayado aquella escena cien veces, hasta que se había vuelto tan familiar como un amigo.

De hecho, algunas semanas atrás, cuando había empezado el juicio, el señor Green, su jefe, que era uno de los testigos de la acusación, también había mencionado algo sobre un joven muy prometedor. Y Obi había permanecido totalmente impasible. Gracias a Dios, había perdido recientemente a su madre, y Clara estaba fuera de su vida. Los dos acontecimientos habían ocurrido en rápida sucesión, y habían embotado su sensibilidad, transformándolo en un hombre distinto, capaz de mirar a palabras

como «educación» y «expectativas» a la cara. Pero ahora, en el momento supremo, le delataron aquellas lágrimas traicioneras.

El señor Green había estado jugando al tenis desde las cinco de la tarde. Era algo poco habitual. Normalmente le dedicaba tanto tiempo al trabajo que no tenía tiempo para el deporte. Su ejercicio cotidiano consistía en un corto paseo por la tarde. Pero hoy había estado jugando con un amigo que trabajaba para el Instituto Británico. Después del partido, habían ido al bar del club. El señor Green llevaba un jersey amarillo claro y una camisa blanca, y una toalla blanca alrededor del cuello. Había otros muchos europeos en el bar, algunos medio sentados en los taburetes y otros de pie en grupos de dos y de tres bebiendo cerveza fría, zumo de naranja o gin-tonic.

—No puedo entender por qué lo hizo —dijo pensativamente el hombre del Instituto Británico.

Estaba dibujando líneas de agua con el dedo en su vaso, empañado por la cerveza helada.

—Yo sí —dijo el señor Green—, lo que no entiendo es por qué la gente como tú os negáis a aceptar los hechos.

El señor Green era bien conocido por no tener pelos en la lengua. Se enjugó la cara enrojecida con la toalla que llevaba al cuello.

—El africano es corrupto hasta la médula.

El hombre del Instituto Británico lanzó una mirada furtiva a su alrededor, más por instinto que por necesidad, porque aunque ahora en principio el club estaba abierto a ellos, pocos africanos lo frecuentaban. En aquella ocasión en particular no había ninguno, excepto por supuesto los camareros que servían discretamente. Era posible entrar en el bar, tomar algo, firmar un cheque, charlar con los amigos e irse sin haber reparado en aquellos camareros de uniforme blanco. Si todo iba bien, ni les veías.

—Son todos corruptos —repitió el señor Green—. Yo estoy a favor de la igualdad y todo eso. De hecho, odiaría vivir en Sudáfrica. Pero la igualdad no cambia los hechos.

—¿Qué hechos? —preguntó el tipo del Instituto Británico, recién llegado al país.

El tono general de las conversaciones había bajado, puesto que mucha gente estaba ahora escuchando al señor Green, intentando que no se notara.

—El hecho es que desde el principio de los tiempos el africano ha sido víctima del peor clima del mundo y de todas las enfermedades imaginables. No se le puede culpar por ello. Pero esto le ha socavado física y mentalmente. Le hemos traído la educación europea. Pero ¿de qué le sirve? Es...

Fue interrumpido por la llegada de otro amigo.

—Hola, Peter. Hola, Bill.

—Hola.

—Hola.

—¿Puedo unirme a vosotros?

—Por supuesto.

—Pues claro. ¿Qué tomas? ¿Cerveza? Vale. Camarero, una cerveza para el señor.

—¿Cuál quiere, señor?

—Heineken.

—Sí, señor.

—Hablábamos del joven que aceptó el soborno.

—Ah, ya.

En algún lugar del interior de Lagos, la Unión Progresista de Umuofia mantenía una reunión de emergencia. Umuofia es un pueblo igbo en el este de Nigeria, y la villa natal de Obi Okonkwo. No es un pueblo especialmente grande, pero sus habitantes lo llaman ciudad. Están muy orgullosos de su pasado, cuando eran el terror de sus vecinos, antes de que llegara el blanco y dejara a todo el mundo al mismo nivel. Los umuofianos (así es como se llaman a sí mismos) que abandonan su pueblo natal para buscar trabajo por toda Nigeria se ven como residentes temporales. Vuelven a Umuofia cada dos años, o así, para pasar las vacaciones. Cuando han ahorrado bastante dinero, piden a sus parientes del pueblo que les busquen una esposa, o construyen una casa con tejado de zinc en las tierras de su familia. Dondequiera que estén en Nigeria, abren una delegación de la Unión Progresista de Umuofia.

En las últimas semanas, la Unión se había reunido en varias ocasiones a propósito de Obi Okonkwo. En la primera reunión, un grupo de personas dijeron que no veían la necesidad de que la Unión tuviera que ocuparse de los problemas de un hijo pródigo que les había demostrado recientemente una total falta de respeto.

—Pagamos ochocientas libras para educarle en Inglaterra —dijo uno de ellos—. Y en lugar de estar agradecido, nos insulta por culpa de una chica cualquiera. Y ahora nos piden otra vez que juntemos dinero para él. ¿Qué es lo que hace con su sueldazo? Mi opinión es que ya hemos hecho demasiado.

La mayoría aceptaba este punto de vista como verdadero, pero no lo tomaban muy en serio. Porque, como señaló el presidente, a un pariente en apuros hay que salvarlo, y no condenarlo; la ira contra un hermano se siente en la carne, pero no en la médula de los huesos. Así pues, la Unión decidió pagar con sus fondos los servicios de un abogado.

Pero aquella mañana el caso estaba perdido. Por eso se había convocado otra reunión urgente. Muchos ya habían llegado a casa del presidente, en la calle Moloney, y discutían vivamente sobre el juicio.

—Sabía que era un caso perdido —dijo el hombre que se había opuesto desde el principio a la intervención de la Unión—. Estamos tirando el dinero. ¿Qué dice nuestra gente? El que pelea por un holgazán no recibe a cambio más que barro y

cochambre.

Pero no tenía quien le apoyara. Los hombres de Umuofia estaban dispuestos a pelear hasta el final. No se hacían ilusiones con respecto a Obi. Era, sin duda, un insensato y un egoísta. Pero aquel no era el momento de pararse a pensarlo. Primero, hay que espantar al zorro; después, se puede advertir a la gallina de que no se meta en el bosque.

Cuando llegaba el momento de las advertencias, los hombres de Umuofia las dispensaban generosamente, las machacaban hasta el aburrimiento. El presidente afirmó que era una vergüenza que un funcionario de alto nivel fuera a la cárcel por veinte libras. Repitió «veinte libras», escupiendo las palabras.

—Estoy en contra de que la gente recoja lo que no ha sembrado. Pero tenemos un refrán según el cual si vas a comerte un sapo, mejor busca uno gordo y jugoso.

—Es la falta de experiencia —dijo otro hombre—. No tendría que haber cogido él mismo el dinero. Lo que hacen otros es decirte que te vayas y que se lo des luego a su criado. Obi quiso hacer lo que hace todo el mundo sin saber cómo hacerlo.

Y mencionó el proverbio de la rata que fue a nadar con su amigo el lagarto y se murió de frío, porque mientras que las escamas del lagarto lo mantenían seco, el pelo de la rata estaba empapado.

El presidente, a su debido tiempo, miró su reloj de bolsillo y anunció que era la hora de empezar la reunión. Todo el mundo se puso en pie y él pronunció una breve plegaria. Después ofreció tres nueces de cola a los reunidos. El más anciano entre los presentes abrió una de ellas, diciendo otra clase de oración mientras lo hacía.

—Quien trae cola trae vida —dijo—. No queremos hacer daño a nadie, pero si alguien intenta dañarnos, así se parta el cuello.

La congregación respondió:

—Amén.

—Somos extranjeros en esta tierra. Pero si le llega la prosperidad, que tengamos nuestra parte.

—Amén.

—Pero si cae el mal sobre ella, que vaya a sus legítimos dueños, que sabrán a qué dioses deben aplacar.

—Amén.

—Muchos pueblos tienen a cuatro o cinco de sus hijos, y hasta a diez, en cargos europeos en esta ciudad. Umuofia solo tiene uno. Y ahora nuestros enemigos dicen que hasta eso es demasiado para nosotros. Pero nuestros antepasados no aceptarían tal cosa.

—Amén.

—Una sola palmera no se pierde en un fuego.

—Amén.

Obi Okonkwo era, de hecho, una palmera solitaria. Su nombre completo era Obiajulu, «La mente por fin descansa», siendo la mente, por supuesto, la de su padre; su mujer le había dado cuatro hijas antes que Obi y para entonces él ya estaba, naturalmente, lleno de ansiedad. Siendo un cristiano converso, de hecho un catequista, no podía tomar una segunda esposa. Pero no era la clase de hombre que dejaba que se vieran sus penas. En particular, no estaba dispuesto a que los paganos se dieran cuenta de que no era feliz. Llamó a su cuarta hija Nwanyidinma, «También una niña vale». Pero en su voz no había convicción.

El anciano que abrió las nueces de cola en Lagos y llamó a Obi Okonkwo una palmera solitaria no estaba pensando, sin embargo, en la familia de Okonkwo. Estaba pensando en la antigua y belicosa aldea de Umuofia. Seis o siete años atrás, los umuofianos que estaban fuera habían formado la Unión con el propósito de recolectar dinero para enviar a alguno de sus hombres más brillantes a estudiar a Inglaterra. Se esforzaron hasta el extremo. La primera beca bajo este sistema le había sido concedida a Obi Okonkwo cinco años atrás, casi hasta el día de hoy. Aunque lo llamaban una beca, había que devolver el dinero. En el caso de Obi, habían sido ochocientas libras, que debía devolver en los primeros cuatro años tras su vuelta. Querían que estudiase derecho, para que cuando volviera pudiese llevar todos sus pleitos contra sus vecinos. Pero cuando llegó a Inglaterra decidió estudiar literatura inglesa; su egoísmo no era nuevo. La Unión se enfadó, pero al final lo dejaron en paz. Aunque no fuera abogado, conseguiría un «cargo europeo» como funcionario.

La selección de Obi como primer candidato no había presentado dudas para la Unión. Obi era la elección obvia. Con doce o trece años había aprobado la reválida con la nota más alta de toda la provincia. Después había ganado una beca para uno de los mejores institutos de secundaria del este de Nigeria. Después de cinco años, había aprobado el certificado de Cambridge con notas altas en las ocho asignaturas. Era una celebridad en el pueblo, y su nombre se invocaba a menudo en la escuela misionera de la que había sido alumno. (Nadie mencionaba ahora que una vez había avergonzado a la escuela escribiendo una carta a Adolf Hitler durante la guerra. El director de entonces había señalado, casi llorando, que era una vergüenza para el Imperio británico, y que si hubiera sido mayor seguramente lo habrían enviado a la cárcel para el resto de su miserable vida. Solo tenía once años entonces, y se libró de aquella con seis varazos en el culo).

La marcha de Obi a Inglaterra causó una gran conmoción en Umuofia. Unos días antes de que saliera para Lagos sus padres convocaron un encuentro para orar en su casa. El reverendo Samuel Ikedi de la iglesia anglicana de San Marcos, en Umuofia, presidió la reunión. Afirmó que aquella ocasión representaba el cumplimiento de una profecía:

El pueblo que andaba a oscuras
vio una luz grande.
Los que vivían en tierra de sombras,
una luz brilló sobre ellos.^[7]

Habló durante una hora. Después pidió que alguien dirigiera la oración. Mary se ofreció inmediatamente, antes de que la mayoría tuviera tiempo de ponerse en pie o cerrar los ojos. Mary era una de las cristianas más fervorosas de Umuofia y una buena amiga de la madre de Obi, Hannah Okonkwo. Aunque Mary vivía lejos de la iglesia, a unos cinco kilómetros, nunca faltaba a la oración de la mañana que el pastor celebraba con el canto del gallo. En medio de la estación seca o con el frío de la lluviosa, Mary siempre estaba allí. A veces llegaba hasta con una hora de antelación. Apagaba su lámpara de bosque para ahorrar queroseno y se dormía en los grandes asientos de adobe.

—Oh, Dios de Abraham, Dios de Isaac y Dios de Jacob —comenzó—, el Principio y el Fin. Sin ti nada podemos hacer. El gran río no es lo bastante grande como para que Tú laves tus manos. Tú tienes el ñame y el cuchillo, nosotros no comemos si Tú no cortas un pedazo. Somos como hormigas a tus ojos. Somos como niños que solo se mojan el vientre cuando toman un baño, y se dejan la espalda seca...

Continuó enlazando un proverbio con otro y una imagen con otra. Finalmente, llegó al objeto de la reunión y lo trató con la dignidad que requería, contando entre otras cosas la historia del hijo de su amiga, que ahora estaba a punto de encaminarse a la fuente misma de la sabiduría. Cuando terminó, la gente parpadeó y se frotó los ojos para acostumbrarse de nuevo a la luz de la tarde.

Estaban sentados en largos tablones de madera que habían tomado prestados de la escuela. El oficiante tenía ante sí una mesa pequeña. A su lado estaba sentado Obi, con su americana del colegio y unos pantalones blancos.

Dos mujeronas emergieron de la zona de la cocina, medio dobladas por el peso de la enorme olla de arroz que llevaban entre las dos. Otra olla vino a continuación. Después, dos mujeres jóvenes trajeron ollas de guisos que todavía burbujeaban con el calor del fuego. Siguieron toneles de vino de palma, y una pila de platos y cucharas que la iglesia almacenaba para uso de sus miembros en bodas, nacimientos, funerales y otras ocasiones como aquella.

El señor Isaac Okonkwo pronunció un breve discurso, poniendo «esta pequeña nuez de cola» ante sus invitados. Según los criterios de Umuofia, él era un hombre rico. Había sido catequista de la Sociedad de la Iglesia Misionera durante veinticinco años, y se había retirado después con una pensión de veinticinco libras al año. Había sido el primer hombre en construir una casa con tejado de zinc en Umuofia. Por tanto,

era de esperar que organizase un banquete. Pero nadie se había imaginado nada de tal magnitud, ni siquiera viniendo de Okonkwo, bien conocido por su generosidad, que a veces rozaba el derroche. Cada vez que su mujer se quejaba de sus despilfarros, él contestaba que un hombre que vive en la orilla del Níger no se lava las manos con saliva, uno de los refranes favoritos de su padre. Era curioso que hubiera rechazado todo lo referente a su padre excepto aquel dicho. Quizá había olvidado que su padre lo usaba a menudo.

Al finalizar el convite, el pastor pronunció otro largo discurso. Agradeció a Okonkwo que les hubiera servido un banquete mejor que los de muchas bodas en aquellos días.

El señor Ikedi había llegado a Umuofia procedente de una ciudad, y pudo por tanto contar a la concurrencia cómo los banquetes de boda habían decaído en las ciudades desde que se habían inventado las invitaciones. Muchos de sus oyentes silbaron con incredulidad cuando les dijo que un hombre no podía ir a la boda de su vecino a menos que hubiera recibido una de aquellas tarjetas en las que escribían AGMA, Arroz y Guisos en Mucha Abundancia, lo que siempre era una exageración.

Después se volvió hacia el joven a su derecha.

—En el pasado —le dijo—, Umuofia te hubiera pedido que lucharas en sus guerras y trajeras de vuelta a casa cabezas humanas. Pero esos eran tiempos de tinieblas, de los cuales hemos sido redimidos por la sangre del Cordero de Dios. Hoy te enviamos para que nos traigas conocimientos. Recuerda que el temor de Dios es el principio de la sabiduría. He oído hablar de hombres de otros pueblos que fueron al país de los blancos, pero en vez de centrarse en sus estudios se dedicaron a perseguir los placeres de la carne. Algunos incluso se casaron con mujeres blancas.

El grupo murmuró su profunda desaprobación ante esta conducta.

—Un hombre que hace tal cosa está perdido para su gente. Es como lluvia desperdiciada en el bosque. Yo habría sugerido buscarte una esposa antes de que te fueras. Pero ahora ya no hay tiempo. Y, de todos modos, sé que no debemos preocuparnos en lo que a ti respecta. Te enviamos a aprender de libros. El esparcimiento puede esperar. No te apresures a arrojarte a los placeres del mundo, como la joven antílope que se quedó coja de tanto bailar antes de que hubiera llegado la mejor pieza.

Dio de nuevo las gracias a Okonkwo y a los invitados por haber asistido.

—Si no hubierais respondido a esta llamada, nuestro hermano hubiera sido como el rey del Libro Sagrado que celebró él solo un banquete de boda.

Tan pronto como hubo terminado de hablar, Mary comenzó a entonar una canción que las mujeres habían aprendido en sus encuentros de oración.

No me dejes atrás, Jesús, espérame,

cuando voy camino de la finca.
No me dejes atrás, Jesús, espérame,
cuando voy camino del mercado.
No me dejes atrás, Jesús, espérame,
cuando estoy comiendo el almuerzo.
No me dejes atrás, Jesús, espérame,
cuando estoy tomando mi baño.
No me dejes atrás, Jesús, espérame,
cuando él se marcha al país de los blancos.
No le dejes atrás, Jesús, espérale.

La reunión concluyó con el canto «Alabemos al Señor de quien todas las bendiciones brotan». Los invitados se despidieron de Obi, muchos de ellos repitiendo todos los consejos que ya le habían dado. Le estrecharon las manos, y a medida que lo hacían depositaban regalos en su palma, para comprar un lápiz, o un cuaderno, o una barra de pan para el viaje, un chelín aquí y un penique allá, regalos sustanciosos para un pueblo en el que el dinero era algo muy precioso, en el que los hombres y las mujeres se deslomaban de año en año para porfiarle un fruto escaso a una tierra exhausta y renuente.

OBI estuvo en Inglaterra poco menos de cuatro años. A veces se le hacía difícil creer que hubiera sido tan poco tiempo. Parecía más una década que cuatro años, entre las miserias del invierno y sus ganas de volver a casa, que eran tan punzantes como un dolor físico. En Inglaterra, Nigeria se convirtió en algo más que un nombre para él. Ese fue el primer gran regalo que recibió de Inglaterra.

Pero la Nigeria a la que volvió era en muchos sentidos diferente de la imagen que había llevado en su cabeza durante esos cuatro años. Había muchas cosas que ya no reconocía, y otras, como los suburbios de Lagos, que veía por primera vez.

De niño, en Umuofia, había oído por primera vez historias sobre Lagos a un soldado que estaba de permiso durante la guerra. Esos soldados eran héroes que habían visto el gran mundo. Hablaban de Abisinia, de Egipto, Palestina, Birmania y otros sitios. Algunos de ellos habían sido los vagos del pueblo, pero ahora eran héroes. Tenían bolsas y bolsas de dinero, y los del pueblo se sentaban a sus pies para escuchar sus historias. Uno de ellos iba regularmente al mercado del pueblo vecino y se apropiaba de lo que se le antojaba. Iba con el uniforme completo, golpeando el suelo con sus botas, y nadie se atrevía a tocarle. Decían que si tocabas a un soldado, te las tenías que ver con el gobierno. Además, los soldados estaban fuertes como leones, por las inyecciones que les daban en el ejército. Obi recibió su primera imagen de Lagos de uno de aquellos soldados.

—Allí no hay oscuridad —contó a sus extasiados oyentes—, porque de noche la electricidad brilla como el sol, y la gente siempre anda por ahí, esto es, los que quieren caminar. Si no te apetece andar, no tienes más que levantar la mano y un coche de lujo se detiene a recogerte.

Su audiencia emitía sonidos de admiración. Después, como de paso, añadió:

—Si ves a un blanco, quítate el sombrero. Lo único que no es capaz de hacer un blanco es construir un ser humano.

Durante muchos años, Lagos estuvo asociado en la mente de Obi con la luz eléctrica y los coches. Incluso después de haber visitado la ciudad y haber pasado allí un tiempo antes de volar al Reino Unido, su visión no cambió gran cosa. Por supuesto que entonces tampoco había visto mucho de Lagos. Su mente estaba, por así decirlo, en asuntos de más enjundia. Pasó unos días con su «compatriota», Joseph Okeke, un oficinista del Departamento de Planificación. Obi y Joseph habían sido compañeros de clase en la escuela central de la Sociedad de la Iglesia Misionera de Umuofia. Pero Joseph no había ido a la escuela secundaria porque era mayor, y sus padres eran pobres. Se había unido al Cuerpo de Educación de la 82.^a División y, cuando la guerra terminó, había ingresado en el cuerpo de funcionarios del gobierno de Nigeria.

Joseph fue a la estación de autobuses de Lagos a esperar a su afortunado amigo, que pasaba por Lagos camino del Reino Unido. Le llevó a su alojamiento en Obalende. Solo era una habitación. Una cortina de tela azul clara cruzaba de lado a lado la estancia, separando su Sanctasanctórum (como llamaba a su cama de matrimonio) de la zona de estar. Sus utensilios de cocina, cajas y otros efectos personales estaban escondidos bajo el Sanctasanctórum. La zona de estar estaba invadida por dos sillones, un sofá de dos plazas (también llamado «mi chica y yo») y una mesa camilla en la que exhibía su álbum de fotos. Por la noche, su criado apartaba la mesa camilla y extendía su colchoneta en el suelo.

Joseph tenía tantas cosas que contarle a Obi en su primera noche en Lagos que eran más de las tres cuando se acostaron a dormir. Le habló del cine y las pistas de baile y las reuniones políticas.

—El baile es muy importante hoy día. Ninguna chica te mira a la cara si no sabes bailar. Yo conocí a Joy en la academia de baile.

—¿Quién es Joy? —pregunto Obi, que estaba fascinado por lo que estaba aprendiendo de aquel mundo nuevo y pecaminoso.

—Fue mi novia durante, veamos... —contó con los dedos—, marzo, abril, mayo, junio, julio... durante cinco meses. Ella me hizo estas fundas para los cojines.

Obi se levantó instintivamente para mirar el almohadón en el que estaba apoyado. Ya se había fijado antes en él. Tenía la extraña palabra «OSCULAR» bordada, cada letra de un color.

—Era una chica agradable, pero a veces un poco boba. No obstante, algunas veces me gustaría que no hubiéramos roto. Estaba loquita por mí, y era virgen cuando la conocí, cosa que aquí es muy rara.

Joseph habló y habló y cada vez se iba volviendo más incoherente. Después, sin hacer una pausa, su voz se transformó en un profundo ronquido que continuó hasta la mañana.

Al día siguiente, Obi se encontró dando un paseo obligado por la calle Lewis. Joseph había traído una mujer a casa y estaba claro que la presencia de Obi en la habitación no era deseada, así que salió a dar una vuelta. La chica era una de las nuevas adquisiciones de Joseph, según le dijo más tarde. Era alta y oscura, con un enorme busto neumático bajo un ajustado vestido rojo y amarillo. Sus labios y sus uñas eran de un rojo brillante, y sus cejas finas líneas negras. Se parecía a esas máscaras que hacen en Ikot Ekpene. En conjunto, le dejó a Obi un mal sabor de boca, como la palabra «OSCULAR» en el cojín.

Algunos años después, cuando Obi, recién llegado de Inglaterra, esperaba junto a su coche en una de las áreas menos espectaculares de los suburbios de Lagos a que Clara le llevase a su modista varias yardas de tela, su mente volvió sobre sus primeras impresiones de la ciudad. No se le había ocurrido que sitios como aquel existieran

codo a codo con los coches, las luces eléctricas y las muchachas vestidas con colores brillantes.

Su coche estaba aparcado junto a un desagüe abierto del que provenía un fuerte olor a carne putrefacta. Eran los restos de un perro que, sin duda, había sido atropellado por un taxi. Obi solía preguntarse por qué en Lagos tantos perros eran atropellados por los coches, hasta que un día el chófer que había contratado para enseñarle a conducir se salió de su camino para atropellar uno. Espantado, Obi le preguntó por qué lo había hecho.

—Pa' buena suerte —dijo el hombre—. Perros traen suerte a coches nuevos. Pero patos distinto. Si matas pato, tienes accidente o matas hombre.

Al lado del desagüe había un puestecito de carne. No había carne ni carniceros. Un hombre trabajaba ante una máquina en una de las mesas. Parecía una máquina de coser, solo que molía maíz. Una mujer estaba de pie mirando cómo el hombre molía su maíz.

Al otro lado de la calle un niño pequeño envuelto en harapos vendía buñuelos de alubias o *akara* bajo una farola. Su fuente de akara estaba en medio del polvo, y él parecía medio dormido. Pero no lo estaba, porque tan pronto como el barrendero pasó meneando su escobón y su lámpara de bosque y arrastrando nubes de putrefacción tras de sí, el niño se puso en pie y empezó a insultarle. El hombre enarboló el escobón, pero el niño ya había salido volando con la fuente de akara en la cabeza. El hombre que molía el maíz estalló en carcajadas, y también la mujer. El barrendero nocturno sonrió y continuó su camino, después de decir una obscenidad sobre la madre del niño.

Esto es Lagos, pensó Obi, el Lagos real que hasta ahora él no había imaginado que existiera. Durante su primer invierno en Inglaterra Obi había escrito un poema facilón y nostálgico sobre Nigeria. No era sobre Lagos en particular, pero Lagos era parte de su Nigeria imaginaria.

Qué dulce es yacer bajo un árbol
al caer la tarde, y compartir el éxtasis
de los alegres pájaros y las frágiles mariposas;
qué dulce dejar envuelto en barro
nuestro cuerpo que se convertirá en tierra,
y elevarse hacia la música de las esferas,
descendiendo con el suave viento
y el cálido brillo del sol poniente.

Recordó el poema y luego se volvió a mirar al perro descompuesto en la cloaca y sonrió.

—He probado en mi plato carne podrida —dijo entre dientes— bastante mejor. Finalmente Clara emergió del callejón y se marcharon de allí.

Condujo en silencio durante un rato a través de callejuelas estrechas y abarrotadas.

—No puedo entender por qué te buscas una modista en los suburbios.

Clara no respondió. En vez de hablar, empezó a tararear «Che sarà sarà».

Ahora las calles estaban llenas de gente y de ruido, cosa que era normal un sábado a las nueve de la noche. Cada pocos pasos, se veían grupos de gente que iba a bailar, casi todos con el mismo tipo de ropajes, o aso ebi. Animados chamizos provisionales se alzaban frente a casas ruinosas, iluminados con brillantes tubos fluorescentes para celebrar un compromiso, o una boda, o un nacimiento, o un ascenso, o un golpe de suerte en los negocios, o la muerte de un pariente anciano.

Obi redujo la marcha al acercarse a tres percusionistas y a un grupo numeroso de mujeres jóvenes, vestidas de terciopelo y damasco, que hacían girar sus cinturas con la soltura de rodamientos bien engrasados. Un taxista le pitó con impaciencia y le adelantó, mientras gritaba por la ventanilla:

—¡*Ori oda*, estás mal de cabeza!

—¡*Ori oda*, capullo! —le contestó Obi.

Inmediatamente después, un ciclista cruzó la carretera sin mirar atrás ni hacer ninguna seña. Obi frenó, y los neumáticos chirriaron en el asfalto. Clara dejó escapar un grito y se aferró a su brazo izquierdo. El ciclista se volvió una vez a mirar y se alejó pedaleando, con su ambición escrita a ojos de todo el mundo en la cesta trasera de la bici: «FUTURO MINISTRO».

Ir desde el interior de Lagos a Ikoyi un sábado por la noche era como ir de un mercadillo a un funeral. Y el enorme cementerio de Lagos, que separaba los dos lugares, aumentaba esta sensación. A pesar de todos sus lujosos bungalows y pisos y amplias zonas verdes, Ikoyi era como un cementerio. No había vida comunitaria, o al menos no para los africanos que vivían allí. No siempre habían vivido allí, por supuesto. Hubo un tiempo en que era un coto europeo. Pero las cosas habían cambiado, y algunos africanos con «cargos europeos» habían recibido casas en Ikoyi. Obi Okonkwo, por ejemplo, vivía allí, y cuando conducía desde Lagos hacia su casa le sorprendían siempre estas dos ciudades en una. Le hacían pensar recurrentemente en dos pepitas siamesas separadas por una fina membrana dentro de una cáscara de nuez de palma. A veces una pepita era de color negro brillante y estaba viva, la otra de un blanco polvoriento y muerta.

—¿Qué te pasa?

Obi miró de refilón a Clara, que estaba sentada lo más lejos posible de él, pegada a la puerta del copiloto. Ella no contestó.

—Dime, cariño —dijo cogiéndole la mano con una de las suyas mientras

conducía con la otra.

—Déjame en paz, *ojare* —dijo ella retirando la mano.

Obi sabía muy bien por qué estaba de mal humor. Había sugerido sutilmente que fueran al cine. A estas alturas de su relación, Clara nunca decía: «Vamos al cine». En vez de eso decía: «Ponen una buena película en el Capitol». Obi, que no era aficionado al cine, y menos aún a las películas que a Clara le parecían buenas, había contestado después de un largo silencio:

—Bueno, si insistes, pero a mí no me apetece.

Clara no insistió, pero se había sentido molesta. Toda la tarde había estado dándole vueltas al tema.

—Todavía estamos a tiempo de ir al cine —dijo Obi capitulando, o aparentándolo al menos.

—Vete tú si te da la gana, yo no voy —dijo ella.

Hacía solo tres días que habían ido a ver «una película buenísima» que había puesto a Obi de tan mal humor que al final dejó de mirar la pantalla, excepto cuando Clara le susurraba alguna explicación al oído.

—Van a matar al tipo —profetizaba Clara y, tan cierto como la muerte, el hombre señalado recibía inmediatamente un disparo.

Desde las entradas baratas del patio de butacas, la audiencia participaba ruidosamente en la acción.

A Obi nunca dejaba de sorprenderle que a Clara la entusiasmaran de tal modo aquellas orgías de sangre en la pantalla. De hecho, hasta le hacía gracia cuando pensaba en ello fuera del cine. Pero mientras estaban allí lo único que sentía era enfado. Clara lo sabía, y trataba de hacerle el aburrimiento más llevadero acariciándole el brazo o mordisqueándole la oreja después de haberle susurrado algo. A veces decía:

—Después de todo, yo no me enfado cuando tú te pones a leerme poemas.

Y era cierto. Aquella misma mañana él la había llamado al hospital para que fuera a comer con uno de sus amigos que acababa de llegar a Lagos trasladado desde Enugu. Clara ya conocía al tipo y no le había gustado. Así que le había dicho por teléfono que no le apetecía verle otra vez. Pero Obi se puso pesado, y Clara le había dicho:

—No sé por qué quieres que conozca a gente que no quiero conocer.

—Eres toda una poeta, Clara —dijo Obi—. Conocer a gente que no quieres conocer, eso es puro T.S. Eliot.

Clara no tenía ni idea de qué le estaba hablando, pero fue a comer con el amigo de Obi, Christopher. Así que lo menos que Obi podía hacer era tragarse su «película buenísima», del mismo modo que ella se había chupado una comida de lo más aburrida mientras Obi y Christopher teorizaban acerca del soborno en la vida pública

nigeriana. Christopher era un economista de la London School of Economics, y siempre subrayaba que los argumentos de Obi no se basaban en un análisis factual o científico, lo cual no tenía nada de sorprendente, puesto que Obi se había licenciado en literatura inglesa.

—El funcionariado es corrupto por culpa de los «hombres experimentados» en lo alto del escalafón —dijo Obi.

—¿No tienes fe en la experiencia? ¿Piensas que un tipo recién salido de la universidad debería ser nombrado secretario permanente?

—Yo no dije recién salido de la universidad, pero hasta eso sería mejor que ocupar los puestos de mando con viejos cuya experiencia no tiene ninguna base intelectual.

—¿Y qué me dices del funcionario del catastro que encarcelaron el año pasado? Ese sí estaba recién salido de la universidad.

—Él es una excepción —dijo Obi—. Pero fíjate en uno cualquiera de esos viejos. Probablemente dejó la escuela en sexto, hace treinta años. Ha llegado hasta la cima gracias a los sobornos. Una oposición hecha de sobornos. Para él, el soborno es natural. Lo dio y lo espera. Nuestra gente dice que si honras a la gente de arriba, otros te honrarán cuando te llegue el turno. Bueno, eso es lo que dicen los viejos.

—¿Y qué dicen los jóvenes, si me permites la pregunta?

—Para la mayor parte, los sobornos no son un problema. Llegan directos arriba sin sobornar a nadie. No es que sean necesariamente mejores que los otros, simplemente se pueden permitir ser honrados. Pero hasta esa clase de honor puede terminar por convertirse en costumbre.

—Muy bien dicho —asintió Christopher mientras se servía una buena tajada de carne de la sopa.

Estaban comiendo fufú y sopa de *egusi* con los dedos. La segunda generación de nigerianos educados había retomado la costumbre de comer fufú o *garri* con los dedos, por la sencilla razón de que así sabía mejor. Y también por la razón todavía incluso mejor de que ya no tenían miedo, como la primera generación, de que les llamasen maleducados.

—¡Zacchaeus! —llamó Clara.

—Sí, señora —respondió una voz desde la cocina.

—Tráenos más sopa.

Zacchaeus consideró por un momento si contestaba o no, pero se lo pensó mejor y dijo de mala gana:

—Sí, señora.

Zacchaeus tenía pensado despedirse en cuanto el señor se casara con la señora. «Me cae muy bien señor, pero señora no vale pa' na'» era su veredicto.

3

EL affaire entre Obi y Clara no podía definirse exactamente como un amor a primera vista. Se habían conocido en un baile organizado en el Centro Cultural de Saint Pancras por el Consejo Nacional de Nigeria y los Camerunes. Clara había venido con un estudiante que era bastante amigo de Obi y que los había presentado. Obi se quedó inmediatamente prendado de su belleza y la seguía con la mirada por todo el salón. Al final consiguió un baile con ella. Pero estaba tan azorado que todo lo que se le ocurrió decir fue:

—¿Llevas mucho tiempo bailando?

—No, ¿por qué? —fue su brusca respuesta.

Obi nunca había sido un buen bailarín, pero aquella noche fue sencillamente horrible. Le pisó los dedos unas cuatro veces en el primer medio minuto. En lo sucesivo, ella se concentró en apartar los pies justo a tiempo. En cuanto terminó el baile, salió disparada. Obi la siguió hasta su sitio para decirle:

—Muchas gracias.

Ella asintió sin ni siquiera mirarle.

No volvieron a coincidir hasta casi dieciocho meses después, en el Muelle Harrington de Liverpool. Resulta que volvían los dos a Nigeria el mismo día y en el mismo barco.

Era un pequeño carguero que llevaba doce pasajeros y una tripulación de cincuenta personas. Cuando Obi llegó al muelle, todos los demás pasajeros habían embarcado ya, y habían cumplido con los formalismos de la aduana. El funcionario, bajito y calvo, fue muy amable. Empezó por preguntarle si había tenido una estancia feliz en Inglaterra. ¿Había ido a la universidad? El tiempo le debía de haber parecido muy frío.

—Al final ya no me importaba mucho el tiempo —dijo Obi, que había aprendido que un inglés podía quejarse todo lo que quisiera del tiempo, pero no admitía que un extranjero lo hiciera.

Cuando llegó a la sala de espera, Obi se quedó de piedra al ver a Clara. Estaba hablando con una señora mayor y con un inglés joven. Obi se sentó con ellos y se presentó. La mujer mayor, que se llamaba señora Wright, volvía a Freetown. El joven se llamaba Macmillan, y era funcionario administrativo en Nigeria del Norte. Clara se presentó a sí misma como la señorita Okeke.

—Creo que ya hemos coincidido antes —dijo Obi.

Clara pareció sorprendida y un tanto hostil.

—En el baile del CNNC en Londres.

—Ya veo —dijo ella con el mismo interés que si le hubiera dicho que estaban en un barco en el muelle de Liverpool, y continuó conversando con la señora Wright.

El barco abandonó el muelle a las once de la mañana. Durante el resto del día Obi estuvo solo, mirando al mar o leyendo en su camarote. Era su primer viaje por mar, y ya había decidido que era infinitamente mejor que volar.

Se despertó a la mañana siguiente sin ningún síntoma de mareo. Se dio un baño caliente antes de que se levantaran los otros pasajeros y fue a la barandilla a mirar el mar. La tarde anterior había estado completamente en calma. Ahora se había convertido en un inmenso erial de pequeños cerros dentados y alborotados, coronados de blanco. Obi estuvo de pie junto a la barandilla casi una hora, bebiendo el aire puro.

«Los que se hacen en barcos a la mar...», recordó.

Le quedaba muy poca fe a aquellas alturas, pero aun así se sintió profundamente conmovido.

Cuando sonó el gong del desayuno tenía un apetito tan intenso como el aire de la mañana. Los asientos en las mesas habían sido distribuidos el día anterior. Había una gran mesa central en la que se sentaban diez personas, y seis mesitas para dos diseminadas por el comedor. Ocho de los doce pasajeros estaban sentados en la mesa grande, con el capitán a un extremo y el ingeniero jefe al otro. Obi se sentó entre Macmillan y un funcionario nigeriano llamado Stephen Udom. Justo enfrente de él estaba el señor Jones, que tenía no sé qué puesto en la United Africa Company. El señor Jones se atiborraba de cuatro de los cinco platos principales y luego le decía al camarero con virtuosa sobriedad:

—Café nada más.

Y ponía énfasis en el «nada más».

En contraste con el señor Jones, el ingeniero jefe apenas tocaba la comida. Mirándole la cara, se diría que le habían servido porciones de sales Epsom, ruibarbo y *mist. alba*.^[8] Mantenía los hombros rectos y los brazos pegados al costado, como si constantemente tuviera miedo de que hubiera que evacuar el barco.

Clara estaba sentada a la izquierda del señor Jones, pero Obi se esforzaba por no mirar en su dirección. Estaba hablando con un funcionario de Educación de Ibadán, que le explicaba la diferencia entre lengua y dialecto.

Al principio, el golfo de Vizcaya estaba tranquilo y calmo. El barco se encaminaba ahora hacia un horizonte en el que el cielo era claro, como si prometiera sol. La circunferencia del mar no se fundía con el cielo, sino que destacaba en un claro contraste, como una pista gigante de la que fuera a despegar el avión de Dios. Pero a medida que se acercaba la tarde, la paz y la calma se desvanecieron de pronto. La cara del mar se contorsionaba de ira. Obi se sintió ligeramente mareado y con la cabeza cargada. A la hora de la cena se limitó a mirar la comida en su plato. Uno o dos pasajeros ni siquiera habían aparecido. Los otros comían en silencio.

Obi volvió a su camarote y ya se iba directo a la cama cuando alguien llamó a su puerta. Abrió y era Clara.

—Me he dado cuenta de que no tenías buena cara —le dijo en igbo—, así que te he traído unas tabletas de Avomine.

Le dio un sobre con media docena de pastillas blancas.

—Toma dos antes de acostarte.

—Gracias, muy amable de tu parte.

Obi estaba completamente abrumado, y toda la frialdad e indiferencia que había ensayado desaparecieron.

—Pero —tartamudeó— no te voy a privar de...

—Oh, no, tengo como para todo el pasaje. Es la ventaja de tener una enfermera a bordo.

Sonrió débilmente.

—Acabo de darles también a la señora Wright y al señor Macmillan. Buenas noches, estarás mejor por la mañana.

Durante toda la noche, Obi rodó de un lado al otro de la cama, al ritmo del azaroso progreso del barquito que gemía y crujía en la oscuridad. No podía dormir ni estar despierto. Pero de algún modo fue capaz de pasar casi toda la noche pensando en Clara, durante algunos segundos cada vez. Había tomado la firme decisión de no mostrar ningún interés por ella. Y sin embargo cuando abrió la puerta y la vio, su alegría y su confusión debieron de ser muy obvias. Y ella le había tratado como a cualquier otro paciente.

«Tengo como para todo el pasaje —había dicho—. Acabo de darles también al señor Macmillan y a la señora Wright».

Pero le había hablado en igbo por primera vez, como si quisiera decir: «Somos del mismo sitio, hablamos el mismo idioma».

Y parecía que estaba algo preocupada.

A la mañana siguiente se levantó muy temprano sintiéndose algo mejor pero no bien del todo. La tripulación ya había fregado la cubierta y estuvo a punto de resbalar en la madera húmeda. Se colocó en la barandilla en su sitio favorito. Entonces escuchó unos leves pasos femeninos, se volvió y vio que era Clara.

—Buenos días —dijo él sonriendo abiertamente.

—Buenos días —dijo ella haciendo ademán de pasar de largo.

—Gracias por las pastillas —le dijo en igbo.

—¿Te hicieron sentir mejor? —le respondió en inglés.

—Sí, mucho mejor.

—Me alegro —dijo ella, y siguió andando.

Obi se apoyó en la barandilla para observar el mar agitado, que ahora parecía un bosque, con olas afiladas como rocas, angulares y móviles. Por primera vez desde que habían dejado Liverpool, el mar estaba realmente azul, un azul plomizo que contrastaba con las brillantes cumbres blancas de incontables olas golpeando y

rompiendo las unas contra las otras. Oyó a alguien andar pesadamente y a trompicones, y después caer. Era el señor Macmillan.

—Lo siento —dijo.

—Bah, no ha sido nada —dijo el otro riéndose tontamente y sacudiéndose la culera mojada del pantalón.

—Yo también he estado a punto de caerme —dijo Obi.

—Cuidado, señorita Okeke —le dijo Macmillan a Clara, que en ese momento estaba dando la vuelta—. La cubierta está muy resbaladiza y acabo de caerme.

Todavía estaba sacudiéndose la culera.

—Dice el capitán que mañana llegamos a una isla —dijo Clara.

—Sí, las Madeira —replicó Macmillan—. Mañana por la tarde, creo.

—Y ya va siendo hora —dijo Obi.

—¿No le gusta el mar?

—Sí, pero después de cinco días me apetece un cambio.

Obi Okonkwo y John Macmillan se hicieron amigos desde el mismo instante en que Macmillan se cayó en la cubierta mojada. Pronto estaban jugando juntos al ping-pong e invitándose mutuamente a beber.

—¿Qué toma, señor Okonkwo? —preguntó Macmillan.

—Una cerveza, por favor. Está empezando a hacer calor.

Se pasó el pulgar por la frente para quitarse el sudor.

—¿Verdad? —dijo Macmillan, soplándose el pecho—. Por cierto, ¿cuál es tu nombre de pila? Yo me llamo John.

—Yo Obi.

—Obi, ese es un nombre bonito. ¿Qué significa? Me han dicho que todos los nombres africanos significan algo.

—Bueno, no sabría decirte si todos los nombres «africanos»... Los nombres igbo sí. Normalmente son frases largas. Como aquel profeta de la Biblia que llamó a su hijo «Lo que queda volverá».

—¿Qué estudiaste en Inglaterra?

—Literatura inglesa. ¿Por qué?

—Bueno, me lo estaba preguntando. ¿Cuántos años tienes? Perdona que sea tan curioso.

—Veinticinco —dijo Obi—. ¿Y tú?

—Vaya, tiene gracia, yo también tengo veinticinco. ¿Cuántos crees que tendrá la señorita Okeke?

—A las mujeres y a la música no se les pone edad —dijo Obi sonriendo—. Yo diría que unos veintitrés.

—Es guapa, ¿no te parece?

—Vaya si lo es.

Las Madeira estaban ahora muy cerca; dos horas o así, dijo alguien. Todo el mundo estaba en la cubierta, invitándose a bebidas los unos a los otros. De pronto, el señor Jones se puso poético.

—Agua, agua por todas partes y ni una gota potable —entonó. Luego se puso prosaico—: ¡Pero qué desperdicio de agua!

Obi se quedó pensando que era cierto. Qué desperdicio de agua. Una fracción microscópica del Atlántico convertiría el desierto del Sáhara en una campiña. ¿El mejor de los mundos posibles? Un exceso aquí y nada en absoluto allí.

El barco ancló en Funchal al caer la tarde. Un barquito minúsculo se acercó, con un hombre remando y dos niños dentro. El más pequeño no podía tener más de diez años; el otro tendría quizá dos años más. Querían bucear para sacar dinero. Inmediatamente las monedas estaban volando desde la cubierta hacia el mar. Los niños las pescaban todas. Stephen Udom lanzó un penique. No se movieron; no se sumergían para buscar peniques, dijeron. Todo el mundo se echó a reír.

A medida que se ponía el sol, las colinas escarpadas de Funchal, y los árboles verdes, y las casas de paredes blancas y tejas rojas parecían una isla encantada. Tan pronto como terminó la cena, Macmillan, Obi y Clara bajaron juntos a tierra. Caminaron por calles adoquinadas, y vieron al pasar coches antiguos y filas de taxis. Adelantaron a un carro tirado por dos bueyes que era solo un tablero sobre ruedas, y a un hombre que llevaba un saco de algo. Atravesaron pequeños jardines y parques.

—¡Es una ciudad jardín! —dijo Clara.

Después de más o menos una hora volvieron de nuevo al paseo marítimo. Se sentaron bajo una enorme sombrilla roja y verde y pidieron café y vino. Se acercó un hombre que les vendió postales y después se sentó con ellos y les habló del vino de Madeira. Hablaba muy poco inglés, pero no dejaba a nadie con dudas acerca de lo que quería decir.

—El vino de Las Palmas y el vino italiano son agua pura. El vino de Madeira, dos ojos, cuatro ojos.

Se rieron, y él se rió también. Después le vendió a Macmillan unas baratijas chabacanas, que todos sabían que estarían deslucidas antes de volver al barco.

—A su novia no le van a gustar, señor Macmillan —dijo Clara.

—Son para la mujer de mi criado —explicó.

Y después añadió:

—Odio que me llamen señor Macmillan. Me hace sentir viejo.

—Lo siento —dijo Clara—. Es John, ¿verdad? Y tú eres Obi. Yo soy Clara.

A las diez se levantaron para irse, porque su barco zarpaba a las once, al menos eso había dicho el capitán. Macmillan descubrió que todavía tenía algunas monedas portuguesas y pidió otro vaso de vino, que compartió con Obi. Después volvieron al barco, Macmillan cogido de la mano derecha de Clara y Obi de la izquierda.

Los otros pasajeros no habían vuelto aún y el barco parecía desierto. Se apoyaron en la barandilla y hablaron de Funchal. Después Macmillan dijo que tenía que escribir una carta importante.

—Os veo por la mañana —se despidió.

—Creo que debería también escribir unas cartas —dijo Clara.

—¿Para Inglaterra? —preguntó Obi.

—No, para Nigeria.

—No hay prisa —dijo él—. No puedes echar al correo cartas para Nigeria hasta que llegemos a Freetown. Al menos eso dicen.

Oyeron a Macmillan cerrar de golpe la puerta de su camarote. Sus ojos se encontraron durante un segundo, y sin decir una palabra Obi tomó a Clara entre sus brazos. Ella temblaba mientras él la besaba una y otra vez.

—Déjame —susurró.

—Te quiero.

Ella se quedó en silencio durante un rato, y parecía que estaba deshaciéndose en sus brazos.

—No es cierto —dijo ella de repente—. Estás haciendo el tonto. Por la mañana se te habrá olvidado.

Le miró y después le besó bruscamente.

—Sé que me odiaré a mí misma por la mañana. Tú no... Déjame, viene alguien.

Era la señora Wright, la mujer africana de Freetown.

—¿Ya han vuelto? —preguntó—. ¿Dónde están los otros? No he sido capaz de dormirme.

Tenía indigestión, dijo.

A diferencia de los barcos del correo, que atracaban en el puerto de Lagos en días fijos de la semana, los cargueros eran sumamente impredecibles. Así que cuando llegó el MV *Sasa*, no había en la Terminal Atlántica ningún amigo esperando la llegada de sus pasajeros. Los días en los que llegaban los barcos del correo, la hermosa y ventilada sala de espera estaba llena de amigos y parientes vestidos con ropas alegres aguardando la llegada del barco, y bebiendo cerveza helada y Coca-Cola o comiendo pasteles. A veces se veía algún pequeño grupo aguardando triste y en silencio. En esos casos, se podía apostar a que el hijo se había casado en Inglaterra con una blanca.

No había tal multitud esperando por el MV *Sasa*, y era obvio que el señor Stephen Udom estaba profundamente desilusionado. En cuanto habían avistado Lagos, había vuelto a su camarote para emerger media hora después con un traje negro, bombín y paraguas bajo el brazo, aunque era un caluroso día de octubre.

Las formalidades de la aduana llevaban aquí el triple de tiempo que en Liverpool y había cinco veces más funcionarios. Un joven, de hecho casi un niño, se ocupaba del camarote de Obi. Le dijo que el impuesto sobre su radio era de cinco libras.

—Vale —dijo Obi, buscando en su bolsillo—. Hazme un recibo.

El muchacho no hizo ademán de escribir.

—Te lo puedo dejar en dos libras.

—¿Cómo? —preguntó Obi.

—Lo hago, pero no te doy recibo de gobierno.

Durante unos segundos Obi se quedó sin habla. Después se limitó a decir:

—No seas bobo. Si hubiera aquí un policía, haría que te detuviese.

El muchacho se largó del camarote sin decir nada más. Obi le vio después atendiendo a otros pasajeros.

—¡Querida Nigeria! —dijo para sí mismo mientras esperaba a que otro funcionario viniera a su camarote.

Al final llegó uno, cuando los demás pasajeros ya habían sido atendidos.

Si Obi hubiera llegado en un barco de correo, la Unión Progresista de Umuofia (agrupación de Lagos) le hubiera ofrecido una bienvenida espectacular en el puerto. En cualquier caso, decidieron en su reunión que había que organizar una gran recepción, con fotógrafos y periodistas invitados. Se envió también una invitación al Servicio de Radiodifusión de Nigeria para que cubriera la ocasión y para grabar a la Orquesta Vocal de Mujeres de Umuofia, que habían estado aprendiendo unas cuantas canciones nuevas.

La recepción se celebró un sábado a las cuatro de la tarde en la calle Moloney, donde el presidente tenía dos habitaciones.

Todo el mundo iba vestido para la ocasión, con *agbada* o con traje europeo, excepto el invitado de honor, que apareció en mangas de camisa por el calor. Ese fue el Error Número Uno de Obi. Todo el mundo esperaba que un joven recién llegado de Inglaterra fuera vestido de forma adecuada.

Después de rezar, el secretario de la Unión leyó el discurso de bienvenida. Se puso en pie, se aclaró la garganta, y con una hoja enorme en la mano empezó a entonar:

—Discurso de Bienvenida para el señor Michael Obi Okonkwo, Licenciado (*Cum Laude*) en Londres, de los dirigentes y miembros de la Unión Progresista de Umuofia, con ocasión de su retorno del Reino Unido en busca del Vellochino de Oro. Señor, los dirigentes y miembros de la Unión arriba citada le ofrecemos con humildad y gratitud esta muestra de nuestro aprecio por su extraordinaria brillantez académica...

Habló del gran honor que Obi había conferido a la antigua ciudad de Umuofia, que ahora podía unirse a la colación^[9] de otras ciudades en su marcha hacia el irredentismo político, la igualdad social y la emancipación económica.

—La importancia de tener a uno de nuestros hijos en la vanguardia de esta marcha hacia el progreso es nada menos que axiomática. Los nuestros tienen un dicho: «Lo nuestro es nuestro, pero lo mío es mío». Cada ciudad y cada pueblo luchan en esta época histórica de nuestra evolución política para poseer aquello de lo que puedan decir: «Esto es mío». Nos congratulamos de tener hoy día una de tales posesiones invaluable en la persona de nuestro ilustre hijo e invitado de honor.

Recordó la historia del Sistema de Becas de Umuofia, que había hecho posible que Obi estudiara en el extranjero, y lo calificó como una inversión que había de producir sustanciales dividendos. Después aludió discretamente al acuerdo según el cual se esperaba que los beneficiarios de estas becas devolvieran su deuda a lo largo de cuatro años, de manera que «un raudal sin límites de estudiantes se vieran capacitados para beber en la Fuente de Pieria del conocimiento».

Ni que decir tiene que el discurso fue repetidamente interrumpido por vítores y aplausos. Qué hombre tan listo era su secretario, decía todo el mundo. Él mismo merecía ir a Inglaterra. Escribía con un inglés que ellos admiraban, aunque no lo entendían: la clase de inglés que te llenaba la boca, como la proverbial carne curada.

El inglés de Obi, por otro lado, no era nada del otro mundo. Se expresaba llanamente. Les habló del valor de la educación.

—La educación es para servir a los demás, no para obtener trabajos de oficina y grandes sueldos. Con nuestra gran nación en los umbrales de la independencia, necesitamos hombres que estén dispuestos a servirla fielmente.

Cuando se sentó, la audiencia aplaudió por pura cortesía. Error Número Dos.

Se sirvió cerveza fría, aguas minerales, vino de palma y galletas, y las mujeres

empezaron a entonar canciones sobre Umuofia y sobre Obi Okonkwo *nwa jelu oyibo*: Obi el que había estado en el país de los blancos. El estribillo repetía una y otra vez que el poder del leopardo estaba en sus garras.

—¿Te han dado ya ellos trabajo? —le preguntaban a Obi los de su clan por encima de la música.

En Nigeria, el gobierno era «ellos». No tenía nada que ver contigo o conmigo. Era una institución ajena, y lo que la gente tenía que hacer era sacarle todo lo que fuera posible sin meterse en líos.

—Todavía no. Tengo una entrevista el lunes.

—Por supuesto, los que sabéis de libros no tenéis ningún problema —dijo el vicepresidente, que estaba a la izquierda de Obi—. Si no fuera así, yo habría sugerido que vieras a alguno de ellos de antemano.

—No es necesario —dijo el presidente—, porque la mayoría serán blancos.

—¿Crees que los blancos no aceptan sobornos? Ven a nuestro departamento. Hoy día cogen más que los negros.

Después de la recepción, Joseph llevó a Obi a cenar al Palm Grove. Era un sitio pequeño y limpio, no muy popular los sábados por la noche, cuando la gente de Lagos prefería entretenimientos más contundentes. Había un puñado de personas en el comedor, como una docena de europeos y tres africanos.

—¿De quién es este sitio?

—Creo que de un sirio. En Lagos son los dueños de todo —dijo Joseph.

Se sentaron a una de las mesas vacías de la esquina, y cuando se dieron cuenta de que estaban debajo de un ventilador se cambiaron de mesa. Una luz suave salía de grandes globos alrededor de los que bailaban furiosamente los insectos. Quizá no se daban cuenta de que en cada globo había cuerpos que, como los suyos, también habían bailado a su alrededor en otro tiempo. O, si se daban cuenta, les daba igual.

—¡Camarero! —llamó Joseph dándose importancia.

Apareció un camarero vestido con pantalones y túnica blanca, y fajín y fez rojos.

—¿Qué tomas? —preguntó Joseph a Obi, mientras el camarero esperaba inclinado hacia ellos.

—La verdad que no me apetece beber nada más.

—Bobadas. La noche es joven. Toma una cerveza fría.

Se volvió al camarero y le dijo:

—Dos Heineken.

—No, no, con una llega. La compartimos.

—Dos Heineken —repitió Joseph, y el camarero se dirigió hacia el bar y volvió enseguida con dos botellas en una bandeja.

—¿Tienen aquí comida nigeriana?

A Joseph le sorprendió la pregunta. Ningún restaurante decente servía comida

nigeriana.

—¿Quieres comida nigeriana?

—Por supuesto. Me muero por comer fufú y sopa amarga. En Inglaterra nos apañábamos con semolina, pero no es lo mismo.

—Le diré a mi criado que te prepare fufú mañana por la noche.

—¡Buen chico! —dijo Obi, alegrándose a ojos vista.

Después añadió en inglés, para que se enteraran los europeos de la mesa contigua:

—Estoy harto de patatas hervidas.

Llamándolas «hervidas» esperaba que fuera obvio el asco que le daban.

Una mano blanca agarró su silla por detrás. Se volvió rápidamente y vio que era la vieja gerente, que iba apoyándose en las sillas para poder sostenerse. Debía de tener más de setenta años, si no tenía ochenta. Avanzó penosamente por el comedor hasta llegar detrás de la barra. Después salió otra vez, sosteniendo a duras penas un vaso de leche.

—¿Quién ha dejado ahí esa bayeta? —preguntó apuntando temblorosamente con un dedo de la mano izquierda a un trapo amarillo tirado en el suelo.

—No sé —dijo el camarero al que se había dirigido.

—Quítala de ahí —graznó.

Por el esfuerzo de dar órdenes, se olvidó del vaso de leche, que se tambaleó con su pulso temblón hasta que se le derramó sobre el vestido de flores. Fue hacia una silla de la esquina y bebió lo que quedaba, gimiendo y crujiendo como una máquina vieja oxidada por la lluvia. Debía de ser su esquina favorita, porque la jaula del loro estaba justo encima. Tan pronto como se sentó, el loro salió de la jaula y se posó en un palo, bajó la cola y se puso a cagar. Faltó el blanco de una uña para que le cayese encima a la vieja. Obi se enderezó ligeramente en la silla para ver el pastel en el suelo, pero no había ningún pastel. Todo estaba organizado con precisión. Había un arenero, que estaba casi hasta arriba de mierda fresca, junto a la silla de la vieja.

—No creo que esto sea de un sirio —dijo Obi—. Ella es inglesa.

Tomaron una parrillada mixta, y Obi admitió que no estaba del todo mal. Pero todavía estaba dándole vueltas a por qué Joseph no le había alojado en su casa, como antes de ir a Inglaterra. En vez de eso, la Unión Progresista de Umuofia le había alojado en un hotel barato en las afueras de Yaba, propiedad de un nigeriano.

—¿Recibiste mi última carta desde Inglaterra?

Joseph dijo que sí. Tan pronto como le llegó lo había comentado con la ejecutiva de la UPU, y se había acordado que tenían que alojarle adecuadamente en un hotel. Como si estuviera leyendo los pensamientos de Obi, dijo:

—Ya sabes que solo tengo una habitación.

—¡Qué bobada! —dijo Obi—. Mañana me largo de ese hotel miserable y me voy a tu casa.

Joseph estaba asombrado, pero también encantado. Intentó poner otra objeción, pero estaba claro que no era de corazón.

—¿Qué van a decir los de otros pueblos cuando sepan que un hijo de Umuofia que vuelve de Inglaterra está compartiendo una habitación en Obalende?

—Que digan lo que les dé la gana.

Comieron un rato en silencio y después Obi dijo:

—Tenemos mucho camino por delante.

Mientras él decía eso, Joseph estaba empezando a decir otra cosa, pero se detuvo.

—Sí, ¿qué decías?

—Digo que creo en el destino.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Te acuerdas de que nuestro maestro, el señor Anene, decía que tú irías a Inglaterra. Eras un enano entonces, con la nariz siempre llena de mocos, pero al final del trimestre eras el primero de la clase. ¿Recuerdas que te llamábamos «Diccionario»?

Obi se moría de vergüenza, porque Joseph estaba hablando a gritos.

—De hecho todavía tengo siempre mocos. Dicen que es alergia.

—Y entonces —dijo Joseph— le escribiste aquella carta a Hitler.

Obi soltó una de sus raras carcajadas.

—Me pregunto qué me dio. Todavía lo pienso a veces. ¿Qué era Hitler para mí, o yo para Hitler? Supongo que me daba pena. Y no me gustaba tener que ir cada día al bosque a buscar nueces de palma como nuestro «Sacrificio de Guerra».

De pronto se puso serio.

—Y, si te paras a pensarlo, era bastante inmoral por parte de nuestro maestro decirles cada mañana a unos críos que con cada nuez de palma que recogían estaban comprando un clavo para el ataúd de Hitler.

Volvieron desde el comedor al bar. Joseph estaba a punto de pedir más cerveza, pero Obi se negó en redondo.

Desde donde estaba Obi, se veían pasar los coches por la calle Broad. Un enorme De Soto aparcó justo delante de la puerta, y un joven muy guapo entró en el bar. Todo el mundo se volvió a mirarle, y el ambiente se llenó de discretos silbidos cuando cada uno le susurró a su vecino que era el ministro de Estado.

—Es el Excelentísimo Sam Okoli —susurró Joseph.

Pero Obi estaba como si le hubiera caído un rayo, mirando al De Soto en la penumbra.

El Excelentísimo Sam Okoli era uno de los políticos más populares del este de Nigeria, su distrito electoral. Los periódicos decían que era el caballero mejor vestido de Lagos, y el mejor partido. Aunque sin duda pasaba de los treinta, siempre parecía un chico recién salido del colegio. Era alto, atlético, y tenía para todo el mundo una

sonrisa deslumbrante. Caminó hacia la barra y pidió una lata de Churchman's. Mientras tanto, la mirada de Obi estaba fija fuera en la carretera, donde Clara estaba sentada en el De Soto. Solo la había visto un instante. Quizá ni siquiera fuera ella. El ministro volvió al coche, y cuando abrió la puerta la pálida luz interior iluminó los confortables asientos. Ahora no había duda. Era Clara.

—¿Qué pasa?

—Nada, que conozco a la chica.

—¿De Inglaterra?

Obi asintió.

—¡Vaya con Sam! No se le escapa una...

OBI formuló por primera vez su teoría de que el funcionariado en Nigeria seguiría siendo corrupto hasta que los viejos africanos en la cima fueran reemplazados por jóvenes universitarios en un ensayo presentado ante la Asociación de Estudiantes Nigerianos en Londres. Pero a diferencia de la mayor parte de las teorías forjadas por estudiantes en Londres, esta sobrevivió al primer impacto del regreso a casa. De hecho, durante el primer mes después de su vuelta, Obi encontró dos ejemplos clásicos de su viejo africano.

Conoció al primero en la comisión de Funcionarios donde fue entrevistado para un trabajo. Afortunadamente para Obi, había ya causado una buena impresión a los directivos antes de que este hombre le hiciera perder la paciencia.

Sucedió que el presidente de la comisión, un inglés gordo y jovial, era un gran aficionado a la poesía y la novela modernas, y le gustaba hablar del tema. Los otros cuatro miembros, un europeo y tres africanos, que desconocían ese aspecto de la vida, estaban muy impresionados. O quizá debiéramos decir tres de ellos, porque el cuarto estuvo dormido todo el tiempo que duró la entrevista; esto podría parecer en principio irrelevante, si no hubiera sido porque el mencionado caballero era el representante de una de las tres regiones de Nigeria. (En interés de la unidad nigeriana, esta región no será nombrada).

La conversación del presidente con Obi fue desde Graham Greene a Tutuola, y les llevó casi media hora. Después Obi afirmó que había dicho un montón de tonterías, pero eran tonterías cultas y espectaculares. Incluso se sorprendió a sí mismo cuando empezó a soltarse.

—Dice usted que admira profundamente a Graham Greene. ¿Qué opina de *El revés de la trama*? El policía europeo se suicida.

—Es la única novela sensata escrita por un europeo sobre África occidental que yo haya leído.

Obi hizo una pausa y después añadió, como dejándolo caer:

—Solo la estropea el final feliz.

—¿El final feliz? ¿Está usted seguro de que está pensando en *El revés de la trama*? El policía europeo se suicida al final.

—Quizá final feliz suene demasiado fuerte. Pero no se me ocurre otra forma de decirlo. El policía está desgarrado entre su amor por una mujer y su amor por Dios, y se suicida. Es demasiado simplón. La tragedia no es así en absoluto. Recuerdo a un anciano de mi pueblo, un cristiano converso, que tuvo una desgracia detrás de otra. Él solía decir que la vida es como un cuenco de ajeno del que uno bebe a pequeños sorbos sin poder parar. Él sí comprendía el sentido de la tragedia.

—O sea que usted piensa que el suicidio estropea la tragedia —dijo el presidente.

—Sí. La tragedia genuina nunca se resuelve. Se perpetúa eternamente sin esperanza. La tragedia convencional es demasiado facilona. El héroe muere y los lectores experimentamos una catarsis. Una tragedia real ocurre en una esquina, en un solar abandonado, para citar a W.H. Auden. Al resto del mundo no le importa. Como aquel personaje de *Un puñado de polvo* que lee a Dickens para el señor Todd. Para él no hay liberación posible. Cuando termina el libro, él todavía sigue leyendo. No hay catarsis para nosotros porque no estamos allí en su piel.

—Esto es realmente interesante —dijo el presidente.

Después miró alrededor de la mesa y les preguntó a los otros miembros si tenían preguntas para el señor Okonkwo. Todos dijeron que no, excepto el hombre que había estado durmiendo.

—¿Por qué quiere un trabajo en la administración del Estado? ¿Para recibir sobornos? —preguntó.

Obi dudó. Su primer impulso fue decir que era una pregunta idiota. En vez de eso dijo:

—No sé cómo espera que le responda a esa pregunta. Incluso si mi motivo fuera recibir sobornos, no pretenderá que lo admita delante de esta comisión. Así que no me parece una pregunta muy oportuna.

—No es asunto suyo decidir qué preguntas son oportunas, señor Okonkwo —dijo el presidente, intentando sin éxito parecer severo—. En todo caso, nos comunicaremos con usted a su debido tiempo. Buenos días.

Joseph puso mala cara cuando Obi le contó la historia de la entrevista. Su opinión era que un hombre que busca trabajo no puede permitirse impertinencias.

—¡Tonterías! —dijo Obi—. Eso es lo que yo llamo mentalidad colonial.

—Llámalo como quieras —le dijo Joseph en igbo—. Tú sabrás más de libros que yo, pero yo soy mayor que tú y tengo más experiencia. Y te digo que un hombre no reta a su *chi* a un combate.

El criado de Joseph, Mark, trajo arroz y un guiso, y se pusieron a comer de inmediato. Después fue a una tienda al otro lado de la calle donde vendían agua fría a un penique la botella y les trajo una para cada uno, llevando a la ida y a la vuelta una mota de hollín en la punta de la nariz. Tenía los ojos rojos y llorosos de haber estado soplando el fuego.

—Has cambiado mucho en cuatro años —subrayó Obi después de que hubieran estado comiendo un rato en silencio—. Entonces solo tenías dos intereses: la política y las mujeres.

Joseph sonrió.

—No te dedicas a la política con el estómago vacío.

—Vale —dijo Obi jovialmente—. ¿Y las mujeres? Ya llevo aquí dos días y no he visto ninguna.

—¿No te dije que me iba a casar?

—¿Y qué?

—Cuando has pagado ciento treinta libras como dote y eres un oficinista de segunda, no te queda mucho que derrochar en mujeres.

—¿De verdad pagaste ciento treinta? ¿Y las leyes de la dote?

—Subieron los precios, eso es todo.

—Una pena que casáramos a mis tres hermanas demasiado pronto como para haber hecho un dinerillo con ellas. Intentaremos compensarlo con las otras.

—No es cosa de risa —dijo Joseph—. Espera a que tú quieras casarte. Te pedirán quinientas libras por ser un funcionario de primera clase.

—No soy un funcionario de primera clase. Acabas de decirme que no me van a dar el trabajo porque le dije a ese imbécil lo que pensaba de él. Y además, de primera o no de primera, no voy a pagar quinientas libras por una esposa, ni siquiera cincuenta.

—Estás de broma. A menos que quieras ser un reverendo padre.

Mientras esperaba el resultado de la entrevista, Obi realizó una corta visita a Umuofia, su pueblo, que estaba a ochocientos kilómetros en la región oriental. El viaje no fue especialmente emocionante. Se montó en una furgoneta llamada «El juicio de Dios no tiene apelación» y viajó en primera clase, lo que significa que compartió el asiento delantero con el conductor y una mujer joven con un bebé. Los asientos de atrás estaban ocupados por comerciantes que viajaban regularmente entre Lagos y el famoso mercado de Onitsha, a la orilla del Níger. El furgón iba tan cargado que los comerciantes no tenían sitio para poner las piernas. Se sentaban con los pies al mismo nivel que el culo, con las rodillas levantadas hasta la barbilla como pollos asados. Pero no parecía importarles. Se entretenían con canciones picantes dirigidas a las jóvenes que se habían convertido en enfermeras o maestras en vez de en madres.

El conductor de la furgoneta era un hombre muy callado. Pasaba el rato mascando nuez de cola o fumando cigarrillos. La cola era para mantenerse despierto durante la noche porque el viaje empezaba a última hora de la tarde, llevaba toda la noche y concluía temprano por la mañana. De vez en cuando le pedía a Obi que prendiera una cerilla para encenderle un cigarro. De hecho había sido Obi quien se ofreciera a hacerlo la primera vez. Se había asustado al ver al hombre controlar el volante con el codo mientras rebuscaba las cerillas.

Unos setenta kilómetros más allá de Ibadán el conductor dijo de pronto:

—¡La puta mierda de la policía!

Obi vio a dos policías en la cuneta unos trescientos metros más adelante, haciendo señales a la camioneta para que parase.

—¿Particulares? —le preguntó uno de ellos al conductor.

En ese momento Obi se dio cuenta de que su asiento era una especie de caja fuerte para guardar dinero y documentos importantes. El conductor pidió a los pasajeros que se levantaran. Abrió con una llave la caja y sacó un puñado de papeles. El policía los miró con aire crítico.

—¿Dónde está carné de conducir?

El conductor se lo enseñó.

Mientras tanto, el compañero del conductor se estaba acercando al otro policía. Pero justo cuando estaba a punto de darle algo, Obi miró en su dirección. El policía no estaba dispuesto a correr riesgos; por lo que él sabía, Obi podía ser un tipo del CID. Así que empujó al compañero del conductor con gran indignación moral.

—¿Qué quieres? Largo de aquí.

Entretanto, el otro policía había encontrado algún problema con los papeles del conductor y estaba apuntando sus datos, mientras el conductor suplicaba y rogaba en vano. Finalmente continuó conduciendo, o eso parecía, porque medio kilómetro más allá se detuvo.

—¿Por qué miras hombre en cara cuando queremos darle dos chelines? —le preguntó a Obi.

—Porque no tiene ningún derecho a recibir de ti dos chelines —respondió Obi.

—Ahora él hace yo no quiera llevar gente de libros —se quejó—. Mucho mucho saber para dar problema. ¿Por qué metes nariz en lo que no te importa? Ahora ese policía cobra diez chelines.

Unos minutos después Obi se dio cuenta de por qué habían parado. El compañero del conductor había vuelto corriendo hasta donde estaban los policías, con la seguridad de que serían más asequibles cuando no hubiera extraños molestos mirándoles. El hombre volvió enseguida, jadeando por la carrera.

—¿Cuánto cogieron? —preguntó el conductor.

—Diez chelines —jadeó el asistente.

—Ya lo ves —le dijo a Obi, que estaba empezando a sentirse un poco culpable, especialmente porque todos los comerciantes de atrás, al enterarse de lo que había pasado, habían dejado de atacar a las mujeres profesionales para concentrarse en los jóvenes que saben más de la cuenta. Durante el resto del viaje el conductor no volvió a dirigirle la palabra.

—¡Menudo establo de plata! —murmuró para sí mismo—. ¿Por dónde se empieza? ¿Por las masas? ¿Educando a las masas?

Sacudió la cabeza.

—Ahí no hay nada que hacer. Llevaría siglos. Un puñado de hombres en los puestos clave... O incluso un solo hombre con visión, un dictador ilustrado. Hoy día a la gente le asusta esta palabra. Pero ¿qué clase de democracia puede existir con tanta corrupción y tanta ignorancia? Quizá una cosa intermedia, una especie de

compromiso.

Cuando el razonamiento de Obi llegó a este punto se recordó a sí mismo que Inglaterra había sido igual de corrupta hasta hacía no tanto tiempo. Realmente, no estaba de humor para seguir pensando en aquella dirección. Su mente estaba impaciente por solazarse en un paisaje más agradable.

La joven que se sentaba a su izquierda estaba dormida, y agarraba fuertemente al bebé contra su pecho. Iba a Benín. Eso era todo lo que sabía de ella. Ella no hablaba ni palabra de inglés y él no hablaba fon. Cerró los ojos y se imaginó que era Clara. Sus rodillas se estaban rozando. No funcionó.

¿Por qué insistía Clara en que todavía no debía hablar de ella con su gente? ¿Sería porque no estaba del todo convencida de casarse con él? No podía ser eso. Tenía tantas ganas como él de que se comprometieran formalmente, pero le había dicho que no se gastara dinero en comprarle un anillo hasta que no tuviera trabajo. Quizá ella quería comunicárselo antes a su propia familia. Mas si era así, ¿por qué tanto misterio? ¿Por qué no le había dicho sencillamente que quería consultarlo con su gente? O quizá no era tan inocente como él había pensado y estaba utilizando este suspense para aferrarlo más aún. Obi examinó las diferentes posibilidades y las fue descartando una a una.

A medida que avanzaba la noche el aire se volvió primero fresco y estimulante y después helador. El conductor sacó una sucia gorra marrón del montón de andrajos sobre los que se sentaba y se cubrió con ella. La joven beninesa se volvió a atar el pañuelo a la cabeza para cubrirse los oídos. Obi tenía una americana de sport que se había comprado el primer año que estuvo en Inglaterra. Hasta entonces la había usado para hacer algo más cómodo el respaldo de madera. En aquel momento se la echó sobre los hombros. Pero la única parte de su cuerpo que estaba realmente a gusto eran las piernas y los pies. El calor del motor, que antes había sido bastante desagradable, se había suavizado con el aire helado, y ahora acariciaba suavemente los pies y las piernas.

Obi estaba empezando a adormilarse, y sus pensamientos se volvían más y más hacia lo erótico. Pronunció para sí mismo palabras que no era capaz de decir en voz alta ni siquiera estando solo. Curiosamente, todas las palabras eran en su lengua materna. Podía decir cualquier palabra inglesa, por muy sucia que fuera, pero había palabras en igbo que sencillamente se negaban a salir de su boca. Sin duda era su educación más temprana la responsable de esta censura, mientras que las palabras inglesas podían filtrarse porque las había aprendido más tarde en la vida.

Obi continuó su duermevela hasta que el conductor se detuvo súbitamente a la orilla de la carretera, se frotó los ojos y anunció que se había pillado a sí mismo durmiéndose un par de veces. Naturalmente, esto preocupó a todos los pasajeros, que trataron de serle útiles.

—¿No tienes nuez de cola para comer? —le preguntó uno de los comerciantes de la parte trasera.

—¿No ves que estuve toda la tarde comiéndola? —respondió el conductor—. No entiendo este sueño. No dormí anoche, pero no es primera vez.

Todo el mundo estuvo de acuerdo en que el sueño era un fenómeno muy poco razonable. Tras dos o tres minutos de conversación general sobre esta cuestión, el conductor retomó su camino y prometió que haría todo lo posible por mantenerse despierto. Pero el sueño había huido de los ojos de Obi tan pronto como el conductor se detuvo. Su mente se aclaró inmediatamente, como si el sol hubiera salido y secado el rocío que se extendía sobre ella.

Los comerciantes volvieron a cantar, pero esta vez la canción no era grosera. Obi sabía el estribillo, intentó traducirlo al inglés, y por primera vez entendió lo que quería decir.

Un yerno fue a ver a su suegro

Oyiemu-o

Su yerno le echó el guante y lo mató

Oyiemu-o

Trae un cayuco, trae un remo

Oyiemu-o

El remo habla en inglés

Oyiemu-o.

En principio, la canción no tenía sentido ni lógica. Pero a medida que Obi le daba vueltas en su mente, se sorprendió con la riqueza de asociaciones que hasta una canción tan mediocre como aquella podía tener. De entrada, era inaudito que un hombre le echara el guante a su suegro y lo matara. Para la mentalidad igbo era el colmo de la traición. ¿Acaso no decían los ancianos que el suegro de un hombre era su chi, su dios personal? Superpuesta a esta traición, había otra: un remo empieza de pronto a hablar una lengua, el inglés, que su dueño, el pescador, no entiende. En resumen, pensó Obi, el quid de la canción era «el mundo patas arriba». Se quedó satisfecho con su exégesis y empezó a buscar en su cabeza otras canciones que pudiera analizar del mismo modo. Pero la canción de los comerciantes sonaba tan alto y era tan picante que no se podía concentrar en sus pensamientos.

Hoy día ir a Inglaterra se ha convertido en algo tan corriente como ir al río del pueblo. Pero cinco años atrás era diferente. La vuelta de Obi al pueblo fue casi una fiesta popular. Un coche «de cortesía» estaba esperándole en Onitsha para llevarle sano y salvo hasta Umuofia, que estaba a unas cincuenta millas. Pero, antes de salir, tuvo un ratito para dar una vuelta por el gran mercado.

Lo primero que le llamó la atención fue un jeep abierto desde el que unos altavoces lanzaban estruendosa música local. Dos hombres se movían en el coche al ritmo de la música, igual que otra mucha gente que se había congregado alrededor. Obi estaba preguntándose de qué iba todo aquello cuando la música se detuvo de pronto. Uno de los hombres levantó una botella para que todo el mundo la viera. Contenía Elixir de la Juventud, dijo, y empezó a contarle a la gente todas sus virtudes. O mejor dicho, algunas de ellas, porque era imposible enumerar todas sus maravillosas propiedades. El otro hombre cogió un puñado de panfletos y empezó a repartirlos entre la muchedumbre, aunque la mayoría tenían aspecto de ser analfabetos.

—Este folleto os hablará del Elixir de la Juventud —anunció.

Estaba claro que, si había algo escrito a propósito del producto, tenía que ser cierto. Obi cogió uno de los folletos y leyó la lista de enfermedades. Las tres primeras eran reumatismo, fiebre amarilla y rabia.

Al otro lado de la carretera, cerca de la playa, había una hilera de mujeres vendiendo *garri* en grandes palanganas de porcelana blanca. Apareció un mendigo. Debía de ser bien conocido, porque mucha gente le llamaba por su nombre. Quizá también estaba un poco loco. Su nombre era Sentido Único. Tenía un cuenco de porcelana, y empezó a recorrer la fila. Las mujeres empezaron a hacer música con latas vacías de cigarrillos, y Sentido Único bailó a lo largo de la fila, recibiendo de cada mujer un puñado de *garri*. Cuando llegó al final de la hilera tenía suficiente *garri* como para dos comidas fuertes.

Bandas de músicos esperaban a Obi en la carretera de Onitsha a Umuofia a tres kilómetros del pueblo. Parecía que el pueblo entero celebraba una fiesta. Los que no estaban esperando a lo largo de la carretera, especialmente la gente mayor, ya estaban llegando en masa al patio del señor Okonkwo.

El único problema era que podía empezar a llover. De hecho, mucha gente estaba medio deseando que lloviera a cántaros para demostrarle a Isaac Okonkwo que el cristianismo le había vuelto ciego. Él era el único que no se daba cuenta de que en una ocasión como aquella había que llevarle vino de palma, un gallo y algo de dinero al hechicero jefe de Umuofia para evitar la lluvia.

—No es el primer cristiano que vemos —dijo uno de los hombres—. Pero es como el vino de palma que bebemos. Algunos lo beben y siguen cuerdos, y otros pierden el sentido.

—Muy cierto, muy cierto —dijo otro—. Cuando un proverbio nuevo llega a la tierra de los hombres vacíos, pierden la cabeza con él.

En ese mismo momento, Isaac Okonkwo estaba discutiendo sobre los hacedores de lluvia con uno de los ancianos que habían venido a celebrar con él la ocasión.

—¿Vas a decirme que algunos hombres no pueden enviar el rayo contra sus

enemigos? —preguntó el anciano.

El señor Okonkwo le dijo que creer tal cosa era comer el polvo de la ignorancia. Era como meter la cabeza en la olla.

—Lo que Satanás ha conseguido en este mundo nuestro es un prodigio —dijo—. Porque solo él puede meter semejantes abominaciones en el estómago de los hombres.

El anciano esperó pacientemente a que terminara y dijo:

—Tú no eres un extranjero en Umuofia. Has escuchado a nuestros ancianos decir que el rayo no puede matar a un hijo de Umuofia. ¿Conoces a alguno ahora o en el pasado que haya muerto así?

Okonkwo tuvo que admitir que no conocía ningún caso.

—Pero es obra de Dios —dijo.

—Es obra de nuestros ancestros —dijo el anciano—. Crearon una medicina poderosa para protegerse del rayo, y no solo a sí mismos sino a todos sus descendientes, por siempre.

—Muy cierto —dijo otro hombre—. Cualquiera que lo niegue lo hace en vano. Déjale que vaya y le pregunte a Nwokeke cómo le golpeó un rayo el año pasado. Se le cayó toda la piel como la muda de una serpiente, pero no murió.

—¿Por qué le cayó el rayo? —preguntó Okonkwo—. No tendría que haberle tocado.

—Ese es un asunto entre él y su *chi*. Pero has de saber que el rayo le cayó en Mbaino y no en casa. Quizá el rayo al verle en Mbaino pensó al principio que era un hombre de Mbaino.

Cuatro años en Inglaterra habían llenado a Obi de deseos de volver a Umuofia. Este sentimiento era tan fuerte que a veces se avergonzaba de estar estudiando literatura inglesa para su licenciatura. Hablaba igbo en cuanto tenía ocasión de hacerlo. Nada le producía más placer que encontrar a otro estudiante que hablara igbo en un autobús londinense. Pero cuando tenía que hablar en inglés con un estudiante nigeriano de otra tribu siempre bajaba la voz. Era humillante tener que hablar con un compatriota en una lengua extranjera, especialmente en presencia de los legítimos propietarios de esta lengua. De forma natural, ellos asumían que uno no tenía lengua propia. Le habría gustado que estuvieran allí. Que vinieran a Umuofia y escucharan hablar a los hombres para quienes la conversación era un gran arte. Que vinieran y vieran a hombres, mujeres y niños que sabían cómo vivir, cuya alegría de vivir no había sido asesinada todavía por aquellos que pretendían enseñar a otras naciones cómo vivir.

Había cientos de personas para recibir a Obi. De entrada, toda la plantilla y los alumnos de la escuela central de la Sociedad de la Iglesia Misionera de Umuofia estaban allí, y su banda de metal acababa de tocar «Viejo Calabar». También habían

tocado una antigua melodía evangélica que, cuando Obi iba a la escuela, sus compañeros protestantes cantaban con una letra anticatólica, especialmente el Día del Imperio, cuando protestantes y católicos competían en atletismo.

*Otasili osukwu Onyenkuzi Fada
E misisi ya oli awo-o.*

Que se traducía al inglés como sigue:

Comedor de fruta de palma, profesor católico romano,
su señora una devoradora de sapos.

Después de los primeros cuatrocientos apretones de manos y cien abrazos, por fin Obi pudo sentarse un rato con su padre y los ancianos del clan en el gran salón. No había suficientes sillas para todos, así que muchos se sentaban en pieles de cabra extendidas en el suelo. Tampoco es que fuera muy diferente sentarse en una silla o en el suelo, porque incluso los que se sentaban en sillas extendían primero sobre ellas sus pieles de cabra.

—El país de los blancos debe de estar muy lejos —comentó uno de los hombres.

Todo el mundo sabía que estaba muy lejos, pero querían escucharlo de nuevo de boca de su joven pariente.

—No puede ni contarse —dijo Obi—. Al barco de los blancos le llevó dieciséis días, cuatro semanas de mercado, hacer el viaje.

—Fíjate —dijo uno de los hombres a los otros—. Cuatro semanas de mercado. Y no en una canoa, sino en un barco de blancos que corre sobre el agua como una serpiente sobre la hierba.

—A veces, no se ve tierra durante una semana de mercado completa —dijo Obi—. Ni delante, ni detrás, ni a la izquierda ni a la derecha. Solo agua.

—Fíjate —dijo el hombre a los otros—. Sin ver tierra durante una semana de mercado entera. En nuestros cuentos, un hombre llega a la tierra de los espíritus cuando ha cruzado siete ríos, siete bosques y siete colinas. Sin duda tú has visitado la tierra de los espíritus.

—Sí, hijo mío —dijo otro anciano—. ¡Azik! —llamó el mismo hombre, queriendo decir Isaac—, tráenos nuez de cola para celebrar la vuelta de este chico.

—Esta es una casa cristiana —replicó el padre de Obi.

—¿Una casa cristiana en la que no se come nuez de cola? —se burló el anciano.

—Aquí se come nuez de cola —contestó el señor Okonkwo—, pero no para hacer sacrificios a los ídolos.

—¿Quién habló de un sacrificio? Aquí hay un muchacho que vuelve de combatir

en el mundo de los espíritus, y tú te quedas sentado farfullando sobre ídolos y casas cristianas, hablando como un hombre al que se le ha subido el vino de palma a la cabeza.

Soltó un silbido de enfado, cogió su piel de cabra y fue a sentarse fuera.

—Hoy no es día para discusiones —dijo otro anciano—. Yo pondré la nuez de cola.

Cogió su bolsa de piel de cabra, que había colgado de la silla, y empezó a hurgar en sus profundidades. Mientras buscaba, las cosas se golpeaban unas con otras en el interior: su cuerno de beber, su tarro de rapé, una cuchara.

—Y la partiremos de forma cristiana —dijo cuando pescó la nuez de cola.

—No te molestes, Ogbuefi Odogwu —le dijo Okonkwo—. Yo no me he negado a poner una nuez de cola ante ti. Lo que digo es que en mi casa no se usará como un sacrificio pagano.

Se dirigió a una habitación interior y pronto volvió con tres nueces de cola puestas en un plato. Ogbuefi Odogwu insistió en añadir la suya a estas.

—Obi, muestra la nuez de cola —dijo su padre.

Obi ya se había puesto en pie para hacerlo, puesto que era el hombre más joven en la habitación. Cuando todo el mundo la hubo visto, puso el plato ante Ogbuefi Odogwu, que era el más anciano. Él no era cristiano, pero sabía un par de cosas sobre el cristianismo. Como otros muchos en Umuofia, iba a la iglesia una vez al año, por la cosecha. Su única crítica a la ceremonia cristiana era que la congregación no tenía derecho a replicar al sermón. Una de las cosas que le gustaban particularmente, y que entendía, era: «Como era en el principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos».

—Como un hombre llega al mundo —solía decir—, así se irá de él. Cuando un hombre con títulos muere, sus tobilleras de rango se cortan para que vuelva como vino. Los cristianos tienen razón cuando dicen que, como era en el principio, así será por siempre.

Tomó el plato, juntó sus rodillas para formar una mesa y lo puso allí. Elevó las manos, con las palmas hacia el cielo, y dijo:

—Bendice esta cola para que cuando la comamos haga bien a nuestro cuerpo en el nombre de Jesu Cristi. Como era en el principio, ahora y siempre. Amén.

Todo el mundo respondió «Amén» y celebró la representación del viejo Odogwu. El propio Okonkwo no pudo evitar unirse a las felicitaciones.

—Deberías convertirte al cristianismo —sugirió.

—Vale, si me haces pastor —dijo Odogwu.

Todo el mundo se rió. Después la conversación volvió a centrarse en Obi. Matthew Ogbonna, que había sido carpintero en Onitsha y consecuentemente era un hombre de mundo, dijo que todos debían dar gracias a Dios porque Obi no hubiera

traído a casa una mujer blanca.

—¿Una mujer blanca? —preguntó un hombre; para él era una cosa de otro mundo.

—Sí, yo lo he visto con mis propios ojos.

—Sí —dijo Obi—. Muchos negros que van al país de los blancos se casan con sus mujeres.

—¿Lo ves? —dijo Matthew—. Te digo que lo he visto con mis propios ojos en Onitsha. La mujer incluso tenía dos críos. Pero ¿qué pasó al final? Dejó a los niños y volvió a su país. Por eso digo que cuando un negro se casa con una blanca está perdiendo el tiempo. Su tiempo con él es como el de la luna en el cielo. Cuando llega su hora, se va.

—Muy cierto —dijo otro hombre que también había viajado—. Lo que importa no es que ella se vaya. Es que mientras está aparta al hombre de su clan.

—Me alegro de que hayas vuelto a casa sano y salvo —le dijo Matthew a Obi.

—Él es hijo de Iguedo —dijo el viejo Odogwu—. Hay nueve pueblos en Umuofia, pero Iguedo es Iguedo. Tenemos nuestros defectos, pero no somos hombres vacíos que se vuelven blancos cuando ven blanco y negros cuando ven negro.

El corazón de Obi se hinchó de orgullo en su pecho.

—Él es el nieto de Ogbuefi Okonkwo, que se enfrentó solo al hombre blanco y murió en la batalla. ¡Ponte en pie!

Obi se levantó obedientemente.

—Fijaos en él —dijo Odogwu—. Él es Ogbuefi Okonkwo que ha vuelto. Es Okonkwo kpom-kwen, exacto, perfecto.

El padre de Obi se aclaró la garganta con vergüenza.

—Los hombres muertos no vuelven —dijo.

—Yo te digo que este es Okonkwo. Como era en el principio, así será por siempre. Eso es lo que nos dice tu religión.

—No te dice que los muertos vuelvan.

—De Iguedo salen grandes hombres —dijo Odogwu cambiando de tema—. Cuando yo era joven los conocí: Okonkwo, Ezeudu, Obierika, Okolo, Nwosu.

Los fue contando con los dedos.

—Y muchos otros, tantos como granos de arena. Entre sus padres hemos oído hablar de Ndu, Nwosisi, Ikedi, Obika y su hermano Iweka... todos gigantes. Esos hombres fueron grandes en sus tiempos. Hoy día la grandeza ha cambiado en sus formas. Somos los primeros de los nueve pueblos de Umuofia en mandar a nuestro hijo al país de los blancos. La grandeza ha sido de Iguedo desde los tiempos antiguos. No es cosa que haga el hombre. No puedes plantar la grandeza como plantas maíz o ñame. ¿Acaso alguien plantó alguna vez un iroko, el árbol más grande del bosque? Puedes recoger todas las semillas de iroko del mundo, abrir la tierra y dejarlas allí.

Será en vano. El gran árbol elige dónde crecer y allí lo encontramos nosotros, y así ocurre con la grandeza en los hombres.

6

LA bienvenida de Obi no fue finalmente la ocasión feliz con la que él había soñado. La causa fue su madre. Había envejecido tanto y se había vuelto tan frágil en cuatro años que él apenas podía creerlo. Le habían hablado de largos periodos de enfermedad, pero él no se había imaginado aquello. Ahora que todas las visitas se habían marchado y ella vino y le abrazó y le echó los brazos alrededor del cuello, se le llenaron los ojos de lágrimas por segunda vez. Desde ese momento, Obi llevaba su tristeza al cuello, como un collar de piedra.

Su padre estaba también en los huesos, aunque no tenía tan mal aspecto como su madre. Para Obi estaba claro que no tenían suficiente comida sustanciosa para alimentarse. Era escandaloso, pensó, que después de casi treinta años de servir a la iglesia, su padre se hubiera retirado con una pensión de dos libras al mes, una buena parte de las cuales volvía a la propia iglesia en forma de diezmos y otras contribuciones. Y sus dos hijos pequeños todavía estaban en la escuela, y había que pagar por ellos matrículas y cuotas en la iglesia.

Obi y su padre estuvieron sentados mucho rato después de que los otros hubieran ido a la cama, en la habitación oblonga que daba al exterior a través de una gran puerta central y dos ventanas. Esta habitación se llamaba «pieza» en las casas cristianas. La puerta y las ventanas estaban cerradas para desalentar a los vecinos que hubieran seguido viniendo a ver a Obi, algunos por cuarta vez en el día.

Había una lámpara de bosque al lado de la silla en la que se sentaba el padre de Obi. Era la suya propia. Él mismo lavaba la pantalla; no confiaba en nadie para esa labor. La lámpara tenía más años que Obi.

Las paredes de la pieza habían sido encaladas recientemente. Hasta entonces Obi no había tenido un segundo para reparar en esos gestos de cariño. También habían alisado el suelo, pero con los incontables pies que lo habían pisoteado a lo largo del día ya necesitaba otro enlucido de tierra roja y agua.

Su padre rompió al fin el silencio.

—Señor, ahora puedes dejar partir a tu siervo en paz según tu palabra.

—¿Qué dices, padre? —preguntó Obi.

—A veces tenía miedo de no seguir vivo para verte regresar.

—¿Por qué? Tienes tan buen aspecto como siempre.

El padre de Obi ignoró el falso cumplido, entregado a sus propios pensamientos.

—Mañana iremos todos a rezar a la iglesia. El pastor celebrará un servicio especial para ti.

—Pero ¿es necesario, padre? ¿No es suficiente con rezar todos juntos aquí como lo hemos hecho hoy?

—Es necesario —dijo su padre—. Está muy bien rezar en casa, pero es mejor

rezar en la casa de Dios.

Obi pensó: «¿Qué ocurriría si me pusiera en pie y le dijera: “Padre, yo ya no creo en tu Dios”?».

Sabía que no podía hacerlo, pero se preguntaba qué ocurriría si lo hiciera. A veces se hacía preguntas así. Pocas semanas antes, en Londres, se había preguntado qué sucedería si se hubiera levantado y le hubiera gritado al refinado parlamentario que había venido a dar una conferencia a los estudiantes africanos sobre la Federación del África Central: «Largo de aquí, sois todos unos malditos hipócritas». No era exactamente lo mismo, en todo caso. Su padre creía fervientemente en Dios, y el refinado parlamentario era un maldito hipócrita.

—¿Tuviste tiempo para leer la Biblia mientras estabas allí?

No había más remedio que contar una mentira. A veces una mentira era preferible a la verdad. Obi sabía por qué le había hecho la pregunta. Había leído muy mal los versículos en la oración de la tarde.

—A veces —respondió—, pero era una Biblia en inglés.

—Sí —dijo su padre—. Ya veo.

Hubo una larga pausa durante la que Obi recordó, avergonzado, cómo había leído su parte a trompicones como un niño. En el primer versículo había pronunciado *ugwu* como «montaña», cuando debía haber sido «circuncisión». Cuatro o cinco veces le habían corregido inmediatamente, y la primera que oyó fue la de su hermana más pequeña, Eunice, que tenía once años y estaba en cuarto curso.

Toda la familia se sentaba en torno a la enorme mesa del comedor con la vieja lámpara de bosque en el centro. Había nueve personas en total: padre, madre, seis hermanos y Obi. Cuando el padre anunciaba la lectura del día, según la tarjeta del Grupo de Sagrada Escritura, Obi se había dado cuenta de que era capaz de encontrarla sin ninguna dificultad en la Biblia que compartía con Eunice. Entonces se rezaban las oraciones para abrir el entendimiento, y comenzaba la lectura, leyendo cada persona un versículo.

La madre de Obi se sentaba al fondo en un taburete bajo. Los cuatro niños de sus hijas casadas estaban en una colchoneta a su lado. Aunque sabía leer, ella nunca tomaba parte en la lectura familiar. Se limitaba a escuchar a su marido y a sus hijos. Siempre había sido así, desde que los niños tenían memoria. Era una mujer muy devota, pero Obi solía preguntarse si, por sí misma, no hubiera preferido contarles a sus hijos los mismos cuentos que a ella le contaba su madre. De hecho, solía contarle historias a su hija mayor. Pero eso era antes de que Obi naciera. Dejó de hacerlo porque su marido se lo prohibió.

—No somos paganos —le había dicho—. Esas historias no son para gente de iglesia.

Y Hannah había dejado de contarles a sus hijos cuentos tradicionales. Era leal a

su marido y a su nueva fe. Su madre se había unido a la iglesia con sus hijos tras la muerte de su marido. Hannah ya era mayor cuando dejaron de ser una «gente de nada» y se unieron a la «gente de iglesia». Era tal la convicción de los primeros cristianos que llamaban a los otros «la gente de nada», o a veces, cuando se sentían más caritativos, «la gente del mundo».

Isaac Okonkwo no se limitaba a ser cristiano: era además catequista. En los primeros años de su vida de casados, le había hecho ver a Hannah su gran responsabilidad como mujer de un catequista. Y tan pronto supo lo que se esperaba de ella, se apresuró a hacerlo, mostrando a veces más celo que su propio esposo. Enseñó a los niños a no aceptar comida en casa de los vecinos porque decía que le ofrecían la comida a los ídolos. Solo ese hecho ya hacía que los niños fueran distintos de los demás porque, entre los igbo, los niños eran libres para comer donde quisieran. Un día, un vecino ofreció a Obi un pedazo de ñame cuando él tenía cuatro años. Movi6 la cabeza imitando a sus sabias hermanas mayores y dijo:

—Nosotros no comemos comida de paganos.

Su hermana Janet intentó tapanle la boca con la mano, pero demasiado tarde.

Sin embargo, había retrocesos ocasionales en esta cruzada. Uno o dos años después, cuando Obi empezó a ir al colegio, ocurri6 uno de esos retrocesos. Había una clase que él amaba y temía a partes iguales. Era «Expresión oral». En esa hora, el maestro le pedía a cualquier niño que le contara un cuento a la clase. A Obi le encantaban esas historias, pero él no sabía ninguna para poder contarla. Cuando se puso en pie ante sus compañeros estaba temblando.

—*Olulu ofu oge* —empezó con la fórmula de los cuentos tradicionales, pero eso era todo lo que sabía.

Sus labios se movían, pero de ellos no salía una palabra. La clase estalló en una risa burlona, y sus ojos se llenaron de lágrimas, que le caían por las mejillas mientras volvía a su sitio.

Nada más llegar a casa se lo contó a su madre. Ella le dijo que tuviera paciencia hasta que su padre fuera a la oración de la tarde en la iglesia.

Algunas semanas más tarde el maestro volvió a llamar a Obi. Se enfrentó audazmente a la clase y contó una de las nuevas historias que su madre le había enseñado. Incluso añadió un pequeño toque al final que hizo reír a todo el mundo. Era la historia de la perversa leoparda que quería comerse todos los corderos de su vieja amiga la oveja. Fue a la cabaña de la oveja cuando sabía que ella estaría en el mercado y empezó a buscar a los corderos. No sabía que su madre los había escondido en las pepitas de palma que había por allí. Al final se cansó de buscar y trajo dos piedras para romper alguna de las pepitas, porque estaba muy, muy hambrienta. Tan pronto como abrió la primera, la nuez salió corriendo hacia el bosque. La leoparda se quedó pasmada. La segunda también salió corriendo hacia el

bosque. Y la tercera, que era el cordero mayor, no solo salió corriendo hacia el bosque, sino que, en la versión de Obi, primero abofeteó a la leoparda.

—¿Y solo tienes cuatro días para estar con nosotros?

—Sí —dijo Obi—. Pero haré todo lo que pueda para volver antes de un año. Tengo que estar en Lagos para buscar trabajo.

—Sí —dijo su padre lentamente—. El trabajo es lo primero. Una persona que no se ha hecho un hueco en el suelo no debe perder el tiempo en buscar una esterilla.

Después de una pausa añadió:

—Hay muchas cosas de las que tenemos que hablar, pero no esta noche. Estás cansado y necesitas dormir.

—No estoy muy cansado, padre. Pero quizá sea mejor hablar mañana. Sin embargo, hay una cosa que no debe preocuparte. Por supuesto que John acabará el curso en el colegio.

—Buenas noches, hijo mío, y que Dios te bendiga.

—Buenas noches, padre.

Cogió la antigua lámpara de bosque para abrirse camino hasta su habitación y su cama. Había una sábana blanca nuevecita en su vieja cama de madera, que tenía un duro colchón de paja. Los almohadones, con un delicado diseño floral, eran sin duda obra de Esther. «Nuestra querida Esther», pensó Obi. Se acordó de cuando era pequeño y Esther acababa de convertirse en maestra. Todo el mundo decía que ya no se la debía llamar Esther, porque era poco respetuoso, sino «señorita». Así que la llamaban «señorita». A veces Obi se olvidaba y la llamaba Esther, y entonces Charity le decía que era un maleducado.

En aquellos tiempos, Obi se llevaba muy bien con sus tres hermanas mayores, Esther, Janet y Agnes, pero no con Charity, que era la que estaba justo por encima de él. El nombre igbo de Charity era «También una niña vale», pero cuando se peleaban Obi la llamaba «Una niña no vale». Entonces ella le pegaba hasta que él empezaba a llorar, a menos que su madre anduviera por allí, en cuyo caso aplazaba la paliza. Era fuerte como el hierro y todos los críos del barrio tenían miedo de ella, incluso los chicos.

Obi tardó mucho tiempo en dormirse después de acostarse. Pensaba en sus muchas responsabilidades. Era obvio que sus padres ya no se valían por sí mismos. Nunca habían dependido completamente de la menguada pensión de su padre. Él plantaba ñames y su mujer plantaba mandioca y yuca. También hacía jabón con ceniza de palma mezclada con aceite, que les vendía a los vecinos con algo de ganancia. Pero ya estaban muy viejos para esas cosas.

«Tengo que darles cada mes una parte de mi sueldo». ¿Cuánto? ¿Podría permitirse darles diez libras? Si no tuviera que devolver veinte libras al mes a la Unión Progresista de Umuofia... Y además estaban las matrículas de la escuela de

John.

—Bueno, ya me las arreglaré —se dijo en voz alta a sí mismo—. No se puede tener todo. Hay muchos jóvenes en este país que darían su vida por tener la oportunidad que yo he tenido.

Fuera se había levantado mucho viento, y los árboles hacían ruido. Se veían relámpagos a través de la celosía. Iba a llover. A Obi le gustaba que lloviera de noche. Olvidó sus responsabilidades y pensó en Clara, en lo divino que sería en una noche así sentir su cuerpo tibio contra el suyo: sus nalgas contorneadas, sus suculentos pechos...

¿Por qué le había pedido que todavía no les hablara a sus padres de ella? ¿Sería porque no estaba del todo decidida? Le habría gustado contárselo al menos a su madre. Sabía que la iba a hacer muy feliz. Había dicho una vez que para morir solo esperaba a ver el primer hijo de Obi. Eso fue antes de que él se fuera a Inglaterra; debió de ser cuando Esther tuvo su primer hijo. Ahora tenía tres, Janet dos y Agnes uno. Agnes habría tenido dos si el primero hubiese vivido. Debe de ser horrible perder el primer hijo, especialmente para una muchacha joven como Agnes; era poco más que una niña cuando se casó, al menos en su forma de comportarse. Incluso ahora, no había acabado de crecer. Eso decía siempre su madre. Obi sonrió en la oscuridad al recordar el pequeño incidente después de las oraciones una o dos horas antes.

Le habían dicho a Agnes que llevara a los más pequeños, que ya estaban dormidos en el suelo, a sus camitas.

—Despiértales primero para que hagan pis o se lo harán en la cama —dijo Esther. Agnes agarró al primero por la muñeca para ponerle en pie.

—¡Agnes! ¡Agnes! —gritó su madre, que estaba sentada junto a los niños dormidos en un taburete bajo—. Siempre he dicho que no estás bien de la cabeza. ¿Cuántas veces tengo que decirte que llames a un niño por su nombre antes de despertarlo?

—¿Es que no sabes —siguió Obi, fingiendo un gran enfado— que si le despiertas de golpe su alma puede ser incapaz de volver a su cuerpo antes de que despierte?

Las chicas se rieron. Obi no había cambiado nada. Le gustaba tomarles el pelo, y también a su madre. Ella sonrió.

—Puedes reírte si quieres —dijo con indulgencia—. A mí no me hace gracia.

—Por eso padre las llama las vírgenes necias —dijo Obi.

Ahora empezaba a llover con rayos y truenos. Al principio grandes gotas de agua tamborileaban sobre el tejado de chapa. Era como si cientos de guijarros, cada uno envuelto por separado en un trocito de tela para amortiguar su caída, se hubieran soltado del cielo. Obi deseó que fuera de día, para poder ver otra vez la lluvia tropical. La lluvia estaba ahora cogiendo fuerza. El golpeteo de las grandes gotas

daba paso a un fuerte aguacero.

«Me había olvidado de que podía llover así en noviembre», pensó mientras se ajustaba el clote para cubrirse entero.

De hecho, esa lluvia era poco habitual. Era como si el dios que reinaba en el cielo sobre las aguas se hubiera dado cuenta, al contar los meses con los dedos y ver la enorme cantidad que le quedaba, de que tenía que tomar una medida drástica al respecto antes de que llegara la estación seca, que ya era inminente.

Obi se acomodó y se quedó dormido.

EL primer día de Obi en la Administración del Estado fue memorable, casi tan memorable como su primer día en la escuela misional en Umuofia casi veinte años antes. En aquellos días había pocos hombres blancos. De hecho, el señor Jones era el segundo blanco que Obi había visto en su vida, y para entonces ya tenía casi siete años. El primer hombre blanco que había visto era el obispo del Níger.

El señor Jones era el inspector de Enseñanza, y en toda la provincia se le temía. Se decía que había luchado en la guerra del káiser, y que eso le había afectado a la cabeza. Era un tipo enorme, de más de metro ochenta de estatura. Iba en moto, y siempre la dejaba como a dos kilómetros de su destino para poder llegar a las escuelas de improviso. Así tenía la seguridad de que pillaría a alguien en falta. Solía visitar las escuelas cada dos años, y siempre hacía algo que se recordaba hasta su siguiente visita. Dos años antes, había arrojado a un niño por la ventana. Aquella vez fue el director quien se metió en un lío. Obi nunca supo qué había pasado porque todo ocurrió en inglés. El señor Jones estaba rojo de ira mientras paseaba de arriba abajo, con tales zancadas que una vez Obi pensó que venía a por él. Entretanto, el director, el señor Nduka, estaba intentando darle explicaciones.

—¡Cállese! —rugió el señor Jones, y le dio una bofetada.

Simeon Nduka era una de esas personas que se habían hecho a los blancos a una edad tardía. Y una de las cosas que había aprendido de joven era el gran arte de la lucha. En menos que canta un gallo el señor Jones estaba tirado en el suelo, y la escuela, desconcertada. Sin saber por qué, profesores y alumnos pusieron pies en polvorosa. Derribar a un blanco era como desenmascarar a un espíritu ancestral.

Eso había ocurrido veinte años atrás. Hoy en día, a pocos blancos se les pasaría por la cabeza la idea de dar una bofetada a un director de escuela, y mucho menos dársela en realidad. Y esa era la tragedia de hombres como William Green, el jefe de Obi.

A Obi le habían presentado al señor Green por la mañana. Tan pronto como llegó, le habían llevado a conocerlo. Sin levantarse de su silla ni ofrecerle la mano el señor Green murmuró entre dientes algo como que esperaba que Obi disfrutara con su trabajo. Eso contando con que, uno, no fuera vago hasta la médula, y dos, con que estuviera dispuesto a usar su cabeza.

—Suponiendo que la tengas —concluyó.

Unas horas más tarde, se presentó en la oficina del señor Omo, donde Obi había sido temporalmente asignado. El señor Omo era el auxiliar administrativo. Había dedicado treinta años de servicio a miles de archivos, y se iba retirar, o al menos eso decía, en cuanto su hijo terminara sus estudios de derecho en Inglaterra. Obi pasaba su primer día con él para aprender algunas cosas sobre el trabajo de oficina.

El señor Omo se puso en pie de un salto tan pronto como entró el señor Green. Al mismo tiempo se metió en el bolsillo la otra mitad de la nuez de cola que estaba comiendo.

—¿Por qué no me ha pasado el archivo de los permisos por estudios? —preguntó el señor Green.

—Pensé...

—No le pagan por pensar, señor Omo, sino para hacer lo que le mandan. ¿Está claro? Mándeme el archivo inmediatamente.

—Sí, señor.

El señor Green salió dando un portazo y el señor Omo le llevó personalmente el archivo. Cuando volvió empezó a regañar a un joven oficinista que, aparentemente, era el responsable del problema.

Obi ya había decidido definitivamente que no le gustaba el señor Green y que el señor Omo era uno de sus viejos africanos. Como para confirmarle en su opinión, sonó el teléfono. El señor Omo dudó, como siempre que sonaba el teléfono, y luego lo cogió como si fuera a morderle.

—Diga. Sí, señor. —Le pasó el teléfono a Obi, obviamente aliviado—. Señor Okonkwo, para usted.

Obi cogió el teléfono. El señor Green quería saber si a Obi le habían comunicado formalmente su nombramiento. Obi dijo que todavía no.

—Se responde «señor» a los jefes, señor Okonkwo.

Y colgó el teléfono con un golpe ensordecedor.

Obi se compró un Morris Oxford una semana después de recibir su nombramiento oficial. El señor Green le dio una carta para el concesionario en la que afirmaba que era un funcionario con derecho a un adelanto para comprar coche. No hacía falta nada más. Entró en el concesionario y salió con un coche nuevito.

Antes, ese mismo día, el señor Omo le había llamado para que firmase algunos documentos.

—¿Dónde está el sello? —preguntó a Obi nada más entrar.

—¿Qué sello? —preguntó Obi.

—¿Tú con estudios y no sabes que hay que poner sello en contrato?

—¿Qué contrato? —preguntó Obi, perplejo.

El señor Omo se rió despectivamente. Tenía los dientes ennegrecidos por el tabaco y la nuez de cola. Le faltaba un canino, y cuando se reía el hueco parecía un solar vacío en un suburbio. Los oficinistas jóvenes bajo su mando se rieron por pura lealtad.

—¿Crees que el gobierno te paga sesenta libras sin que firmes contrato?

Entonces Obi entendió qué significaba todo aquello. Iba a recibir una asignación de sesenta libras para gastos de equipamiento y vestuario.

—Es un día maravilloso —le dijo a Clara por teléfono—. Tengo sesenta libras en el bolsillo, y me dan el coche a las dos.

Clara gritó de alegría.

—¿Llamo a Sam y le digo que no se moleste en mandarnos el coche esta tarde?

El Excelentísimo Sam Okoli, ministro de Estado, les había invitado a tomar algo, y había ofrecido enviar a su chófer para recogerlos. Clara vivía en Yaba con su primo. Le habían ofrecido trabajo como enfermera auxiliar, y empezaría a trabajar en una semana más o menos. Entonces buscaría un alojamiento más adecuado. Obi todavía compartía la habitación de Joseph en Obalende, pero iba a mudarse a un piso para funcionarios en Ikoyi al final de la semana.

Obi había estado dispuesto a llevarse bien con el Excelentísimo Sam Okoli desde el momento en que supo que no tenía ninguna intención con respecto a Clara. De hecho iba a casarse en breve con la mejor amiga de Clara, y ella iba a ser la madrina.

—Adelante, Clara. Pasa, Obi —les dijo como si conociera a los dos de toda la vida—. Ese es un coche estupendo. ¿Cómo va? Pasad, pasad. Estás guapísima, Clara. Obi, aunque no nos conozcamos, lo sé todo de ti. Estoy encantado de que vayas a casarte con Clara. Sentaos donde queráis, y decidme qué vais a beber. La señorita primero; esto es lo que nos ha traído el hombre blanco. Yo respeto a los blancos, aunque queramos que se vayan. ¿Un zumo? ¡Ni hablar! Nadie bebe zumo en mi casa. Samson, trae un jerez para la señorita.

—Sí, señor —dijo Samson, que iba vestido con un uniforme de un blanco inmaculado y botones metálicos.

—¿Cerveza? ¿No te apetece un whisky?

—No pruebo los licores.

—Mucha gente que viene del extranjero empieza así —dijo Sam Okoli—. Vale, Samson, una cerveza y whisky con soda para mí.

Obi miró el lujoso salón. Había leído la polémica en los periódicos cuando el gobierno decidió construir aquellas casas ministeriales, a razón de treinta y cinco mil libras cada una.

—Una casa estupenda —dijo.

—No está mal —contestó el ministro.

—¡Qué radio tan enorme!

Obi se levantó para echarle un vistazo de cerca.

—También es una grabadora —explicó su propietario. Y como si adivinara los pensamientos de Obi, añadió—: No venía con la casa. Me costó doscientas setenta y cinco libras.

Cruzó la habitación y puso en marcha la grabadora.

—¿Te gusta tu trabajo en el Comité de Becas? Si aprietas este botón, empieza a grabar. Si quieres parar, aprietas aquí. Este es para reproducir discos, y este otro es la

radio. Si hubiera tenido un hueco en mi ministerio, me habría gustado que vineras a trabajar conmigo.

Detuvo la grabadora, rebobinó y apretó el botón de play.

—Escucharás toda nuestra conversación, enterita.

Sonrió con satisfacción mientras escuchaba su propia voz, añadiendo algún que otro comentario en pidgin.

—Al blanco queda poco. Hacemos jaleo por nada —dijo.

Después pareció acordarse de su posición.

—Igual tienen que irse. Este no su país.

Se sirvió otro whisky, encendió la radio y se sentó.

—¿Tenéis algún secretario auxiliar en tu ministerio?

—Sí, de momento tenemos uno. Espero contratar a otro en abril. Antes tenía a un nigeriano como secretario auxiliar, pero era un idiota. Se creía alguien porque había ido a la Universidad de Ibadán. Ahora tengo a un blanco que fue a Oxford y me llama «señor». A nuestra gente le queda mucho camino.

Obi se sentó con Clara en la parte de atrás mientras el chófer que había contratado esa misma mañana por cuatro libras con diez al mes les llevaba a Ikeja, a veinte millas, para celebrar una cena especial en honor al coche nuevo. Pero ni la excursión ni la cena fueron un éxito. Era muy evidente que Clara estaba disgustada. Obi intentó en vano hacerla hablar para que se relajara.

—¿Qué ocurre?

—Nada, estoy un poco deprimida, eso es todo.

Estaba oscuro dentro del coche. Obi le puso un brazo sobre los hombros y la apretó contra sí.

—Aquí no, por favor.

A Obi le molestó, especialmente porque el chófer lo había oído.

—Lo siento, cielo —dijo Clara poniendo una mano sobre la de él—. Ya te lo explicaré luego.

—¿Cuándo? —preguntó Obi, alarmado por su tono de voz.

—Hoy. Después de que hayas cenado.

—¿Qué quieres decir? ¿Tú no vas a cenar?

Dijo que no le apetecía comer nada. Obi dijo que, en ese caso, tampoco él cenaría. Así que finalmente decidieron comer algo. Pero cuando llegó la comida, se limitaron a mirarla, incluso Obi, que había empezado el viaje con un hambre canina.

Clara sugirió que fueran al cine a ver una película. Obi dijo que no, que quería saber qué es lo que ella tenía en la cabeza. Dieron un paseo en dirección a la piscina.

Hasta que Obi encontró a Clara a bordo del carguero Sasa, siempre le había parecido que el amor era otra invención europea burdamente sobrestimada. No es que a él no le gustaran las mujeres; al contrario, había tenido relaciones con unas cuantas

en Inglaterra: una nigeriana, una caribeña, chicas inglesas... Pero esos asuntos que Obi llamaba amor no eran profundos ni sinceros. Había siempre una parte de él, su parte pensante, que parecía estar siempre al margen de todo, observando los abrazos apasionados con un desdén cínico. El resultado era que una mitad de Obi podía estar besando a una chica y susurrando «Te quiero» mientras la otra mitad decía «No seas idiota». Y siempre era esta mitad la que triunfaba al final, cuando con el calor se había evaporado el glamour, y solo quedaba un ridículo anticlímax.

Con Clara era distinto. Lo había sido desde el principio. Nunca hubo una mitad superior pegada a Obi, luciendo una sonrisa condescendiente.

—No puedo casarme contigo —dijo ella bruscamente mientras Obi intentaba besarla bajo el enorme mango al borde de la piscina, y estalló en llanto.

—No te entiendo, Clara.

Y era cierto. ¿Era esto un jueguito para atarlo más en firme? Pero Clara no era así. Ella no era manipuladora. No mucho, en todo caso. Esa era una de las cosas que a Obi más le gustaban de ella. Estaba tan segura de sí misma que, a diferencia de otras mujeres, no se paraba a pensar si había sido conquistada demasiado rápido o demasiado fácilmente.

—¿Por qué no puedes casarte conmigo?

Consiguió sonar sereno. Como respuesta, ella se apoyó sobre su hombro, llorando amargamente.

—¿Qué pasa, Clara? Dímelo.

Ya no estaba sereno. Tenía la voz quebrada por las lágrimas.

—Soy *osu* —gimió ella.

Silencio. Dejó de llorar y se separó suavemente de él. Él siguió sin decir nada.

—Así que ya ves que no podemos casarnos —dijo ella con firmeza, casi con alegría; una especie de horrible alegría. Solo las lágrimas permitían ver que había llorado.

—¡Bobadas! —dijo Obi; casi lo gritó, como si gritando pudiera borrar esos segundos de silencio, cuando todo parecía haberse detenido, esperando en vano su respuesta.

Joseph estaba dormido cuando volvió. Era más de medianoche. La puerta estaba cerrada, aunque sin llave, y entró silenciosamente. Pero el leve chirrido de las bisagras fue suficiente para despertar a Joseph. Sin esperar a desvestirse, Obi le contó la historia.

—Eso es lo que yo quería preguntarte: que cómo una chica tan buena y tan guapa no se había casado todavía.

Obi estaba desvestiéndose distraídamente.

—De todos modos, tienes suerte de haberlo sabido al principio. No se ha hecho ningún daño. Al ojo no le hiere el sueño —dijo Joseph sin que viniera a cuento.

Se dio cuenta de que Obi no le estaba haciendo caso.

—Me voy a casar con ella.

—¿Qué? —Joseph se sentó de un bote en la cama.

—Me voy a casar con ella.

—Mírame —dijo Joseph poniéndose de pie y atándose la colcha como clote.

Ahora hablaba en inglés:

—Tú sabes de libros, pero esto no es cosa de libros. ¿Sabes lo que es un *osu*?

Pero ¿cómo vas a saberlo?

Con esa corta pregunta estaba queriendo decir que haber crecido en una familia de conversos, y luego la educación europea, habían convertido a Obi en un extranjero en su propio país, lo más doloroso que nadie podía decirle.

—Sé más del asunto que tú —dijo—, y me voy a casar con la chica. De hecho no te estaba pidiendo permiso.

Joseph pensó que de momento era mejor dejarlo. Volvió a la cama y pronto estuvo roncando.

Obi se sintió mejor y más satisfecho con su decisión ahora que había un oponente, el primero de los cientos que sin duda vendrían. Quizá ni siquiera era una decisión; para él solo había una opción. Era un escándalo que en pleno siglo veinte un hombre no pudiera casarse con una mujer por el simple hecho de que su tata-tata-tatarabuelo hubiera sido destinado a servir a un dios, diferenciándose así del resto de la comunidad y convirtiendo a sus descendientes en una casta prohibida hasta el fin de los tiempos. Increíble. Y allí había un hombre educado diciéndole a Obi que él no lo entendía.

—Ni siquiera mi madre podrá impedirlo —dijo mientras se acostaba al lado de Joseph.

Al día siguiente a las dos y media, Obi llamó a Clara y le dijo que iban a Kingsway a comprar un anillo de compromiso.

—¿Cuándo? —fue todo lo que ella pudo decir.

—Ahora, ahora mismo.

—Pero no te he dicho que...

—No me hagas perder el tiempo. Tengo más cosas que hacer. Todavía no tengo criado, y no he comprado ollas ni sartenes.

—Claro, te mudas mañana. Casi me olvido.

Fueron en coche, y se dirigieron a la joyería en Kingsway y compraron un anillo de veinte libras. El fajo de las sesenta libras estaba ahora visiblemente menguado. Treinta y tantas, casi cuarenta.

—¿Y qué hay de la Biblia? —preguntó Clara.

—¿Qué Biblia?

—Con el anillo. ¿No sabes eso?

Obi no lo sabía. Fueron a la librería de la Sociedad de la Iglesia Misionera y compraron una pequeña Biblia con cremallera.

—Hoy día todo lleva cremallera —dijo Obi mirando instintivamente a su bragueta para asegurarse de que no se le había olvidado subirla, como ya le había ocurrido una o dos veces.

Pasaron toda la tarde de compras. Al principio Obi estaba tan interesado como Clara en los diversos utensilios que estaba comprando para él. Pero después de una hora en la que solo habían adquirido una sartén pequeña, Obi perdió todo interés en el asunto y se limitó a seguir a Clara como un perro obediente. En una tienda rechazaba una olla de aluminio, y era capaz de caminar la calle Broad de arriba abajo para terminar comprando en otra tienda la misma cosa y al mismo precio.

—¿Cuál es la diferencia entre esta y la que vimos en UTC?

—¡Los hombres estáis ciegos!

Cuando Obi volvió a casa de Joseph eran casi las once. Joseph todavía estaba levantado. De hecho había estado esperando toda la tarde para terminar la discusión que habían suspendido la noche anterior.

—¿Cómo está Clara? —preguntó.

Hizo que sonara espontáneo, y no ensayado. Obi no tenía ganas de entrar de cabeza en el tema. Prefería empezar por la periferia, como solía hacer muchos antes al tener que enfrentarse a un baño matutino en el frío del harmatán. De todo su cuerpo, era la espalda la parte a la que menos le gustaba el agua fría. Se plantaba delante del cubo de agua fría pensando en cómo lidiar mejor con el tema. Su madre le gritaba:

—Obi, ¿todavía no has terminado? Vas a llegar tarde a la escuela y te van a zurrar.

Entonces removía el agua con un dedito. Después se lavaba los pies, luego las piernas hasta las rodillas, después los brazos hasta los codos, después el resto de los brazos y las piernas, la cara y la cabeza, la barriga y finalmente, mientras daba un salto en el aire, la espalda. Ahora pretendía adoptar el mismo método.

—Está bien —dijo—. La policía nigeriana tiene mucha cara, por cierto.

—Son unos inútiles —dijo Joseph, que no tenía ninguna gana de discutir sobre la policía.

—Le dije al chófer que nos llevara a la carretera de Victoria Beach. Cuando llegamos allí, hacía tanto frío que Clara se negó a moverse de su asiento. Así que nos quedamos en la parte de atrás, hablando.

—¿Y dónde estaba el conductor? —preguntó Joseph.

—Había ido a dar un paseo hasta el faro. En todo caso, no habían pasado ni diez minutos y un coche de policía se paró a nuestro lado y uno de ellos nos apuntó con una linterna. Me dio las buenas tardes y yo le respondí educadamente. Después me

preguntó que si era mi mujer. Yo, con mucha calma, le dije que no. Y entonces él me preguntó que dónde la había pescado. Me pareció intolerable, así que estallé. Clara me dijo en igbo que llamara al chófer y que nos largáramos de allí. El policía cambió inmediatamente. Era igbo, ¿sabes? Dijo que no sabía que éramos igbo. Dijo que era muy corriente hoy día que la gente llevara a las esposas ajenas a la playa. Vamos, fíjate: «¿Dónde la pescaste?».

—¿Qué hicisteis después?

—Nos fuimos. No podíamos quedarnos después de eso. Por cierto, nos hemos comprometido. Le di el anillo esta tarde.

—Muy bien —dijo Joseph con amargura.

Se quedó un rato pensativo y después preguntó:

—¿Te vas a casar a la inglesa, o le vas a pedir a tu familia que hable con la suya siguiendo las costumbres?

—Todavía no lo sé. Depende de lo que diga mi padre.

—¿Le dijiste algo cuando fuiste a verle?

—No, porque todavía no estaba tomada la decisión.

—No va a estar de acuerdo —dijo Joseph—. Puedes decirle a quien quieras que te avisé.

—Sé cómo manejarlos, especialmente a mi madre —dijo Obi.

—Mírame, Obi. —Joseph invariablemente pedía a la gente que le mirase—. Lo que piensas hacer no es solo asunto tuyo, sino también de tu familia y de las generaciones futuras. Si un dedo está sucio, mancha a los otros. En el futuro, cuando todos seamos civilizados, cualquiera podrá casarse con cualquiera. Los de nuestra generación somos solo pioneros.

—¿Y qué es un pionero? Alguien que abre caminos. Y eso es lo que yo estoy haciendo. En todo caso, ahora ya es tarde para cambiar lo hecho.

—No lo es —dijo Joseph—. ¿Qué es un anillo de compromiso? Nuestros padres no se casaban con anillos. No es tarde para cambiar lo hecho. Recuerda que eres el único hijo de Umuofia que se ha educado en el extranjero. No queremos ser como el niño infeliz al que le sale el primer diente y está podrido. ¿Qué clase de esperanza vas a darles a los pobres hombres y mujeres que pusieron el dinero?

Obi estaba empezando a enfadarse.

—Te recuerdo que era un préstamo. Lo devolveré hasta el último céntimo.

Obi sabía mejor que nadie que su familia se iba a oponer frontalmente a la idea de que se casara con una *osu*. ¿Quién no lo haría? Pero para él era Clara o nadie. Los lazos familiares estaban muy bien siempre que no interfirieran con Clara. «Si pudiera convencer a mi madre —pensó—, todo iría bien».

Había una unión especial entre Obi y su madre. De todos sus ocho hijos, Obi era el que estaba más cerca de su corazón. Sus vecinos solían llamarla «la madre de

Janet» hasta que nació Obi, y después se convirtió inmediatamente en «la madre de Obi». Los vecinos tienen un instinto infalible en estas cuestiones. De pequeño Obi se tomaba esta relación especial como algo natural. Pero cuando tenía unos diez años, ocurrió algo que le dio una forma concreta en su tierna mente. Él tenía una cuchilla oxidada con la que afilaba sus lápices o, a veces, diseccionaba un saltamontes. Una vez se le olvidó en el bolsillo del pantalón y su madre se hizo un corte muy feo cuando lo lavaba en una piedra en el río. Volvió a casa con la ropa sin lavar y la mano chorreando sangre. Por una razón u otra, cuando Obi pensaba con cariño en su madre, su mente volvía a aquel derramamiento de sangre. Le unió muy estrechamente a ella.

Cuando se dijo a sí mismo que podía convencer a su madre, estaba casi seguro de que podía.

LA Unión Progresista de Umuofia, agrupación de Lagos, se reunía el primer sábado de cada mes. Obi no asistió a la reunión de noviembre porque estaba de visita en Umuofia en ese momento. Su amigo Joseph presentó sus excusas.

La siguiente reunión tuvo lugar el primero de diciembre de 1956. Obi recordaba la fecha porque había sido importante en su vida. Joseph le había telefoneado a la oficina para recordarle que la reunión empezaba a las 16.30.

—¿No te olvidarás de pasar a recogerme? —le preguntó.

—Por supuesto que no —respondió Obi—. Estaré ahí a las cuatro.

—¡Vale! Nos vemos luego.

Joseph siempre se ponía muy digno cuando hablaba por teléfono. En esas ocasiones, nunca hablaba igbo ni pidgin. Pero cuando colgó les dijo a sus colegas:

—Este mi hermano. Recién vuelto de extranjero. Licenciado (Cum Laude) en clásicas.

Siempre prefería la ficción de la filología clásica a la verdad de la literatura inglesa. Sonaba más impresionante.

—¿Qué departamento trabaja?

—Secretario de Comité de Becas.

—Va hacer dinero allí. Estudiantes que quieren ir en Inglaterra van allí para becas.

—Él no así —dijo Joseph—, él un caballero. No saca tajada.

—Ya, ya —dijo el otro sin creérselo.

A las 16.15, Obi llegó a la casa de Joseph en su nuevo Morris Oxford. Esta era una de las razones por las que Joseph estaba deseando que llegara aquella reunión en particular. Iba a compartir la gloria del coche. Iba a ser toda una ocasión para la Unión Progresista de Umuofia el que uno de sus hijos llegara a una de sus reuniones en un auto. Joseph, como amigo íntimo de Obi, reflejaría algo de esta gloria. Iba vestido impecable para la ocasión: pantalones de franela grises, camisa blanca de nailon, corbata oscura de lunares y zapatos negros. Aunque no dijo nada, le decepcionó ver a Obi vestido de cualquier manera. Es cierto que quería compartir la gloria del coche, pero no quería que le considerasen uno de fuera que llora más que los deudos. Era propio de los hombres de Umuofia el hacer tales comentarios incómodos.

La reacción de la gente fue incluso mejor de lo que Joseph esperaba. Aunque Obi había llegado a su casa a las 16.15, Joseph había retrasado su salida hasta las 17.00, cuando él sabía que la reunión estaría al completo. La penalización por llegar tarde era de un penique, pero ¿qué era eso junto a la gloria de aparecer saliendo de un coche de lujo ante la mirada de todo Umuofia? De hecho, nadie se acordó de la

multa. Aplaudieron, vitorearon y bailaron cuando vieron detenerse el coche.

—*Umuofia kwenu!* —gritó un anciano.

—¡Sí! —replicó todo el mundo al unísono.

—*Umuofia kwenu!*

—¡Sí!

—*Kwenu!*

—¡Sí!

—*Ife awolu Ogoli azua n'afia* —dijo.

A Obi lo sentaron al lado del presidente y tuvo que responder a muchas preguntas acerca de su cargo y del coche antes de que la reunión volviera a centrarse en asuntos de trabajo.

Joshua Udo, un recadero de la oficina de correos, había sido despedido por dormirse en el trabajo. Según él, no estaba durmiendo sino pensando. Pero el jefe había estado buscando la forma de fastidiarle desde que no había podido terminar de pagarle las diez libras que le pidió por darle trabajo. Ahora Joshua les pedía a sus compatriotas diez libras para buscar otro trabajo.

La gente ya casi estaba de acuerdo sobre esta cuestión cuando la reunión fue interrumpida por la llegada de Obi. El presidente estaba echándole la bronca a Joshua por dormirse en el trabajo como un preliminar para prestarle fondos públicos.

—No dejaste Umuofia a seiscientos kilómetros para venir a dormir a Lagos —le dijo—. En Umuofia hay bastantes camas. Si no quieres trabajar, vuélvete allí. Todos los recaderos sois así. Hay uno en mi oficina que se pasa el día pidiendo permiso para ir a la letrina. De todos modos, propongo que aprobemos un préstamo de diez libras al señor Joshua Udo para... mmm... para el explícito propósito de buscar un nuevo empleo.

La última frase, por su naturaleza legal, había sido pronunciada en inglés. Se aprobó el préstamo. Después, y para relajar el ambiente, alguien trajo a colación la frase del presidente de que era el trabajo lo que los hacía recorrer cientos de kilómetros para venir a Lagos.

—Es el dinero, no el trabajo —dijo el hombre—. Tenemos trabajo de sobra en casa. A quien le guste trabajar puede volver allí, coger el machete y meterse en la selva entre Umuofia y Mbaino. Eso le tendrá ocupado hasta el fin de sus días.

Todo el mundo estuvo de acuerdo en que era el dinero, y no el trabajo, lo que los arrastraba a Lagos.

—Dejaos de bromas —dijo el hombre que había vitoreado antes a Umuofia con un saludo de guerra—. Ahora Joshua está sin trabajo. Le hemos dado diez libras. Pero el dinero no habla. Si pones cien libras donde yo estoy ahora, no dicen nada. Por eso decimos que el que tiene gente es más rico que el que tiene dinero. Todos los que estamos aquí tenemos que estar atentos por si hay vacantes en nuestros

departamentos, y hablar en favor de Joshua.

Todo el mundo asintió.

—Gracias al Altísimo —continuó—, tenemos ahora a uno de nuestros hijos trabajando de funcionario. No le vamos a pedir que traiga su sueldo para repartirlo con nosotros. Pero son las cosas pequeñas como esta las que nos pueden ayudar. Si no le pedimos ayuda es culpa nuestra. ¿O acaso matamos una serpiente y la llevamos en la mano cuando hay cestos para llevar las cosas grandes?

Se sentó.

—Has hablado muy bien —dijo el presidente—. Tenemos el mismo pensamiento. Pero debemos darle tiempo al joven para que mire a su alrededor y se entere de quién es quién.

El grupo apoyó al presidente con sus susurros:

—Hay que darle tiempo.

—Hay que esperar a que se asiente.

Obi estaba sintiéndose muy incómodo. Pero sabía que tenían buena intención. Quizá no fueran muy difíciles de manejar.

El siguiente punto en el orden del día era una moción de censura al presidente y a la ejecutiva por su mala gestión del acto de recepción de Obi. Obi estaba asombrado. A él le parecía que la recepción había ido muy bien. Pero los tres jóvenes que habían patrocinado el acto no estaban de acuerdo. Ni tampoco, según se vio, otra docena de jóvenes. Su queja era que no les habían dado ni una sola de las botellas de cerveza que habían comprado, dos cajas enteras. La gente mayor las había monopolizado, dejando para los jóvenes dos bidones de vino de palma agrio. Y, como todo el mundo sabía, el vino de palma en Lagos no era vino de palma sino agua: estaba infinitamente diluido.

Esta acusación causó un vivo intercambio de duras palabras durante casi una hora. El presidente llamó a los jóvenes «ingratos desagradecidos» que se dedicaban al «magnicidio». Uno de los jóvenes sugirió que era inmoral usar fondos públicos para comprar cerveza destinada a satisfacer la sed privada. Las palabras eran duras, pero a Obi le parecía que no había resentimiento; más que nada, porque eran palabras en inglés tomadas directamente del periódico del día. Cuando todo terminó, el presidente anunció que su honorable hijo Obi Okonkwo iba a dirigirles unas palabras. Este anuncio fue recibido con gran alborozo.

Obi se puso en pie y les agradeció el que hubieran celebrado una reunión tan útil, porque ¿acaso no dijo el Salmista que era propio de buenos hermanos el reunirse en armonía?

—Nuestros padres también tienen un dicho acerca de los peligros de vivir desunidos. Dicen que es la maldición de la serpiente. Si todas las serpientes vivieran juntas en un solo sitio, ¿quién se acercaría? Pero como viven de una en una, son una

presa fácil para el hombre.

Obi era consciente de que estaba causando buena impresión. La audiencia asentía con la cabeza y daba las réplicas adecuadas. Por supuesto que era un discurso preparado de antemano, pero no sonaba como si lo hubiera ensayado una y otra vez.

Habló de la maravillosa bienvenida que le habían ofrecido a su vuelta.

—Si un hombre vuelve de un largo viaje y nadie le dice *nno*, se siente como el que no ha llegado.

Trató de improvisar una broma sobre la cerveza y el vino de palma, pero no le salió, y se apresuró a avanzar hacia el siguiente punto. Les agradeció los sacrificios que habían hecho para enviarle a Inglaterra. Pondría todo de su parte para justificar la confianza que habían depositado en él. El discurso, que había comenzado en igbo al cien por cien, era ahora mitad y mitad. Pero su audiencia se mostraba aún impresionada. Les gustaba el buen igbo, pero admiraban el inglés. Finalmente, Obi llegó al tema fundamental:

—Tengo que haceros una pequeña petición. Como todos sabéis, lleva un cierto tiempo asentarse de nuevo tras una ausencia de cuatro años. Tengo algunos asuntos privados que resolver. Mi petición es que me deis cuatro meses antes de empezar a devolver mi deuda.

—Eso no es nada —dijo alguien—. Cuatro meses es poco tiempo. Una deuda puede ponerse mohosa, pero no caduca.

Sí, era una nadería. Pero era obvio que no todo el mundo estaba de acuerdo. Obi incluso oyó a alguien preguntar qué iba a hacer con el dineral que le daba el gobierno.

—Has hablado muy bien —dijo por fin el presidente—. No creo que ninguno de los presentes se oponga a tu petición. Tienes cuatro meses. ¿Estoy hablando por Umuofia?

—¡Sí! —replicaron.

—Pero quiero decirte dos cosas. Tú eres joven, un hijo de ayer. Sabes de libros. Pero los libros son una cosa y la experiencia es otra. Así que no tengo miedo de decirte lo que pienso.

A Obi se le encogió el corazón.

—Eres uno de los nuestros, así que debo hablarte con franqueza. He vivido quince años en Lagos. Llegué aquí un seis de agosto de mil novecientos cuarenta y uno. Lagos es un mal sitio para una persona joven. Si persigues la dulzura, perecerás. Quizá te preguntes por qué te estoy diciendo todo esto. Sé lo que paga el gobierno a los funcionarios. Lo que tú ganas en un mes es más de lo que ganan muchos de los aquí presentes en un año. Ya te he dicho que te damos cuatro meses. Podríamos darte incluso un año. Pero ¿te estamos haciendo algún bien?

A Obi se le hizo un gran nudo en la garganta.

—Lo que te paga el gobierno es más que de sobra, a menos que vayas por el mal

camino.

Mucha gente dijo:

—¡Dios no lo quiera!

—No podemos permitirnos malos caminos —continuó el presidente—. Somos pioneros construyendo nuestro pueblo y nuestras familias. Y los que construimos nos tenemos que negar muchos placeres a nosotros mismos. No debemos beber aunque veamos beber a nuestros vecinos ni salir corriendo detrás de las mujeres porque se nos pone la cosa tiesa. Te preguntarás por qué te digo todo esto. He oído que estás saliendo con una chica de una estirpe dudosa, y que estás incluso pensando en casarte con ella...

Obi se puso en pie de un salto, temblando de rabia. En estas ocasiones siempre le faltaban las palabras.

—Por favor, siéntese, señor Okonkwo —dijo el presidente sin levantar la voz.

—¡Una mierda me voy a sentar! —gritó Obi en inglés—. ¡Esto es ridículo! Podría llevarte a los tribunales por esa... por esa... por esa...

—Podrás llevarme a los tribunales cuando haya terminado.

—No pienso seguir escuchando. Retiro mi petición. Empezaré a devolveros el dinero al final de este mes. Mejor todavía, ahora mismo. Pero no os atreváis a volver a meteros en mis asuntos. Y si es para esto para lo que os reunís —dijo en igbo—, me podéis cortar las dos piernas si volvéis a verme por aquí.

Se dirigió hacia la puerta. Algunos trataron de detenerle.

—Por favor, siéntate.

—Cálmate.

—No pasa nada.

Todo el mundo estaba hablando a la vez. Obi se abrió camino entre la gente y se dirigió hacia el coche, con media docena de personas pegadas a sus talones suplicándole que volviera.

—¡Arranca! —le gritó al chófer tan pronto como estuvo montado en el coche.

—Obi, por favor —dijo Joseph, que se apoyaba con cara de desolación en la ventanilla.

—¡Lárgate!

El coche arrancó. A mitad de camino hacia Ikoyi, Obi ordenó al conductor que parase y diera la vuelta hacia Lagos, hacia la casa de Clara.

A OBi no le atraía especialmente la idea de trabajar con el señor Green y el señor Omo, pero pronto descubrió que no estaba tan mal como él había imaginado. De entrada, le habían asignado una oficina que compartía solo con la atractiva secretaria inglesa del señor Green. Veía poco al señor Omo y solo veía al señor Green cuando aparecía de pronto para ladrarles órdenes a él o a la señorita Marie Tomlinson.

—¿Verdad que es raro? —dijo la señorita Tomlinson en una ocasión—. Pero no es un mal tipo.

—No, claro —respondió OBi.

Era consciente de que muchas de estas secretarias estaban ahí para espiar a los africanos. Una de sus tácticas era aparentar que eran muy amigables y liberales. Había que tener cuidado con lo que se decía. No es que le importase que el señor Green supiera o dejara de saber lo que pensaba de la gente como él. De hecho, creía que debía saberlo. Pero no se lo iba a hacer llegar a través de un *agent provocateur*.

No obstante, a medida que pasaban las semanas, OBi iba bajando la guardia «poco poco», como decían. Comenzó con una visita de Clara a su oficina una mañana para decirle esto o lo otro. La señorita Tomlinson había oído su voz por teléfono algunas veces y había comentado lo agradable que era. OBi las presentó, y se quedó un poco sorprendido con la genuina fascinación de la inglesa. Cuando Clara se fue, no habló de ninguna otra cosa durante el resto del día.

—¡Qué guapa es! ¡Qué suerte tiene usted! ¿Cuándo se van a casar? Yo que usted no esperaría mucho...

Y así sucesivamente.

OBi se sintió como un niño torpe que recibe su primer cumplido por haber hecho algo extraordinariamente inteligente. Empezó a ver a la señorita Tomlinson bajo otra perspectiva. Si era parte de sus tácticas, había que reconocer que era muy lista. Parecía que todo le salía realmente del corazón.

Sonó el teléfono y la señorita Tomlinson contestó.

—¿El señor Okonkwo? Sí, se lo paso. Para usted, señor Okonkwo.

El teléfono de OBi estaba frente al de ella. Pensó que sería Clara, pero era el recepcionista de la planta baja.

—¿Un señor? Dígame que suba, por favor. ¿Quiere hablar conmigo? De acuerdo, bajo ya mismo.

El señor en cuestión llevaba traje completo y paraguas; obviamente, acababa de llegar de Inglaterra.

—Buenos días. Soy Okonkwo.

—Yo soy Mark. ¿Cómo está?

Se dieron un apretón de manos.

—He venido a consultarle sobre un asunto... semioficial y semiprivado.

—Subamos a mi oficina, ¿quiere?

—Muchas gracias.

Obi le indicó el camino.

—Acaba de volver a Nigeria, ¿no? —preguntó mientras subían las escaleras.

—Volví hace seis meses.

—Ya. —Abrió la puerta—. Usted primero.

El señor Mark entró, y se detuvo de golpe como si hubiera encontrado una serpiente en su camino. Pero se recobró rápidamente y siguió andando.

—Buenos días —le dijo a la señorita Tomlinson deshaciéndose en sonrisas.

Obi arrastró otra silla hasta su mesa y el señor Mark se sentó.

—¿Y qué puedo hacer por usted?

Para su sorpresa, el señor Mark le respondió en igbo.

—Si no le importa, mejor hablamos en igbo. No sabía que aquí había una europea.

—Como quiera. No pensé que fuera igbo. ¿Qué problema tiene? —intentó sonar informal.

—Bueno, la cosa es que tengo una hermana que acaba de aprobar el bachillerato. Quiere pedir una beca federal para estudiar en Inglaterra.

Aunque hablaba en igbo, había algunas palabras que tenía que decir en inglés, como «bachillerato» y «beca». Bajó la voz hasta un susurro al pronunciarlas.

—¿Quiere formularios de solicitud? —le preguntó Obi.

—No, no, no. Esos ya los tengo. Pero la cuestión es que me dijeron que usted era el secretario de la Comisión de Becas, y pensé que era mejor venir a verle. Los dos somos igbo, y yo no puedo ocultarle nada. Está muy bien mandar los formularios, pero ya sabe cómo es este país. A menos que vayas a ver a alguien...

—En este caso no hace falta ver a nadie. El único...

—De hecho había pensado ir a su casa, pero la persona que me habló de usted no sabía dónde vivía.

—Lo siento, señor Mark, pero no entiendo adónde quiere ir a parar.

Esto último lo dijo en inglés, para consternación del señor Mark. La señorita Tomlinson estiró las orejas como un perro que no está muy seguro de si alguien ha hablado de huesos.

—Lo siento, señor Okonkwo. Pero no me malinterprete. Ya sé que este no es el lugar adecuado para... mmm...

—No creo que tenga ningún sentido continuar con esta conversación —dijo Obi en inglés—. Si me disculpa, estoy muy ocupado.

Obi se puso de pie. El señor Mark se levantó también, farfulló algunas excusas y se dirigió a la puerta.

—Se ha dejado el paraguas —señaló la señorita Tomlinson cuando Obi volvió a su sitio.

—¡Vaya!

Cogió el paraguas y salió corriendo.

La señorita Tomlinson estaba expectante por ver qué decía a su vuelta, pero él se sentó como si no hubiera pasado nada y abrió un archivo. Sabía que ella le estaba observando, así que frunció el ceño fingiendo concentración.

—Eso fue bueno y breve —dijo ella.

—Sí. Era un pesado.

No levantó la vista de lo que estaba haciendo, y la conversación terminó.

Durante aquella mañana Obi se sintió extrañamente eufórico. Era como la sensación que había tenido en Inglaterra después de acostarse por primera vez con una mujer. Había dejado ver con bastante claridad a lo que venía cuando aceptó visitar a Obi en su casa.

—Te enseñaré a bailar el *high-life* cuando vengas —le había dicho él.

—Eso estaría muy bien —replicó ella con entusiasmo—, y puedes enseñarme alguna otra cosa también.

Y le había sonreído con malicia. Cuando llegó el día Obi estaba asustado. Había oído decir que se podía decepcionar a una mujer. Pero él no la decepcionó, y cuando acabaron él sintió una euforia extraña. Ella le dijo que se sentía como si la hubiera atacado un tigre.

Después de este encuentro con el señor Mark, Obi se sentía como un tigre. Había ganado su primera batalla sin gran esfuerzo. Todo el mundo decía que era imposible resistir. Decían que cuando un hombre espera que aceptes «cola» por tus servicios, su cabeza no está en paz hasta que aceptas. Se siente como el gatito sin experiencia que robó una cría de pato y se vio obligado a devolverla porque su madre le dijo que la mamá pato no había dicho nada ni había hecho ningún ruido y, sencillamente, se había ido.

—Hay mucho peligro en esa clase de silencio. Ve y coge un pollito. Ya sabemos cómo son las gallinas: gritan y maldicen, y así se acaba todo.

Un hombre al que le haces un favor no entenderá que tú no digas nada, no hagas ruido y sencillamente te vayas. Te puede causar más problemas rechazar un soborno que aceptarlo. ¿Acaso no había dicho un ministro, si bien es cierto que en un momento de borrachera, que el problema no estaba en aceptar un soborno, sino en no hacer aquello por lo que te lo habían pagado? Y si tú lo rechazas, ¿cómo tienes la seguridad de que un «hermano» o un «amigo» no lo haya recibido en tu nombre, afirmando ser tu agente? ¡Bobadas! Era fácil no ensuciarse las manos. Solo hacía falta la habilidad de decir: «Lo siento, señor Tal-y-Tal, pero no voy a continuar con esta conversación. Buenos días». Por supuesto, uno no debía ser demasiado

arrogante. Después de todo, tampoco la tentación había sido tan grande. Pero, con toda humildad, no podía decirse que no hubiera existido. A Obi le costaba cada vez más trabajo vivir con lo que le quedaba de sus cuarenta y siete libras con diez después de haberle pagado veinte a la Unión Progresista de Umuofia y haberles enviado diez a sus padres. Ahora mismo no sabía de dónde iba a salir el dinero para la matrícula del siguiente trimestre de John. No, la verdad es que no se podía decir que anduviera sobrado de dinero.

Había terminado su comida de fufú y sopa de egusi y estaba echado en el sofá. La sopa había estado especialmente rica, hecha con carne y pescado fresco, y había comido más de la cuenta. Cuando comía demasiado fufú se sentía como una boa que se ha tragado una cabra. Se repantingó sin ser capaz de hacer otra cosa, esperando digerir parte de la comida de modo que le quedara hueco para respirar.

Un coche se detuvo fuera. Pensó que sería otro de los cinco ocupantes del bloque de seis pisos. A algunos vecinos los conocía por su nombre, y a otros solo de vista. Todos eran europeos. Solía hablar una vez al mes con uno de ellos, el tipo alto del Departamento de Obras Públicas que vivía en la puerta de enfrente en su mismo piso. Pero no hablaban por el hecho de vivir en el mismo piso. Este hombre estaba a cargo de los jardines comunes, y cada mes recolectaba dieciséis peniques de cada inquilino para pagar al jardinero. Así que Obi le conocía bastante bien de vista. También conocía a uno de los de arriba, que cada sábado traía a casa a una prostituta africana.

El coche arrancó de nuevo. Claramente era un taxi, porque solo los taxistas eran capaces de pegar tales acelerones. Sonó un golpe tímido en la puerta de Obi. ¿Quién podía ser? Clara estaba de turno de tarde. Joseph, quizá. Durante meses había estado intentando recuperar su puesto de honor en los afectos de Obi que había perdido el día de la malhadada reunión de la Unión Progresista de Umuofia. Su crimen había sido contarle en confianza al presidente que Obi se había comprometido con una chica de una casta tabú. Había pedido disculpas: solo se lo había dicho en confianza al presidente con la esperanza de que usara su posición como padre de la gente de Umuofia en Lagos para hacer razonar a Obi en privado.

—No importa —le había dicho Obi—. Vamos a olvidarlo.

Pero él no lo había olvidado. Había dejado de visitar a Joseph en su casa. Por lo que se refiere a Clara, se había negado a volver a ponerle la vista encima. A veces a Obi le asombraba y le asustaba la intensidad de su odio, sabiendo lo bien que le caía antes. Decía que era sibilino, que era envidioso, que era capaz de envenenar a Obi. El incidente, como un baño de vino de palma sobre una varicela incipiente, había sacado a la superficie feas ampollas.

Obi abrió la puerta con un ceño muy oscuro. Pero, en vez de a Joseph, se encontró a una chica en la puerta.

—Buenas tardes —dijo, completamente transformado de pronto.

—Busco al señor Okonkwo —dijo ella.

—Soy yo. Pase.

Se sorprendió a sí mismo ante su súbita afabilidad. Después de todo, la chica era una completa desconocida, aunque una desconocida muy atractiva. Así que bajó la guardia.

—Por favor, siéntese. Por cierto, creo que no nos conocemos.

—No. Soy Elsie Mark.

—Encantado de conocerla, señorita Mark.

Ella sonrió con una sonrisa deliciosa, que mostraba una dentadura impecable e inmaculada. Tenía un pequeño hueco entre las dos paletas, como Clara. Alguien le había dicho que las chicas que tienen así los dientes son muy fogosas. Él se sentó. No se sentía incómodo como le ocurría habitualmente con las chicas, pero no sabía muy bien qué decir a continuación.

—Quizá le sorprenda mi visita —dijo ella en igbo.

—No sabía que fuera usted igbo.

Tan pronto como lo dijo se hizo la luz en su cabeza. Lo que quedaba de su afabilidad se esfumó. La muchacha debió de notar un cambio en su expresión o algún ligero movimiento de las manos. Evitó sus ojos y pareció dudar en busca de palabras. Estaba probando a caminar sobre un terreno resbaladizo, avanzando cuidadosamente un pie tras otro antes de arriesgar su cuerpo entero.

—Siento que mi hermano fuera a su oficina. Le dije que no lo hiciera.

—No importa —se sorprendió Obi diciendo—. Ya le dije que... mmm... que con su certificación académica de grado uno tenía muchas posibilidades. En realidad todo depende de usted, de la impresión que consiga causar al comité en la entrevista.

—Lo más importante —dijo ella— es tener la seguridad de que me seleccionarán para la entrevista.

—Sí. Pero, como ya le he dicho, tiene las mismas posibilidades que cualquiera.

—Pero, a veces, personas con un grado uno son descartadas en detrimento de gente con un grado dos y hasta tres.

—No me cabe duda de que eso pueda ocurrir alguna vez. Pero en igualdad de condiciones... Discúlpeme por no haberle ofrecido nada. ¿Quiere una Coca-Cola?

Ella sonrió tímidamente con los ojos.

—¿Sí?

Se levantó rápidamente en dirección a la nevera y sacó una botella. Se tomó un tiempo en abrirla y servir un vaso. Estaba pensando a toda velocidad.

Ella aceptó el vaso y le sonrió con agradecimiento. Debía de tener diecisiete o dieciocho años. Solo una cría, pensó Obi. Y ya tan hábil en las cosas del mundo. Estuvieron sentados en silencio durante un rato.

—El año pasado —dijo ella de pronto— ninguna de las chicas de mi colegio que

sacaron un grado uno tuvo beca.

—Quizá no le causaron buena impresión al comité.

—No fue eso. Es que no fueron a ver a los miembros a sus casas.

—¿Así que usted tiene intención de ir a verlos?

—Sí.

—¿Tan importante es conseguir una beca? ¿Por qué no paga alguno de sus parientes para enviarla a la universidad?

—Nuestro padre gastó todos sus ahorros con mi hermano. Empezó Medicina, pero suspendió los exámenes. Se cambió a Ingeniería y suspendió también. Estuvo doce años en Inglaterra.

—¿Es el que vino a verme hoy? —Ella asintió—. ¿En qué trabaja?

—Da clases en una escuela secundaria. —Ahora parecía triste—. Volvió al final del año pasado porque nuestro padre murió y no nos quedaba dinero.

A Obi le dio pena. Era obviamente una chica inteligente que tenía claro, como muchos otros jóvenes nigerianos, que quería ir a la universidad. ¿Y por qué no? Obi no sería quien los criticara. Era una hipocresía descarada preguntarle si era tan importante conseguir una beca, o si una educación universitaria valía cualquier sacrificio. Todos los nigerianos sabían la respuesta, y era sí.

Una licenciatura era la piedra filosofal. Transmutaba a un oficinista de tercera que ganaba ciento cincuenta libras al año en un funcionario que cobraba quinientas setenta, con coche y una casa de lujo por una renta puramente nominal. Y la disparidad en el salario y los lujos solo contaba la mitad de la historia. Ocupar un «cargo europeo» era lo segundo mejor después de ser europeo. Elevaba a un hombre desde las masas hasta esa élite cuya conversación en los cócteles giraba en torno al comportamiento del coche.

—Por favor, señor Okonkwo, tiene usted que ayudarme. Haré lo que me pida.

Evitó mirarle a los ojos. Le temblaba un poco la voz, y a Obi le pareció que se le llenaban los ojos de lágrimas.

—Lo siento muchísimo, de verdad, pero no puedo prometerle nada.

Otro coche se detuvo fuera con un frenazo brusco, y Clara entró como un ciclón, según era su costumbre, tarareando una canción popular. Se detuvo de pronto al ver a la chica.

—Hola, Clara. Esta es la señorita Mark.

—¿Cómo está? —dijo ella secamente, con una leve inclinación de cabeza. No le ofreció la mano—. ¿Te gustó la sopa? —le preguntó a Obi—. Me temo que la hice a toda prisa.

Con esas dos frases, quería dejarle un par de cosas claras a la muchacha desconocida. En primer lugar, con su sofisticado acento británico pretendía demostrar que había vivido en el extranjero. Podías distinguir a una mujer que había estado

fuera no solo por su fonética, sino también por su forma de caminar: pasos cortos y rápidos en lugar del caminar relajado normal. En compañía de sus hermanas menos afortunadas siempre encontraba una excusa para decir: «Cuando yo estaba en Inglaterra...». En segundo lugar, con su aire de propietaria parecía decirle a la chica: «Inténtalo en otro sitio».

—Pensaba que hoy tenías turno de tarde.

—Fue un error. Tengo el día libre.

—Entonces, ¿por qué tuviste que salir después de hacer la sopa?

—Tenía un montón de ropa que lavar. ¿No me ofreces nada de beber? Vale, ya me pongo yo algo.

—Lo siento, cielo. Siéntate, yo te traigo algo.

—Demasiado tarde. —Se acercó a la nevera y cogió una botella de ginger ale—. ¿Qué pasó con la otra botella de ginger ale? Había dos.

—Creo que tomaste una ayer.

—¿Sí? Ah, sí, ya me acuerdo.

Volvió y se sentó en el sofá junto a Obi.

—¡Dios, qué calor!

—Bueno, creo que tengo que irme —dijo la señorita Mark.

—Siento no poder prometerle nada —dijo Obi poniéndose en pie.

Ella no respondió y se limitó a sonreír con tristeza.

—¿Cómo va a volver a la ciudad?

—Cogeré un taxi.

—Yo la llevaré hasta la plaza Tinubu. Por aquí hay pocos taxis. Ven, Clara, vamos a llevarla hasta Tinubu.

—Siento haber llegado en un momento tan inoportuno —dijo Clara mientras volvían a Ikoyi desde la plaza Tinubu.

—No seas ridícula. ¿Qué quieres decir con eso de momento inoportuno?

—Pensaste que estaba trabajando. —Se rió—. ¿Quién es ella, en todo caso? Debo decir que es muy guapa. Y llego yo y pongo arena en tu *garri*. Lo siento, cariño.

Obi le dijo que no se portara como una cría.

—No pienso volver a hablarte si no te callas —le dijo.

—No digas nada si no quieres. ¿Pasamos por casa de Sam para saludarle?

El ministro no estaba en casa cuando ellos llegaron. Por lo visto, había un Consejo de Ministros.

—¿Beben algo el señor y la señora?

—No te molestes, Samson, solo dile al ministro que pasamos por aquí.

—¿Cómo no van a tomar nada?

—No, gracias, ya tomaremos algo la próxima vez. Hasta luego.

Cuando volvieron al piso de Obi, este le dijo a Clara:

—Hoy he tenido una experiencia interesante.

Le contó la visita del señor Mark a su oficina, y le explicó con todo lujo de detalles lo que estaba pasando entre él y la señorita Mark cuando llegó ella. Cuando terminó, Clara no dijo nada durante un rato.

—¿Estás satisfecha?

—Creo que fuiste demasiado severo con el hombre —dijo.

—¿Crees que tenía que haberle dado alas para que siguiera hablando de sobornarme?

—Después de todo, ofrecer dinero no es tan grave como ofrecer el propio cuerpo. Y sin embargo a ella le diste un refresco y la llevaste de vuelta a la ciudad. —Se rió—. Así es la vida.

Obi se quedó pensativo.

DURANTE un breve instante un año atrás, el señor Green había demostrado cierto interés por los asuntos personales de Obi, si a eso se le podía llamar mostrar interés. Obi acababa de recoger su coche nuevo.

—Harás bien en recordar —dijo el señor Green— que cada año por estas fechas tendrás que soltar cuarenta libras para el seguro.

Era como la voz de Joel, el hijo de Petuel.

—Por supuesto, no es asunto mío en realidad. Pero en un país en el que ni siquiera la gente con educación ha llegado al nivel de pensar en el día de mañana, uno tiene claro cuál es su deber.

Hizo que la palabra «educación» supiera a vómito. Obi le agradeció el consejo.

Y ahora por fin había llegado el día del Señor. Extendió ante sí en la mesa el formulario de renovación del seguro. ¡Cuarenta y dos libras! Tenía en el banco poco más de trece. Dobló la carta y la guardó en uno de los cajones donde tenía sus cosas personales, como sellos de correo, recibos y el informe mensual del banco. Una carta en caligrafía semianalfabeta le saltó a la vista. La sacó y la leyó de nuevo.

Estimado señor:

Es absolutamente deplorable para mí y por tanto debo pedirle respetuosamente que me asista con su ayuda. De un lado parece una vergüenza pedirle esta ayuda, pero con solo ser sincero conmigo mismo, y tener certeza de que estoy pidiendo por necesidad, le ruego me perdone. Mi petición a usted es 30/—(treinta chelines), asegurándole en toda verdad pronta devolución, el día de cobro, 26 de noviembre de 1957.

Espero lo mejor de su consideración.

Su seguro servidor,

Charles Ibe

Obi se había olvidado por completo del asunto. Era normal que, desde entonces, Charles entrara y saliera rápidamente de su oficina sin detenerse a intercambiar saludos en igbo. Charles era uno de los recaderos del departamento. Obi le había preguntado cuál era la gran necesidad, y él le había dicho que su mujer acababa de dar a luz a su quinto hijo. Obi, que por casualidad llevaba cuatro libras en el bolsillo, le había prestado los treinta chelines y se había olvidado de todo... hasta entonces. Envió a buscar a Charles y le preguntó en igbo, para que la señorita Tomlinson no lo entendiera, por qué no había cumplido su palabra. Charles se rascó la cabeza y renovó su promesa, esta vez para finales de diciembre.

—Me va a costar trabajo confiar en ti en el futuro —dijo Obi en inglés.

—Ay, no, *oga*, señor. Yo no mendigo. Yo pago pronto el fin de mes. —Después volvió al *igbo*—. Nuestra gente dice que una deuda puede ponerse mohosa, pero no caduca. Hay mucha gente en este departamento, pero yo no fui a ellos. Vine a usted.

—Muy amable por tu parte —dijo Obi, sabiendo que al otro se le iba a escapar la ironía.

Y así fue.

—Sí, hay mucha gente aquí, pero yo no fui a ellos. Yo le tengo por mi jefe especial. Nuestra gente dice que cuando hay un árbol alto, otros más pequeños se suben en sus hombros para alcanzar el sol. En años es usted un niño, pero...

—Vale, Charles. A finales de diciembre. Si no, informaré de esto al señor Green.

—Ah, no, yo no fallo mi jefe. Si fallo mi *oga*, ¿quién voy a buscar siguiente vez?

Y el asunto quedó, de momento, en aquella nota retórica. Obi volvió a mirar la carta de Charles, y le hizo gracia ver que en el manuscrito original había escrito «Mi petición a usted es solo 30/- (treinta chelines)»; luego había tachado «solo», sin duda después de una larga deliberación.

Guardó la carta en el cajón, para que pasase la noche con la notificación del seguro. No había nada que hacer, salvo ir al banco y pedirle al director un descubierto de cincuenta libras. Le habían dicho que era relativamente fácil para un funcionario cuyo sueldo se pagaba a través del banco que le autorizasen un descubierto por esa cantidad. Entretanto no tenía sentido seguir dándole vueltas. La actitud de Charles era sin duda la más saludable en aquellas circunstancias. Si uno no se reía, tenía que echarse a llorar. Así estaba hecha Nigeria.

Pero, por mucha filosofía que le echara, no se le quitaba la notificación de la cabeza.

«Nadie puede decir que haya sido un derrochador. Si no le hubiera enviado a mi madre treinta y cinco libras a finales del mes pasado para el tratamiento en el hospital privado, habría estado bien de dinero, o al menos, si no bien, por lo menos sin que me llegara el agua al cuello. De todos modos, saldré de esta —se tranquilizó a sí mismo—. El principio tiene que ser algo difícil. ¿Qué dice nuestra gente? El principio del llanto es siempre duro. No es que sea un refrán muy optimista, pero no por eso es menos cierto».

Si la Unión Progresista de Umuofia le hubiera dado cuatro meses de gracia las cosas habrían sido de otra manera. Pero eso ya era historia. Se había reconciliado con la Unión. Estaba claro que no habían tenido mala intención. E incluso si la hubieran tenido, ¿acaso no era cierto, como había dicho el presidente en la reunión de reconciliación, que la ira contra un hermano se siente en la carne pero no en la médula de los huesos? La Unión le había pedido que aceptara los cuatro meses de gracia a partir de ese momento. Pero él se había negado con la mentira de que sus circunstancias eran mejores.

Y si uno consideraba la cuestión con objetividad, como si fuera un asunto ajeno, ¿podía culparse a aquellos pobres hombres por criticar a un funcionario que se mostraba renuente ante la idea de pagar veinte libras al mes? Se habían sacrificado hasta el límite para reunir las ochocientas libras que sirvieron para enviarle a Inglaterra. Algunos de ellos no ganaban más de cinco libras al mes. Él ganaba casi cincuenta. Después de pagar las veinte libras, todavía le quedaban treinta. Y dentro de poco le subirían el sueldo en una cantidad equivalente al salario anual de muchos de ellos.

Obi tuvo que admitir que a su gente no le faltaba razón. Lo que ellos no sabían es que después de haber derramado sangre y sudor para instalar a su hermano entre las élites glamourosas, ahora tenían que mantenerlo allí. Al haberle convertido en miembro de un club cuyos integrantes se saludaban con un «¿Cómo va el coche?», ¿acaso esperaban que se diera la vuelta y dijera: «Lamentablemente mi coche no está en la carretera, porque no pude pagar el recibo del seguro»? Eso habría sido enseñar las cartas de una forma inconcebible, tan inconcebible como si un espíritu enmascarado de la antigua sociedad igbo hubiera respondido al saludo esotérico de otro diciendo: «Lo siento, pero no entiendo tu jerigonza. Solo soy un ser humano que lleva una máscara». No, las cosas no eran así.

Los igbo, con su amor por la justicia, habían creado un proverbio que decía que no le puedes pedir a un hombre con elefantiasis en el escroto que además tenga viruela, cuando muchos miles de personas no han tenido siquiera su cuota de pequeñas enfermedades. Sin duda que no es justo. Pero pasa. «Así es la vida», decían.

Después de haber negociado el préstamo de cincuenta libras en el banco, que Obi llevó inmediatamente a la compañía de seguros, llegó a la oficina y se encontró con la factura de la electricidad de noviembre. Cuando la abrió estuvo a punto de echarse a llorar. Cinco libras con setenta y tres.

—¿Pasa algo? —preguntó la señorita Tomlinson.

—No, no, nada. —Se recompuso—. Es solo la factura de la luz.

—¿Cuánto sube al mes?

—Esta son cinco con setenta y tres.

—Es un robo lo que cuesta aquí la electricidad. En Inglaterra se paga menos que eso por un cuatrimestre.

Obi no tenía el cuerpo para comparaciones. El súbito impacto de la factura de la luz le había despertado a la auténtica realidad de su posición financiera. Había repasado las previsiones para los meses siguientes y le habían parecido alarmantes. A final de mes tenía que renovar la licencia de su coche. Un año completo era impensable, pero incluso un solo cuatrimestre eran ya cuatro libras. Y después las ruedas. Podía esperar un mes o así para cambiarlas, pero estaban ya tan lisas como las llantas. Todo el mundo decía que era extraño que el primer par de neumáticos no le

durasen dos años, o por lo menos dieciocho meses. No podía permitirse cuatro ruedas a razón de treinta libras. Así que tendría que recolocar las que tenía, y empezar poniendo la de repuesto. Eso reduciría el precio a la mitad. Probablemente le durarían solo seis meses, como había dicho la señorita Tomlinson. Pero en seis meses las cosas podrían mejorar. Nadie le había dicho nada de los impuestos. Estaban por llegar, pero no antes de dos meses.

Tan pronto como acabó de comer se dispuso a introducir medidas de economía drásticas en su piso. Su nuevo criado, Sebastian, estaba de pie a su lado, sin duda preguntándose qué había poseído a su amo. Había empezado la comida quejándose de que había demasiada carne en la sopa.

—No soy millonario, ¿sabes? —había dicho.

«¡Dios sabe que Clara usa el doble de carne cuando hace ella la sopa!», pensó Sebastian.

—Y de ahora en adelante —continuó Obi—, te daré dinero para ir al mercado solo una vez por semana.

Cada interruptor en el piso encendía dos bombillas. Obi se dispuso a la poda. En el futuro, la regla sería un interruptor, una bombilla. A menudo se había preguntado por qué tenía que haber dos bombillas en el baño y en el lavabo. Era la típica planificación gubernamental. No había ni una sola bombilla en el tramo de escaleras de hormigón que cruzaban el bloque, con el resultado de que las personas se chocaban unas con otras o se tropezaban en los peldaños. Y sin embargo había dos bombillas en el lavabo, donde uno no tenía demasiado interés en observar de cerca lo que estaba haciendo.

Después de quitar las bombillas, se volvió de nuevo hacia Sebastian.

—En el futuro, el calentador del agua tiene que estar apagado. Me bañaré con agua fría. Y hay que apagar el frigo a las siete de la tarde y no volverlo a encender hasta el mediodía. ¿Me entiendes?

—Sí, señor. Pero carne estropea.

—No hace falta comprar mucha cada vez.

—Sí, señor.

—Compras «poco poco» hoy, y cuando se acabe compras más.

—Sí, señor. Solo creo que dijo fuera al mercado una vez por semana.

—No dije tal cosa. Dije que solo te daría dinero una vez.

Sebastian lo comprendió.

—No es misma cosa. En vez de darme dinero dos veces, ahora me da dinero una vez.

Obi fue consciente de que no llegaría muy lejos discutiendo el asunto en abstracto.

Aquella tarde tuvo un serio desacuerdo con Clara. No quería decirle nada sobre el

descubierto, pero tan pronto como ella le vio le preguntó qué le pasaba. Intentó despistarla con alguna excusa. Pero no la había planeado, así que no se la tragó. La forma que tenía Clara de sacarle algo no era discutir, sino negarse a hablar. Y puesto que ella llevaba normalmente las tres cuartas partes de la conversación cuando estaban juntos, el silencio se hacía pronto difícil de soportar. Obi le preguntaba entonces qué pasaba, lo que normalmente era el prelude para hacer lo que ella quisiera.

—¿Por qué no me lo dijiste? —le preguntó cuando le contó lo del descubierto.

—No hacía falta. Lo pagaré fácilmente en plazos de cinco libras al mes.

—Ese no es el caso. No crees que tengas que contármelo cuando tienes un problema.

—No era un problema, y no te lo habría dicho si no hubieras insistido.

—Ya veo —fue todo lo que ella dijo.

Cruzó la habitación, cogió una revista femenina que estaba tirada en el suelo, y se puso a leer. Después de un par de minutos, Obi dijo con un desenfado postizo:

—Es de mala educación ponerte a leer cuando tienes una visita.

—Ya deberías saber que me educaron muy mal.

Cualquier comentario sobre su familia era peligroso, y normalmente terminaba en lágrimas. Incluso ahora se le estaban empañando los ojos.

—Clara —dijo poniéndole un brazo alrededor de los hombros—. Clara.

Ella no respondió. Estaba pasando mecánicamente las hojas de la revista.

—No entiendo que quieras discutir por esto.

Ni palabra.

—Creo que es mejor que me vaya.

—Yo también lo creo.

—Clara, lo siento.

—¿Qué sientes? Déjame, *ojare*.

Y le empujó el brazo.

Obi siguió sentado un par de minutos, mirando el suelo.

—Vale.

Se puso de pie. Clara siguió donde estaba, pasando páginas.

—Hasta luego.

—Adiós.

Cuando volvió a su piso, le pidió a Sebastian que no hiciera nada para cenar.

—Ya empecé.

—¡Pues déjalo! —gritó, y fue a su habitación.

Se detuvo un instante a mirar la foto de Clara en el tocador. La puso boca abajo y se desvistió. Se puso un clote sobre los hombros, como una toga, y volvió a la sala para coger un libro. Sus ojos se posaron en los *Poemas reunidos* de A. E. Housman.

Lo cogió y volvió a su habitación. Cogió la foto de Clara y volvió a ponerla de pie. Después se acostó.

Abrió el libro por una página en la que asomaba un trozo de papel, con el borde desgastado y sucio de haber estado expuesto al polvo. En la hoja había un poema titulado «Nigeria».

Dios bendiga a nuestra noble patria,
gran país de sol brillante,
donde los hombres valientes siguen los caminos de la paz
y luchan por ganar su libertad.
Ojalá conservemos nuestra pureza,
nuestro celo por la vida y la alegría.

Dios bendiga a nuestros compatriotas
y a las mujeres en todas partes.
Que los enseñe a caminar unidos
para construir nuestra amada nación,
olvidando la región, la tribu o el habla,
y siempre entendiéndose entre sí.

Debajo estaba escrito: «Londres, julio de 1955». Sonrió, puso la hoja donde la había encontrado y empezó a leer su poema favorito, «Himno de Semana Santa».

OBI y la señorita Tomlinson estaban ahora a partir un piñón. Él había empezado a bajar la guardia «poco poco», como decían, desde el día en que ella se deshizo en halagos sobre Clara. Ahora ella era Marie para él, y él Obi para ella.

—Señorita Tomlinson es demasiado largo —había dicho ella un día—. ¿Por qué no Marie simplemente?

—Iba a sugerirlo yo mismo. Pero tú no eres simplemente Marie. De hecho, eres todo lo contrario de simple.

—¡Oh! —Ella hizo un delicioso giro de cabeza—. Gracias.

Se puso en pie y le hizo en broma una reverencia.

Hablaban de muchos temas con franqueza. Cuando no había nada que hacer, Marie tenía la costumbre de cruzar los brazos y apoyarlos sobre la máquina de escribir. Permanecía en esa postura hasta que Obi levantaba los ojos de lo que estuviera haciendo. Normalmente el señor Green era el tema de la conversación, o al menos la excusa para iniciarla. Una vez comenzada, fluía en cualquier dirección.

—Estuve tomando el té con los Green ayer —podía decir ella—. Una pareja encantadora, de verdad. Él es muy distinto en casa. ¿Sabes que le está pagando la matrícula del colegio al hijo de su criado? Pero luego dice las cosas más ofensivas sobre los africanos educados.

—Lo sé —dijo Obi—. Sería un caso muy interesante para un psicólogo. Charles, ya sabes, el recadero, me dijo que hacía un tiempo el auxiliar administrativo había querido despedirle por dormirse en la oficina. Pero cuando el asunto llegó al señor Green, rompió la hoja con la queja que estaba en el expediente personal de Charles. Dijo que el pobre hombre debía de tener paludismo y al día siguiente le trajo un tubo de quinina.

Marie estaba a punto de colocar otro ladrillo en su reconstrucción de una personalidad extraña cuando el propio señor Green la llamó para dictarle algo. En ese momento estaba diciendo que el señor Green era un cristiano muy devoto, un pilar de la Iglesia Colonial.

Hacía tiempo que Obi ya había admitido que, por mucho que le desagradara el señor Green, había que reconocerle algunas cualidades admirables. Por ejemplo, su devoción al deber. Con lluvia o con sol, él siempre estaba en la oficina media hora antes del horario oficial, y muchos días trabajaba hasta más de las dos, o volvía por las tardes. Obi no podía entenderlo. He aquí un hombre que no creía en el país, y sin embargo se mataba a trabajar por él. ¿Acaso creía en el deber solo como una necesidad lógica? Estaba siempre retrasando la visita al dentista porque, decía, tenía cosas urgentes que hacer. Era como un hombre al que se le hubiera encomendado alguna labor suprema e inmensa que debía ser completada antes de que sobreviniera

una catástrofe final. A Obi le recordaba lo que había leído una vez a propósito de Mohamed Ali de Egipto, que en la vejez había trabajado frenéticamente para modernizar su país antes de su muerte.

En el caso de Green era difícil ver cuál sería el plazo, a menos que fuera la independencia de Nigeria. Decían que había presentado su dimisión en 1956, cuando se creía que Nigeria alcanzaría la independencia. Luego esto no ocurrió y al señor Green lo convencieron para que retirara su dimisión.

Un personaje de lo más curioso, pensó Obi mientras dibujaba caricaturas en su papel secante. Una cosa que no era capaz de dibujar bien eran los cuellos de las camisas. Sí, un personaje interesante. Estaba claro que amaba África, pero solo una parte de África: la de Charles el recadero, el África de su jardinero o de su criado. Al principio, debía de haber tenido un ideal: llevar la luz al corazón de las tinieblas, a los cazadores de cabezas que realizaban extrañas ceremonias y ritos inenarrables. Pero cuando llegó, África le había jugado una mala pasada. ¿Dónde estaba su amada selva llena de sacrificios humanos? Estaba san Jorge a caballo y con armadura, pero ¿dónde estaba el dragón? En 1900 el señor Green podría haber estado entre los grandes misioneros; en 1935, sin duda hubiera abofeteado a un maestro en presencia de sus alumnos; pero en 1957 solo podía jurar y maldecir.

Con una ráfaga de comprensión, Obi recordó a Conrad, a quien había leído para su licenciatura. «Por el mero ejercicio de nuestra voluntad podemos generar un bien ilimitado». Este era Kurtz antes de ser atrapado por el corazón de las tinieblas. Luego había escrito: «Exterminad a todos los brutos». No era una analogía exacta, claro. Kurtz había sucumbido a las tinieblas, Green al amanecer incipiente. Pero su principio y su fin eran similares. «Tengo que escribir una novela sobre la tragedia de los Green de este siglo», pensó satisfecho con su análisis.

Más tarde, aquella mañana, un ayudante de planta del Hospital General le trajo un pequeño paquete. Era de Clara. Una de las cosas más maravillosas que tenía era su escritura, muy femenina. Pero Obi no estaba pensando en la escritura en aquel momento. Le latía el corazón a toda prisa.

—Puedes irte —le dijo al ayudante que estaba esperando por si tenía que llevar algún mensaje.

Empezó a abrir el paquete, pero se detuvo porque le temblaban las manos. Marie no estaba allí en ese momento, pero podía llegar en cualquier instante. Pensó en llevar el paquete al lavabo. Después se le ocurrió una idea mejor. Abrió uno de los cajones y empezó a desatar el paquete dentro. Por alguna razón sabía, a pesar del tamaño del paquete, que contenía su anillo. ¡Y también dinero! Sí, billetes de cinco libras. Pero no vio ningún anillo. Suspiró aliviado y luego leyó la notita de dentro.

Querido:

Siento lo de ayer. Ve derecho al banco y cancela el préstamo. Nos vemos por la tarde.

Te quiero.

Clara

Se le empañaron los ojos. Cuando levantó la vista, vio a Marie observándole. Ni siquiera se había dado cuenta de que había vuelto a la oficina.

—¿Qué pasa, Obi?

—Nada —dijo improvisando una sonrisa—. Solo estaba pensando.

Obi dobló cuidadosamente las cincuenta libras y se las metió en el bolsillo. ¿Cómo había conseguido Clara tanto dinero? Pero claro, ella tenía un sueldo bastante bueno y no había estudiado enfermería con una beca de una unión progresista. Era cierto que enviaba dinero a sus padres, pero eso era todo. En cualquier caso, cincuenta libras era un buen dinero.

Todo el camino entre Ikoyi y Yaba iba pensando cuál sería la mejor forma de hacerle coger otra vez el dinero. Sabía que iba a ser difícil, si no imposible. Pero estaba claro que él no iba a aceptar sus cincuenta libras. La cuestión era cómo devolvérselas sin que se sintiera herida. Podía decirle que parecería bastante estúpido pedir hoy un préstamo para devolverlo mañana, y que el director del banco podría pensar que había robado el dinero. O podía decirle que lo guardara ella hasta fin de mes, cuando realmente lo iba a necesitar. Ella podría preguntarle que por qué no lo guardaba él mismo, y en ese caso le contestaría que porque podría gastárselo antes.

Siempre que Obi tenía algún conflicto con Clara, planeaba toda la conversación de antemano. Pero cuando llegaba el momento, siempre iba por otros derroteros. Y así ocurrió en esta ocasión. Clara estaba planchando cuando él llegó.

—Termino en un segundo —dijo ella—. ¿Qué ha dicho el director del banco?

—Le pareció muy bien.

—En el futuro no seas un crío idiota. ¿Conoces el proverbio sobre cavar una fosa nueva para rellenar una antigua?

—¿Por qué le confiaste tanto dinero a ese hombre con tan mala pinta?

—¿Te refieres a Joe? Es un buen amigo mío. Es auxiliar de planta.

—No me gustó su cara. ¿Cuál es el proverbio sobre cavar una fosa nueva para rellenar una antigua?

—Siempre he dicho que deberías estudiar igbo. Significa pedir un préstamo para pagar el seguro.

—Ya. Tú prefieres cavar dos fosas en vez de una. Pedir un préstamo a Clara para pagar al banco para pagar el seguro.

Clara no respondió.

—No he ido al banco. No podía hacerlo. ¿Cómo podría aceptar tanto dinero de ti?

—Por favor, Obi, deja de portarte como un niño. Solo es un préstamo. Si no lo quieres, puedes devolvérmelo. De hecho, he estado toda la tarde dándole vueltas. Parece que he estado metiéndome en tus asuntos. Lo siento. ¿Tienes aquí el dinero?

Y extendió la mano. Obi se la tomó y la acercó hacia él.

—No me malinterpretes, cariño.

Aquella tarde fueron a ver a Christopher, el amigo economista de Obi. A Clara le iba cayendo mejor con el tiempo. Quizá era demasiado vividor, lo cual no era un defecto grave. Pero ella temía que pudiera ejercer una mala influencia sobre Obi en cuestión de mujeres. A él le gustaba salir con cuatro o cinco a la vez. Incluso decía que no había nada como el amor, al menos en Nigeria. Pero era realmente muy agradable, no como Joseph, que era un paleta.

Como era de esperar, había una chica con Christopher cuando llegaron. A esta, Clara no la conocía, aunque Obi aparentemente sí.

—Clara, esta es Bisi —dijo Christopher.

Las dos chicas se dieron un apretón de manos y dijeron simultáneamente:

—Encantada de conocerte.

—Clara es la prometida...

—¡Cállate! —completó Clara por él.

Pero fue como terminar la frase de un tartamudo. Te puedes ahorrar el esfuerzo.

—La «tú ya sabes» de Obi —completó Christopher.

—¿Habéis estado comprando discos nuevos? —preguntó Clara repasando algunos que había en una silla.

—¿Yo? ¿A estas alturas del mes? Son de Bisi. ¿Qué queréis tomar?

—Champán.

—¿Cómo? Obi va comprar, oh. Yo no llego ese nivel. No me exprimas, oh.

Se rieron.

—Obi, ¿quieres una cerveza?

—Si tomamos un botellín a medias.

—Vale. ¿Qué vais a hacer esta noche? ¿Salimos a bailar?

Obi intentó poner alguna excusa, pero Clara le cortó en seco. Dijo que irían.

—Yo quiero ir cine —dijo Bisi.

—Mira, Bisi, nosotros da igual lo que tú quieras hacer. Obi y yo decidimos. Esto África, ¿vale?

Que Christopher hablara inglés correcto o pidgin dependía de lo que estuviera diciendo, donde lo estuviera diciendo, a quien y lo que quisiera decir. Por supuesto que esto era extensible a la mayoría de la gente educada, especialmente los sábados por la noche. Pero Christopher era particularmente bueno a la hora de jugar con su doble legado.

Obi le tomó prestada una corbata. No es que fuera imprescindible en el Imperial,

donde habían decidido ir. Pero no era cuestión de ir de cualquier manera.

—¿Vamos en tu coche, Obi? Ya no tengo chófer...

—Sí, venga, vamos juntos. Aunque va a ser complicado después del baile llevar a casa a Bisi, a Clara y después a ti. Pero no importa.

—No, mejor llevo yo mi coche —dijo Christopher.

Después le susurró a Obi al oído que no iba a llevar a Bisi a casa después del baile, lo que era obvio de todos modos.

—¿Qué le estás susurrando? —preguntó Clara.

—Solo para hombres —dijo Christopher.

Había muy poco sitio para aparcar en el Imperial y ya había muchos coches. Después de maniobrar un rato Obi consiguió meterse entre dos coches, dirigido por media docena de chiquillos que estaban por allí.

—Yo cuido coche —dijeron a coro tres de ellos.

—Vale, cuídalo bien —dijo Obi a ninguno en particular—. Cierra tu puerta —le dijo a Clara en voz baja.

—Yo cuido bien, señor —dijo uno de los niños cruzándose en el camino de Obi para que supiera bien a quién tenía que darle los tres peniques de propina después del baile.

Por principio, Obi nunca daba nada a estos delincuentes juveniles. Pero hubiera sido una mala política decírselo de antemano y dejar el coche a su merced.

Christopher y Bisi ya estaban esperando en la entrada. El sitio no estaba tan abarrotado como pensaron que iba a estar. De hecho la pista de baile permanecía casi vacía, pero era porque la orquesta tocaba un vals. Christopher encontró una mesa y dos sillas y las chicas se sentaron.

—No vais a pasaros de pie toda la noche —dijo Clara—. Decidle a un camarero que os consiga sillas.

—No importa —dijo Christopher—, seguro que las encontramos enseguida.

Casi no había terminado la frase cuando la orquesta empezó a tocar un *high-life*. En menos de treinta segundos, la pista de baile estaba llena. A los que les pilló con una botella de cerveza a medias volvieron a dejarla en la mesa o se la bebieron a toda prisa. Los cigarrillos sin terminar fueron, según el estatus del fumador, arrojados al suelo y pisoteados o cuidadosamente apagados para seguir después con ellos.

Christopher se movió tres o cuatro mesas más allá y agarró dos sillas que acababan de quedar vacías.

—¡Aprovechado! —le dijo Obi mientras cogía una.

Bisi estaba meciéndose en su silla y cantando con el solista:

El vestido de nailon es un vestido ideal,
el vestido de nailon es el vestido nacional.

Si a tu chica quieres hacer feliz,
el nailon es para ella lo mejor.

—Estamos perdiéndonos un baile —dijo Obi.

—¿Por qué no bailas con Bisi? Clara y yo vigilamos las sillas.

—¿Vamos? —dijo Obi poniéndose de pie.

Bisi ya se había levantado, con la mirada perdida en la distancia.

Si a tu chica quieres hacer feliz
ve a comprar una docena de vestidos de nailon.
Solo tendrá ojos para ti.
El nailon es para ella lo mejor.

El siguiente baile también fue un *high-life*. De hecho, la mayor parte de las siguientes piezas fueron *high-lives*. De vez en cuando sonaba un vals o un blues para que los bailarines pudieran descansar y tomarse una cerveza o fumar. Clara y Christopher bailaron a continuación mientras Obi y Bisi les echaban un ojo a sus sillas. Pero Obi pronto se quedó solo: alguien había sacado a Bisi a bailar.

Había tantas maneras de bailar el *high-life* como gente en la pista, pero podían distinguirse tres modalidades. Había cuatro o cinco europeos cuya forma de bailar hacía pensar en las antiguas películas mudas. Se movían como triángulos en un baile extraño que estaba pensado para círculos. Había otros que casi ni se movían. Abrazaban estrechamente a sus mujeres, pecho con pecho y muslo con muslo, de forma que el baile fluyera sin interrupción del uno al otro y vuelta. El último grupo eran los extáticos. Bailaban suelto, girando, balanceándose o haciendo intrincadas síncopas con los pies y la cintura. Eran los buenos sirvientes que habían encontrado la libertad perfecta. El vocalista se acercó al micrófono para cantar «Gentleman Bobby».

Estaba tocando mi guitarra jeje
cuando una dama me besó.
A su marido no le gustó,
y se llevó a su mujer a rastras.

Caballeros, sujeten a sus esposas.
Padre y mamá, sujetad a vuestras chicas.
El calipso está tan bien
que si lo siguen no echéis la culpa a Bobby.

Los aplausos y los gritos de «¡Otra! ¡Otra!» que siguieron a este número parecían sugerir que nadie condenaba al caballero Bobby. ¿Y por qué iban a hacerlo? Él estaba tocando su guitarra *jeje*, tranquila y sobriamente, sin molestar, con total respeto por la ley, cuando una mujer decidió plantarle un beso. Se mirara desde donde se mirase, nadie podía echarle la culpa al inocente músico.

El siguiente número fue un *quickstep*. En otras palabras, era el momento de beber y fumar y relajarse. Obi pidió refrescos. Fue un alivio que nadie quisiera algo más caro.

El grupo que estaba a su derecha, tres hombres y dos mujeres, le provocaba gran curiosidad. Una de las mujeres estaba callada, pero las otras dos hablaban sin parar a voz en grito. La primera llevaba una blusa de nailon casi transparente que dejaba ver un sujetador nuevo. No había bailado la última pieza. Le había dicho al hombre que fue a sacarla: «Si no hay petróleo, no hay fuego», lo que sin duda significaba que sin cerveza no había baile. El hombre se había acercado después a la mesa de Obi y había sacado a Bisi. Pero aquello no podía ser un arreglo permanente. Ahora que nadie estaba bailando, la mujer estaba diciendo para que todos la oyeran:

—La mesa está seca.

A las dos de la mañana Obi y su grupo se levantaron para irse, a pesar de las quejas de Bisi. Christopher le recordó que ella en principio había querido ir al cine, que terminaba a las once. Ella le respondió que esa no era razón para que se fueran del baile cuando empezaba a animarse. Aun así, se fueron. El coche de Christopher estaba aparcado bastante lejos, así que se dieron las buenas noches en la puerta y se separaron.

Obi abrió la puerta del conductor con la llave, entró y se inclinó para abrirle la puerta a Clara. Pero ya estaba abierta.

—Pensé que habías cerrado la puerta.

—Y lo hice —dijo ella.

El pánico se apoderó de Obi.

—¡Santo Dios! —gritó.

—¿Qué pasa? —preguntó ella alarmada.

—Tu dinero.

—¿Dónde está? ¿Dónde lo dejaste?

Él señaló la guantera, que ahora estaba vacía. Se quedaron mirándola en silencio. Él abrió la puerta sin hacer ruido, salió, miró al suelo y después se apoyó en el coche. Clara abrió su puerta y salió también. Dio la vuelta hasta el lado del conductor, cogió la mano de Obi entre las suyas y dijo:

—Vámonos.

Él estaba temblando.

—Vamos, Obi —repitió, y le abrió la puerta del coche.

DESPUÉS de Navidad, Obi recibió una carta de su padre en la que le decía que su madre estaba otra vez enferma en el hospital y le preguntaba cuándo iría de vacaciones, como había prometido. Esperaba que fuera pronto porque había un asunto urgente que debía discutir con él.

Era obvio que le habían llegado noticias de Clara. Obi les había escrito unos meses antes diciendo que había una chica en la que estaba interesado y que ya les contaría más cuando fuera a casa de vacaciones un par de semanas. No les había dicho que era una *osu*. Uno no escribía acerca de tales asuntos. Había que introducirlos con mucho tiento en la conversación. Pero parecía que alguien se lo había dicho a sus padres.

Dobló la carta cuidadosamente y la puso en el bolsillo de su camisa e intentó no pensar en ella, especialmente en la enfermedad de su madre. Trató de concentrarse en el expediente que estaba leyendo, pero tenía que leer cinco veces cada línea, e incluso entonces no entendía lo que había leído. Cogió el teléfono para llamar a Clara al hospital, pero cuando la operadora le pidió el número volvió a colgar. Marie estaba escribiendo a máquina sin parar. Tenía un montón de trabajo antes de la reunión del comité que tendría lugar la semana siguiente. Marie era una mecanógrafa muy buena: las teclas no paraban de sonar cuando estaba a la máquina.

A veces el señor Green llamaba a Marie para que fuera a su oficina a tomar algún dictado, otras veces iba él a la suya. Todo dependía del humor que tuviera. Entonces fue él quien vino.

—Por favor, tome nota. «Estimado señor, en referencia a su carta de fecha tal y tal, le informo de que el Gobierno paga una pensión de dependencia a las esposas *bona fide* de los becarios del Gobierno y no a sus novias...» ¿Podría leérmelo?

Marie lo hizo, mientras él caminaba de arriba abajo.

—Cambie el segundo «Gobierno» por «sus».

Marie hizo el cambio y le miró.

—Esto es todo. «Su seguro servidor, Yo».

El señor Green siempre terminaba así sus cartas, diciendo las palabras «seguro servidor» con despectivo cinismo. Se volvió hacia Obi y le dijo:

—Sabe usted, Okonkwo, llevo quince años viviendo en su país y todavía no soy capaz de entender la mentalidad del «nigeriano educado». Como este joven del Colegio Universitario, por ejemplo, que espera que el Gobierno no solo le pague la matrícula y unos gastos de manutención fantásticos y le encuentre un trabajo fácil y cómodo cuando acabe su carrera, sino además que pague a su prometida. Es increíble. Creo que el Gobierno está cometiendo un gran error al ponérselo tan fácil a gente como esta para que adquieran una educación universitaria. Educación, ¿para

qué? Para sacar todo lo que puedan para ellos y sus familias. No les interesan en absoluto sus compatriotas que mueren cada día de hambre y enfermedad.

Obi farfulló algo incomprensible.

—Por supuesto, no espero que esté usted de acuerdo conmigo —dijo, y desapareció.

Obi llamó a Christopher y quedaron para ir a jugar al tenis por la tarde con dos profesoras recién llegadas del convento católico romano de Apapa. Nunca llegó a enterarse de cómo las había conocido Christopher. Lo único que sabía era que hacía unas dos semanas Christopher le había invitado a ir a su piso para conocer a dos chicas irlandesas que estaban muy interesadas en Nigeria. Cuando Obi había llegado, a eso de las seis, Christopher ya les estaba enseñando por turnos a bailar el *high-life*. Fue obvio que la llegada de Obi le resultaba un alivio; inmediatamente se apropió de la más guapa de las dos y dejó la otra para Obi. La chica no estaba mal si no intentaba sonreír. Por desgracia, sonreía bastante a menudo. Pero por lo demás estaba bastante bien, y de todas formas enseguida estuvo demasiado oscuro como para ver nada.

Las chicas estaban realmente interesadas en Nigeria. Ya sabían algunas palabras en yoruba, aunque solo llevaban unas tres semanas en el país. Eran bastante más antiinglesas que el propio Obi, lo que le hizo sentir un tanto incómodo. Pero a medida que iba pasando la tarde le iban cayendo cada vez mejor, especialmente la que Christopher le había asignado.

Comieron plátano frito con verduras y carne para cenar. Las chicas dijeron que les gustaba muchísimo, aunque estaba claro por cómo movían la nariz y los ojos que la comida tenía demasiado picante.

Nada más terminar volvieron a bailar, en la penumbra y en silencio, excepto cuando se gastaban bromas unos a otros.

—¿Por qué estáis tan callados vosotros dos?

O:

—Sigue moviéndote, no te quedes todo el rato en el mismo sitio.

Después de unos primeros escarceos Obi se ganó un par de tímidos besos. Pero cuando intentó algo más ambicioso, Nora susurró secamente:

—¡No! Los católicos no podemos besar así.

—¿Por qué?

—Es pecado.

—Qué raro...

Siguieron bailando y, de vez en cuando, dándose besos solo con los labios.

Antes de que, a las once, finalmente las llevaran a casa, Obi y Christopher prometieron que irían a jugar al tenis con ellas alguna tarde. Habían ido dos veces seguidas; después otros asuntos habían reclamado su atención. Obi había pensado otra vez en ellas porque necesitaba algo, como un partido de tenis, que le ocupara por

la tarde y le dejara rendido para ser capaz de dormir por la noche.

Tan pronto como el coche de Christopher se detuvo, una madre con toca blanca apareció de repente en la puerta de la capilla del convento. Obi se lo hizo notar a Christopher. Estaba demasiado lejos como para ver la expresión de su cara, pero sintieron que era hostil. Las chicas estaban en el estudio de la tarde, así que el convento estaba silencioso. Subieron las escaleras hasta el piso de Nora y Pat, que estaba sobre las clases, y la madre les siguió con los ojos hasta que desaparecieron en la salita.

Las chicas estaban tomando té y pastas. Parecían contentas de ver a sus visitantes, pero, de algún modo, no tan complacidas como otras veces. Daban la sensación de estar un poco azoradas.

—Tomad un té —dijeron al unísono, como si hubiera sido una frase ensayada, y antes de que los invitados se hubieran terminado de sentar en sus sillas.

Tomaron el té casi en silencio. Aunque Christopher y Obi estaban vestidos para el tenis y llevaban raquetas, las chicas no dijeron nada de ir a jugar. Después de tomar el té, siguieron sentados en sus sitios e intentando valientemente mantener la poca conversación que había.

—¿Echamos un partido? —preguntó Christopher cuando la conversación finalmente expiró.

Hubo una pausa. Después Nora explicó abiertamente y sin tratar de poner excusas que la madre les había advertido seriamente sobre salir con chicos africanos. Les había avisado de que si el obispo se enteraba se podían encontrar rápidamente de vuelta en Irlanda.

Pat dijo que le parecía estúpido y ridículo. De hecho usó la palabra «ridiculosidad», lo que hizo a Obi sonreír para sí.

—Pero no queremos que nos devuelvan a Irlanda.

Nora prometió que irían alguna vez a visitar a los chicos en Ikoyi. Pero que sería mejor que ellos no vinieran al convento porque la madre y las hermanas las vigilaban.

—Y ¿qué sois vosotras? ¿Hijas? —preguntó Christopher.

Pero esto no fue especialmente bien recibido y la visita llegó pronto a su fin.

—Ya ves —dijo Christopher en cuanto estuvieron en el coche—. ¡Y se llaman a sí mismas misioneras!

—¿Y qué esperas que hagan esas pobres chicas?

—No me refería a ellas. Estaba pensando en las madres y las hermanas y los padres y los hijos.

Obi se encontró en la extraña postura de defender a los católicos romanos.

De camino a casa se detuvieron a saludar a la última novia de Christopher, Florence. Estaba tan entusiasmado con ella que incluso había mencionado el matrimonio. Pero eso era imposible porque la chica se marchaba a Inglaterra en

septiembre a estudiar enfermería. Había salido cuando llegaron a su casa, y Christopher le dejó una nota.

—Hace mucho que no veo a Bisi —dijo, y fueron hasta su casa, pero ella también había salido.

—¡Mal día para las visitas! —dijo Obi—. Mejor nos vamos a casa.

Christopher estuvo todo el camino hablando de Florence. ¿Debería tratar de convencerla para que no fuera a Inglaterra?

—Yo que tú no lo haría —dijo Obi.

Le contó el caso de uno de los catequistas de Umuofia, hacía muchos años, cuando Obi era todavía un niño. Su mujer era muy amiga de la madre de Obi y les visitaba a menudo. Un día la escuchó por casualidad contándole a su madre cómo su educación se había quedado en la reválida porque el hombre tenía prisa por casarse. Lo contaba con muchísima amargura, aunque debía haber pasado por lo menos veinte años antes. Obi se acordaba muy bien de aquella visita porque tuvo lugar un sábado. A la mañana siguiente el catequista no pudo hacerse cargo del servicio porque su mujer le había abierto la cabeza con la maja de madera que se usaba para moler ñame. El padre de Obi, como catequista retirado, había tenido que dirigir el servicio de un momento para otro.

—Hablando de ir a Inglaterra, hubo una chica que prácticamente se me puso en bandeja. ¿Te he contado la historia?

—No.

Obi le contó la historia de la señorita Mark, empezando por la visita de su hermano a la oficina.

—¿Y qué pasó al final?

—Pues que está en Inglaterra. Consiguió por fin la beca.

—Eres el más tonto de toda Nigeria —dijo Christopher.

Y, a continuación se enzarzaron en una larga discusión sobre la naturaleza del soborno.

—Si una chica se ofrece a acostarse contigo, eso no es soborno —dijo Christopher.

—No seas idiota —replicó Obi—. ¿Me estás diciendo honestamente que no ves nada malo en aprovecharse de una chica recién salida del colegio que quiere ir a la universidad?

—Eres un sentimental. Una chica que va como fue ella no es una niña inocente. Es como la historia de la chica a la que dieron un formulario para rellenar. Puso su nombre y su edad. Pero cuando llegó al sexo escribió: «Dos veces por semana».

Obi no pudo evitar reírse.

—No pienses que las chicas son angelitos.

—No pensaba tal cosa. Pero me parece escandaloso que a un hombre con tu

educación le parezca normal acostarse con una chica antes de que tenga la entrevista con el comité.

—La chica tenía que presentarse ante el comité de todos modos. Eso es lo único que ella esperaba de ti: que te asegurases de que la convocaban. ¿Y cómo sabes que no se acostó con los miembros del comité?

—Probablemente lo hizo.

—Y entonces, ¿qué bien le has hecho tú?

—Ninguno, lo admito —dijo Obi intentando ordenar sus pensamientos—, pero quizá ella recuerde en algún momento que hubo por lo menos un hombre que no se aprovechó de ella.

—Ya, pero probablemente lo que ella pensará es que eres impotente.

Hubo una pequeña pausa.

—Bueno, dime, Christopher, ¿cómo defines soborno?

—A ver, bueno... El uso de una influencia indebida.

—Bien. Supongo...

—Pero la cuestión es que no había influencia de ninguna clase. A la chica la iban a entrevistar en cualquier caso. Vino de forma voluntaria a pasar un buen rato. No veo el soborno por ninguna parte.

—Por supuesto, sé que estás de broma.

—Te lo digo completamente en serio.

—Pues me sorprende que no veas que el mismo argumento se aplica a coger dinero. Si el solicitante va a conseguir el trabajo de todos modos, entonces no hay nada de malo en aceptar dinero de él.

—Bueno...

—Bueno ¿qué?

—Mira, esta es la diferencia. —Hizo una pausa—. Pongámoslo así: a ningún hombre le gusta separarse de su dinero. Si aceptas dinero de un hombre, le haces más pobre. Pero si te vas a la cama con una chica que te lo está pidiendo a gritos, no veo dónde está el daño.

Siguieron discutiendo mientras cenaban y hasta bien entrada la noche. Pero tan pronto como se separó de Christopher, los pensamientos de Obi volvieron a la carta que había recibido de su padre.

A Obi le dieron dos semanas de vacaciones, del 10 al 24 de febrero. Decidió salir para Umuofia el 11 por la mañana temprano, pasar la noche en Benín y terminar el viaje al día siguiente. Clara cambió el turno con otra enfermera para poder estar libre y ayudarle con el equipaje. Pasó todo el día (y la noche) en el piso de Obi.

Cuando iban a acostarse, ella dijo que tenía algo que decirle, y se puso a llorar. Obi no había aprendido todavía a lidiar con sus lágrimas. Siempre lo alarmaban.

—¿Qué pasa, Clara?

Pero solo logró unas lágrimas tibias en su brazo, que estaba entre la almohada y la cabeza de Clara. Clara lloraba en silencio, pero por cómo le temblaba el cuerpo Obi podía notar que estaba sollozando amargamente. Siguió preguntándole, sintiéndose cada vez más alarmado:

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa?

—Perdona —dijo ella.

Se levantó y fue hasta el tocador donde estaba su bolso, sacó un pañuelo y se sonó la nariz. Después volvió a la cama con el pañuelo y se sentó en el borde.

—Ven y dime cuál es el problema —dijo Obi acercándola dulcemente a él. La besó y le supo a sal—. ¿Qué pasa?

Clara le dijo que sentía dejarle plantado a aquellas alturas, pero que estaba segura de que era mejor para todos que rompieran su compromiso. Obi se sintió profundamente dolido, pero dejó pasar el tiempo sin decir nada. Clara repitió que lo sentía muchísimo. Otro largo silencio. Después Obi dijo:

—No entiendo nada... Está bien... No te culpo en absoluto.

Hubiera querido añadir: «¿Por qué ibas a arrojarte en brazos de alguien que no es capaz de llegar a fin de mes?». Pero en vez de eso dijo:

—Muchas gracias por todo.

Se sentó en la cama. Después se puso de pie y empezó a caminar por la habitación en pijama. Estaba demasiado oscuro para que Clara pudiera verle, lo que intensificaba el efecto. Pero enseguida se dio cuenta de que semejante acción, si se la hubieran contado de otro, le hubiera parecido de un dramatismo barato, así que se detuvo y volvió a la cama, pero lejos de Clara. Sin embargo, pronto empezó a acercarse y a hablar.

Clara le rogó que no la malinterpretase. Le dijo que estaba dando aquel paso porque no quería arruinarle la vida.

—Le he estado dando muchas vueltas a todo esto. Hay dos razones por las que no debemos casarnos.

—¿Cuáles son?

—Bueno, la primera es que tu familia se opondría. Y no quiero interponerme

entre tu familia y tú.

—¡Tonterías! ¿Y cuál es la segunda razón?

No era capaz de acordarse, y además no importaba. La primera razón era suficiente.

—Voy a decirte cuál es la segunda razón —dijo Obi.

—¿Cuál?

—No quieres casarte con alguien que tiene que pedir un préstamo para pagar el seguro.

Sabía que era una acusación burda y falsa, pero quería que ella se pusiera a la defensiva. A ella se le volvieron a saltar las lágrimas. La agarró y empezó a besarla apasionadamente. Ella pronto le respondió con la misma intensidad.

—¡No, no, no! No seas malo... Primero me tienes que pedir perdón por lo que has dicho.

—Lo siento mucho, cariño.

—Vale. Te perdono. ¡No! Espera un momento...

Obi salió justo antes de las seis de la mañana. Si Clara no hubiera estado allí no habría sido capaz de despertarse tan temprano como a las cinco y media. Estaba ligeramente mareado y le pesaban los ojos. Se dio un baño frío, lavándose primero los brazos y las piernas, después la cabeza, y por último el estómago y la espalda. Odiaba los baños fríos, pero no podía permitirse enchufar el calentador y no cabía duda, pensó mientras se secaba, de que uno se sentía de lo más enérgico después de un baño frío. Como con el llanto, lo difícil era el principio.

Aunque tenía dos semanas, pensaba pasar solo una en casa por cuestiones de dinero. Para los de casa, las vacaciones significaban la vuelta del chico de pueblo al que le había ido bien en la ciudad, y todo el mundo esperaba compartir su buena fortuna.

—Después de todo —argüían—, esto es gracias a nuestras oraciones y nuestras libaciones.

Llamaban a las vacaciones *lifu*, que significa «derroche».

Obi tenía exactamente treinta y cuatro libras y noventa y tres peniques cuando salió de viaje. La asignación para las vacaciones locales era de veinticinco libras, que recibían todos los funcionarios superiores por la simple razón de que se iban de vacaciones locales. El resto era lo que le había sobrado de su sueldo de enero. Con treinta y cuatro libras uno podía sobrevivir dos semanas en casa, aunque de un hombre como Obi, con coche y un «cargo europeo», se esperaría algo más. Pero se le iban a ir dieciséis libras y diez chelines en la matrícula de la escuela de su hermano John para el segundo trimestre, que empezaba en abril. Obi sabía que como no pagara la matrícula ahora que tenía un buen pellizco en el bolsillo quizá no le fuera posible más adelante.

Obi parecía mirar por encima del hombro de todos los que venían a saludarle.

«¿Dónde está madre?», preguntaban sus ojos repetidamente. No sabía si estaba todavía en el hospital o en casa, y le daba miedo preguntar.

—Tu madre salió del hospital hace una semana —le dijo su padre cuando entraron en casa.

—¿Dónde está?

—En su habitación —dijo Eunice, su hermana pequeña.

La habitación de su madre era la más característica de toda la casa, excepto quizá la de su padre. La dificultad para decidirlo era que no se podían comparar cosas incomparables. El señor Okonkwo creía a pies juntillas en las cosas del hombre blanco. Y el símbolo del poder del blanco era la palabra escrita, o mejor dicho, la palabra impresa. Una vez, antes de irse a Inglaterra, Obi le había oído hablar con profunda emoción sobre los misterios de la palabra escrita a un pariente analfabeto:

—Nuestras mujeres antes se hacían dibujos negros en el cuerpo con la savia del *uli*. Era bonito, pero duraba poco. Si duraba dos semanas de mercado ya era mucho. Pero algunas veces nuestros mayores hablaban de un *uli* que no se decoloraba, aunque ninguno lo había visto. Hoy lo vemos en la escritura del hombre blanco. Si vas a los tribunales nativos y miras los libros de los escribanos hace veinte años o más, están todavía como el día que los escribieron. No dicen una cosa hoy y otra mañana, o una cosa este año y otra el que viene. En un libro, Okoye hoy no puede ser Okonkwo mañana. En la Biblia, Pilatos dice: «Lo escrito, escrito está». Es un *uli* que nunca se destiñe.

El pariente había asentido con la cabeza y chascado los dedos.

El resultado de la adoración mística de Okonkwo por la palabra escrita era que su habitación estaba llena de libros y periódicos viejos, desde la *Aritmética* de Blackie que había usado en 1908 hasta los libros de Durrell de Obi, desde traducciones de la Biblia al dialecto de Onitsha comidas por las cucarachas, hasta tarjetas del Grupo de Sagrada Escritura de 1920 y de antes. Okonkwo jamás destruía un pedacito de papel. Tenía dos cajas llenas. El resto se conservaba en lo alto de su enorme armario, encima de las mesas, y en cajas en un rincón en el suelo.

La habitación de su madre, por otra parte, estaba llena de cosas mundanas. Tenía una caja con su ropa encima de un taburete. En la otra parte de la habitación había botes de aceite de palma sólida con los que hacía jabón negro. El aceite de palma estaba justo en el lado opuesto a la ropa, porque como siempre decía ella la ropa y el aceite no eran parientes, y así como era el deber de la ropa evitar el aceite, también era deber del aceite hacer todo lo posible por evitar la ropa.

Aparte de estas dos cosas, en la habitación de su madre había también malanga, nueces de cola conservadas en hojas de banano dentro de latas viejas de aceite, o cenizas de palma guardadas en un viejo recipiente cilíndrico que, según le dijeron a

Obi sus hermanas mayores, había contenido una vez galletas. En el segundo estadio de su vida había servido para guardar el agua, hasta que se le hicieron cinco grietas que habían sido cuidadosamente recubiertas con papel antes de dedicarlo a su cometido actual.

Cuando miró hacia la cama de su madre, a Obi se le llenaron los ojos de lágrimas. Ella le tendió la mano y él la tomó: era toda piel y huesos, como el ala de un murciélago.

—No me viste cuando estaba mala —dijo ella—. Ahora estoy tan sana como una jovencita. —Se rió sin alegría—. Tenías que haberme visto hace tres semanas. ¿Cómo va tu trabajo? ¿Están todos los de Umuofia bien por Lagos? ¿Cómo está Joseph? Su madre vino a verme ayer y le dije que ibas a venir.

Obi respondió:

—Sí, están todos bien, sí, sí y sí.

Pero durante toda la conversación le estaba estallando de angustia el corazón.

Más tarde un coro de mujeres que habían estado cantando en un funeral pasó por delante de la casa de Obi, y cuando se enteraron de que él estaba de vuelta decidieron entrar a saludarlo.

El padre de Obi se alzó en armas. Quería echarlas de allí, pero Obi le convenció de que no hacían ningún daño. Fue inquietante la forma en que él se rindió sin protestas y fue a encerrarse en su habitación. La madre de Obi salió a la pieza y se sentó en una silla alta al lado de la ventana. Le gustaba la música, incluso cuando era música pagana. Obi estaba de pie en la puerta principal, sonriendo a las cantantes que habían tomado posiciones en el bien barrido patio. Como respondiendo a una señal, los pájaros ruidosos y coloristas que estaban en la palmera salieron volando a la vez, ausentándose temporalmente de las docenas de nidos marrones que parecían patucos gigantes.

Obi conocía bien a algunas de las cantantes. Pero había otras que se habían casado con hombres del pueblo después de que él se hubiera marchado a Inglaterra. La que dirigía la canción era una de ellas. Tenía una voz fuerte y penetrante que cortaba el aire con su tono afilado. Cantaba un recitado largo antes de que las otras se le unieran. La llamaban «La canción del corazón».

Me llegó una carta el otro día.

Le dije a Mosisi: «Léemela».

Mosisi me dijo: «No sé leer».

Fui a ver a Innocenti y le pedí que me leyera la carta.

Innocenti me dijo: «No sé leer».

Pedí a Simonu que me la leyera. Simonu dijo:

«Esto es lo que la carta me ha pedido que te diga:

“Quien tiene un hermano, que lo conserve cerca del corazón,
porque un pariente no se compra en el mercado,
ni se compra un hermano con dinero”».

¿Estáis todos aquí?

Hele ee he ee he

¿Estáis todos aquí?

Hele ee he ee he

La carta decía

que no se compra un hermano,

Hele ee he ee he

quien tiene hermanos

tiene algo que la riqueza no puede comprar.

Hele ee he ee he

LAS conversaciones serias entre Obi y su padre comenzaron cuando la familia hubo rezado y todos salvo ellos dos se habían ido a la cama. Habían rezado en la habitación de madre, porque ella había vuelto a sentirse muy débil, y siempre que ella no estaba en condiciones de unirse a los demás en el salón su marido dirigía la oración en su habitación.

El demonio y sus obras figuraron ampliamente en las oraciones de aquella noche. Obi tenía la perspicaz intuición de que su relación con Clara era una de esas obras. Pero solo era una sospecha; de momento no había nada que demostrase que a sus padres les había llegado la noticia.

Por la tarde, la capitulación sin lucha del señor Okonkwo sobre la cuestión de la música pagana había sido, claramente, un movimiento táctico. Había permitido ganar terreno al enemigo en una escaramuza menor mientras preparaba sus fuerzas para una gran ofensiva. Después de la oración le dijo a Obi:

—Ya sé que estarás cansado, con toda la distancia que has recorrido. Hay algo importante de la que tenemos que hablar, pero puede esperar a mañana, hasta que hayas descansado.

—Podemos hablar ahora —dijo Obi—. No estoy cansado. Uno se acostumbra a conducir grandes distancias.

—Entonces ven a mi habitación —dijo su padre abriendo camino con la vieja lámpara de bosque.

Había una mesa pequeña en el centro de la habitación. Obi se acordaba de cuándo se había comprado. El carpintero Moses la había construido y la había ofrecido a la iglesia por la cosecha. Después del Servicio de la Cosecha se subastó y se vendió. No recordaba cuánto había pagado su padre por ella, quizá once chelines y tres peniques.

—Creo que a la lámpara no le queda queroseno —dijo su padre agitándola junto a su oído.

Sacó de su armario media botella de queroseno y puso un poco en la lámpara. Su pulso ya no era muy firme y derramó un poco al echarlo. Obi no se ofreció a hacerlo por él porque sabía que su padre ni en sueños permitiría a sus hijos echarle queroseno a la lámpara; no sabían hacerlo en condiciones.

—¿Cómo estaba nuestra gente en Lagos cuando les dejaste? —preguntó.

Estaba sentado en su cama de madera y Obi se sentaba frente a él en un taburete bajo, dibujando rayas con el dedo en la superficie polvorienta de la mesa de la Cosecha.

—Lagos es un sitio muy grande. Puedes recorrer la distancia entre aquí y Abame y todavía estás en Lagos.

—Eso dicen. Pero ¿tenéis reuniones de la gente de Umuofia, no? —Era a medias

una pregunta y una afirmación.

—Sí. Tenemos una reunión, pero solo una vez al mes. —Y añadió—: Uno no siempre encuentra tiempo para ir.

El hecho era que no había vuelto desde noviembre.

—Cierto —dijo su padre—. Pero en una tierra extraña uno tiene que moverse siempre cerca de los suyos.

Obi guardaba silencio; escribía su nombre en el polvo de la mesa.

—Me dijiste algo en una carta hace tiempo sobre una chica a la que veías. ¿Cómo está ahora ese asunto?

—Esa es una de las razones por las que he venido. Quiero que vayamos a ver a su gente y empezar las negociaciones. Ahora no tengo dinero, pero por lo menos podemos empezar a hablar.

Obi decidió que sería fatal sonar tímido o como si estuviera pidiendo excusas.

—Sí —dijo su padre—. Esa es la mejor forma.

Lo pensó un poco y volvió a decir que sí. Después pareció que se le ocurría una cosa.

—¿Conocemos a esa chica y sabemos de dónde viene?

Obi dudó lo justo como para que su padre le hiciera la pregunta de otra manera:

—¿Cómo se llama?

—Es hija de Okeke, uno de Mbaino.

—¿Qué Okeke? Conozco por lo menos a tres. Uno es un maestro retirado, pero no creo que sea ese.

—Ese mismo es —dijo Obi.

—¿Josiah Okeke?

Obi dijo que sí, que se llamaba así.

Su padre se rió. Era el tipo de risa que uno escucha a veces en las máscaras de los espíritus ancestrales. Te saludaba por tu nombre y luego te preguntaba si sabías quién era. Contestabas con una mano tocando el suelo en señal de humildad que no lo sabías, que eso estaba más allá del conocimiento de los hombres. Entonces puede que se riera como si su garganta fuera de metal. Y el significado de la risa estaba claro: «¡No pensaba que fueras a saberlo, miserable gusano humano!». La risa del padre de Obi se fue como vino: sin avisar, sin dejar huellas.

—No te puedes casar con esa chica —dijo simplemente.

—¿Eh?

—He dicho que no te puedes casar con esa chica.

—¿Por qué, padre?

—¿Por qué? Ya te digo yo por qué. Pero antes dime una cosa: ¿averiguaste o intentaste averiguar algo sobre ella?

—Sí.

—¿Y qué averiguaste?

—Que son *osu*.

—Me estás diciendo que ya lo sabías y me preguntas por qué.

—No me parece que eso importe. Somos cristianos.

Aquello tuvo algún efecto, pero nada espectacular. Solo una pausa y un tono levemente más suave.

—Somos cristianos —dijo—. Pero esa no es razón para casarse con una *osu*.

—La Biblia dice que en Cristo no hay libres ni esclavos.

—Hijo mío —dijo Okonkwo—, entiendo lo que dices. Pero esto es más profundo de lo que tú piensas.

—¿Qué es esto? Nuestros padres en sus tinieblas e ignorancia llamaban a un hombre inocente *osu*, alguien a quien se entregaba a los ídolos, y después se convertía en un paria, y sus hijos, y los hijos de sus hijos por siempre. Pero ¿acaso no hemos visto la luz del Evangelio?

Obi usó las mismas palabras que hubiera usado su padre para dirigirse a los paganos del clan.

Hubo un largo silencio. La lámpara ardía ahora demasiado. El padre de Obi bajó la mecha un poco y continuó en silencio. Después de lo que parecieron siglos, dijo:

—Conozco bien a Josiah Okeke.

Miraba fijamente frente a él. Su voz sonaba cansada.

—Le conozco a él y conozco a su mujer. Es un buen hombre y un gran cristiano. Pero es *osu*. Naaman, el capitán de las huestes de Siria, era un hombre honorable y un gran hombre, y también era un hombre poderoso y valiente, pero era leproso.

Esperó para que esta gran y oportuna analogía cayera con todo su peso y terribles implicaciones.

—*Osu* es como la lepra para nuestra gente. Te suplico, hijo mío, que no traigas a nuestra familia la marca de la vergüenza y la lepra. Si lo haces, tus hijos y los hijos de tus hijos hasta la cuarta generación maldecirán tu memoria. Yo no hablo por mí; mis días están contados. Cubrirás de pesar tu cabeza y las cabezas de tus hijos. ¿Quién se casará con tus hijas? Piensa en eso, hijo mío. Somos cristianos, pero no podemos casarnos con nuestras propias hijas.

—Pero todo eso cambiará. Dentro de diez años las cosas serán muy distintas de lo que son ahora.

El anciano sacudió la cabeza apesadumbrado, pero no dijo nada más. Obi repitió otra vez sus argumentos. ¿Qué distinguía a un *osu* de otros hombres o mujeres? Nada salvo la ignorancia de sus antepasados. ¿Por qué debían ellos, que habían visto la luz del Evangelio, permanecer en la ignorancia?

Durmió muy poco aquella noche. Su padre no había sido tan difícil como había esperado. Todavía no le había ganado, pero le había debilitado. Obi se sentía

extrañamente feliz y animado. No había pasado por nada semejante en su vida. Estaba acostumbrado a hablar a su madre como a una igual, incluso desde la niñez, pero su padre siempre había sido diferente. No es que fuera distante con su familia, pero había algo en él que recordaba a los patriarcas, esos gigantes tallados en granito. La extraña felicidad de Obi no tenía solo que ver con el pequeño terreno que había conquistado en la discusión, sino también con el contacto humano directo que había tenido con su padre por primera vez en sus veintiséis años.

Tan pronto como se despertó por la mañana fue a ver a su madre. Eran las seis en punto por su reloj, pero todavía estaba oscuro. Caminó a tientas hasta su habitación. Estaba despierta, porque preguntó quién era en cuanto entró en la habitación. Fue a sentarse en su cama y sintió su fiebre en la palma de la mano. No había dormido mucho por el dolor de estómago. Dijo que ya había perdido la fe en la medicina europea y que iba a ver a un médico del país.

En ese momento el padre de Obi hizo sonar su campanilla para convocar a la familia a la oración de la mañana. Se sorprendió cuando entró con su lámpara y vio que Obi ya estaba allí. Eunice vino envuelta en su lapá. Era la más pequeña y la única que vivía en casa. A lo que había llegado el mundo. Los hijos dejaban en casa a sus padres ancianos y se dispersaban en todas direcciones en busca de dinero. Era duro para una mujer que tenía ocho hijos. Era como tener un río y lavarse las manos con saliva.

Detrás de Eunice vinieron Joy y Mercy, dos parientas lejanas a las que sus familias habían enviado con la señora Okonkwo para que aprendieran a llevar una casa.

Cuando volvieron a estar solos, ella escuchó pacientemente y en silencio hasta el final. Luego se incorporó y dijo:

—Una noche tuve un mal sueño, uno tremendo. Estaba tumbada en una cama con una colcha blanca y sentí algo escalofriante en la piel. Miré la cama y vi que un enjambre de termitas blancas se la habían comido, y también el colchón y la colcha. Sí, las termitas se habían comido la cama delante de mí.

Sobre la cabeza de Obi cayó un sentimiento frío como el rocío.

—Por la mañana no le conté a nadie el sueño. Lo llevé en mi corazón, preguntándome qué querría decir. Cogí la Biblia y leí los pasajes del día. Me dio fuerzas, pero mi corazón no estaba aún en paz. Por la tarde tu padre vino con una carta de Joseph en la que le decía que te ibas a casar con una *osu*. Vi el sentido de mi muerte en el sueño. Después se lo conté a tu padre. —Se detuvo y respiró hondo—. Yo no tengo nada que decirte en este asunto salvo una cosa. Si quieres casarte con esa chica espera a que yo ya no esté. Si el Señor escucha mis plegarias, no tendrás que esperar mucho.

Se detuvo otra vez. Obi estaba aterrado por la transformación que había sufrido.

Estaba rara, como si de repente se le hubiera ido la cabeza.

—¡Madre!

La llamó como si se estuviera yendo. Levantó la mano pidiendo silencio.

—Pero si lo haces mientras yo estoy viva, tendrás mi sangre sobre tu cabeza. Porque me mataré.

Se dejó caer completamente agotada.

Obi pasó todo el día encerrado en su habitación. De vez en cuando se quedaba dormido unos minutos. Después le despertaban las voces de los vecinos y los conocidos que venían a verle. Pero él se negó a ver a nadie. Le dijo a Eunice que se sentía mal por el viaje tan largo. Sabía que era una excusa particularmente mala. Si estaba mal, razón de más para que le vieran. En todo caso, se negó a dejarse ver y los vecinos y conocidos se sintieron heridos. Algunos lo dejaron bien claro allí mismo, otros hicieron como si no pasara nada. Una anciana incluso prescribió una cura para la enfermedad, aunque no había visto al paciente. Los viajes largos, dijo, dan muchos problemas. Lo que había que hacer era tomar una purga para limpiar bien el vientre.

Obi no apareció para la oración de la tarde. Oyó la voz de su padre como si le llegara desde una enorme distancia, y durante largo rato. Cuando parecía que había terminado, volvía a alzar la voz. Finalmente Obi escuchó varias voces rezando el Padrenuestro. Pero todo sonaba lejano, como suenan las voces y los ruidos de los insectos en la cabeza de un hombre con fiebre.

Su padre entró en la habitación con su lámpara de bosque y le preguntó cómo se sentía. Después se sentó en la única silla, y agitó la lámpara para ver si tenía queroseno. El sonido fue satisfactorio y bajó la mecha, hasta que el cuerpo de la lámpara casi se tragó la llama. Obi yacía de espaldas inmóvil, mirando al techo de bambú, del modo en que le habían dicho de niño que no debía dormir. Porque decían que si dormía boca arriba y una araña pasaba sobre él tendría malos sueños.

Estaba sorprendido ante las tonterías que se le pasaban por la cabeza en aquel momento, que era la mayor crisis de su vida. Esperó a que su padre hablara para empezar otra pelea y tratar de justificarse. No solo le preocupaba lo que había pasado, sino el descubrimiento de que no tenía ningún argumento firme en su interior para retarle honestamente. Había estado todo el día intentando concitar su ira y su convicción, pero era lo bastante honrado consigo mismo para darse cuenta de que la respuesta que lograba, sin importar lo violenta que pudiera parecer a veces, no era genuina. Venía desde la periferia, y no desde el centro, como el espasmo en la pata de una rana muerta cuando se le aplica corriente. Pero no podía aceptar el estado presente de su mente como definitivo, así que buscó algo que pudiera desencadenar la inevitable reacción. Quizá otra discusión con su padre, más violenta que la primera; porque era cierto, según los igbo, que un cobarde que ve a otro al que puede derrotar, siente hambre de lucha. Él había descubierto que podía derrotar a su padre.

Pero el padre de Obi estaba sentado en silencio, declinando luchar. Obi se volvió de lado y suspiró hondamente. Pero aun así su padre no dijo nada.

—Volveré a Lagos pasado mañana —dijo Obi finalmente.

—¿No habías dicho que pasarías una semana con nosotros?

—Sí, pero creo que será mejor que vuelva antes.

Después de esto hubo otro largo silencio. Entonces su padre habló, pero no sobre el asunto que ambos tenían en mente. Empezó bajo y despacio, tan bajo que sus palabras eran apenas audibles. Parecía como que en realidad no estuviera hablando para Obi. Tenía la cara vuelta hacia un lado, así que Obi solo veía un vago perfil.

—No era más que un niño cuando dejé la casa de mi padre para irme con los misioneros. Él me maldijo. Yo no estaba allí pero me lo dijeron mis hermanos. Cuando un hombre maldice a su propio hijo es algo terrible. Y yo era su primogénito.

Obi no sabía nada de la maldición. A plena luz del día y en circunstancias más felices no le hubiera dado ninguna importancia. Pero aquella noche se sintió extrañamente conmovido por la pena.

—Cuando me dijeron que se había ahorcado dije que quien a hierro mata a hierro muere. El señor Braddeley, el blanco que era nuestro maestro, me reconvino por decir eso y me dijo que fuera a casa para el funeral. Me negué a ir. El señor Braddeley pensó que yo lo decía por el mensajero blanco al que mi padre había matado. No sabía que yo hablaba de Ikemefuna, con el que me crié en la choza de mi madre hasta que llegó el día en que mi padre lo mató con sus propias manos.

Hizo una pausa para ordenar sus pensamientos, se volvió en la silla y se puso mirando hacia la cama en la que yacía Obi.

—Te digo esto para que te hagas una idea de lo que significaba en aquellos tiempos hacerse cristiano. Yo dejé la casa de mi padre, y él me maldijo. Pasé una prueba de fuego para convertirme en cristiano. Porque sufrí, entiendo el cristianismo... mucho mejor de lo que tú lo entenderás nunca.

Se detuvo de pronto. Obi pensó que estaba haciendo una pausa, pero ya había terminado.

Obi sabía la historia de Ikemefuna, que había sido entregado a Umuofia por sus vecinos como compensación por un crimen. El padre de Obi e Ikemefuna se hicieron inseparables. Pero un día el oráculo de las colinas decretó que había que asesinar al muchacho. El abuelo de Obi quería de verdad al chico. Pero cuando llegó el momento fue su machete el que cayó sobre él. Incluso en aquellos tiempos algunos de los mayores dijeron que era un gran error que un hombre levantara su mano contra un niño que le llama padre.

OBI hizo los ochocientos y pico kilómetros entre Umuofia y Lagos en un estado de estupor. No había parado a comer en Akure, como era normal para los viajeros que iban del este de Nigeria a Lagos, sino que había conducido entumecido, un kilómetro tras otro, de la mañana a última hora de la tarde. El viaje solo tuvo un momento de interés, justo antes de Ibadán. Había tomado deprisa una curva y se encontró de cara con dos furgonetas, una intentando adelantar a la otra. A Obi le faltaba medio segundo para estrellarse de frente. En ese medio segundo giró el volante y se salió por la izquierda hacia el bosque.

Una de las furgonetas se paró, pero la otra siguió su camino. El conductor y los pasajeros de la furgoneta buena se apresuraron a ver si le había pasado algo. Le ayudaron a empujar el coche, para alegría de las pasajeras, que todavía estaban gritando y llevándose las manos al pecho. Obi solo empezó a temblar cuando el coche ya estaba otra vez en la carretera.

—Tienes suerte, oh —dijeron el conductor y los pasajeros, algunos en yoruba.

—Esto conductores con prisas —dijo él en pidgin, meneando la cabeza con pesar.

—¡Olorun!^[10]

El asunto quedó en manos de Dios.

—Pero qué suerte, oh, que no había árbol de este lado de carretera. Al llegar en casa da gracias tu Dios.

Obi examinó su coche y vio que no había sufrido ningún daño salvo un par de rasguños.

—¿Vas en Lagos? —preguntó el conductor.

Obi asintió, todavía incapaz de hablar.

—Toma vida con calma, jeje. Esta carretera es demonio. Si ves accidente como vimos por Abeokuta... ¡Olorun!

Las mujeres hablaban nerviosas, con los brazos cruzados sobre el pecho, mirando a Obi como si fuera un milagro. Una de ellas repitió en pidgin que Obi tenía que dar gracias a Dios. Un hombre asintió:

—Ni poder de Dios hace ahora hablar.

De hecho Obi no estaba hablando, pero el argumento era efectivo de todos modos.

—¡Esto conductores! No manera con ellos.

—No todos conductores malos —dijo el buen conductor—. Ese era loco. Le hice señal para no adelantar, pero iba *fiam*.

Esta última palabra, combinada con cierto movimiento del brazo, significaba «muy rápido».

El resto del viaje transcurrió sin incidentes. Estaba oscureciendo cuando Obi llegó

a Lagos. El enorme cartel que da la bienvenida a los conductores al territorio federal de Lagos le despertó una sensación de pánico. La última noche que pasó en casa había estado dándole vueltas a cómo se lo iba a contar a Clara. No iba a ir primero a su piso y volver después para contárselo. Era mejor parar de camino y recogerla. Pero cuando llegó a Yaba, donde ella vivía, decidió que era mejor ir primero a casa y volver más tarde. Así que pasó de largo.

Se lavó y se cambió de ropa. Después se sentó en el sofá y por primera vez se sintió realmente cansado. Se le ocurrió otra cosa. Christopher quizá pudiera aconsejarle. Se subió al coche sin saber muy bien si iba a casa de Clara o de Christopher. Pero al final fue a la de Clara.

De camino se encontró con una larga procesión de hombres, mujeres y niños vestidos con túnicas blancas recogidas en la cintura con fajines rojos y amarillos. Las mujeres, que eran la mayoría, llevaban pañuelos blancos en la cabeza que les bajaban por la espalda. Cantaban, daban palmas y bailaban. Uno de los hombres dictaba el ritmo con una campanilla. Estaban parando todo el tráfico, por lo que Obi les estuvo íntimamente agradecido. Pero los taxistas, impacientes, les estaban dedicando una serenata de pitidos ensordecedores mientras se abrían paso entre ellos poco a poco. En la cabecera, dos niños con gorros blancos llevaban una pancarta que anunciaba la Eterna y Sagrada Orden del Querubín y el Serafín.

Obi había hecho lo posible para que el asunto sonara intrascendente. Un retraso y nada más. Todo saldría bien al final. La enfermedad de su madre le había tocado la cabeza pero pronto lo superaría. Y su padre estaba prácticamente ganado.

—Lo único que tenemos que hacer es quedarnos un tiempo tranquilos.

Clara le había escuchado en silencio, rozando su anillo de compromiso con los dedos de la mano derecha. Cuando él dejó de hablar le preguntó si había terminado. Él no respondió.

—¿Has terminado? —le preguntó otra vez.

—Si he terminado ¿qué?

—Tu historia.

Obi suspiró por toda respuesta.

—¿No te parece...? En fin, no importa. Solo me arrepiento de una cosa. Yo tendría que haberlo sabido. Pero no importa.

—¿De qué hablas, Clara...? No seas boba —dijo mientras ella se quitaba el anillo del dedo y se lo tendía.

—Si no lo coges tú, lo tiro por la ventana.

—Hazlo.

No tiró el anillo, pero salió afuera hasta el coche y lo metió en la guantera. Volvió y, extendiendo su mano con impertinencia burlona, le dijo:

—Muchas gracias por todo.

—Ven y siéntate, Clara. Vamos a no portarnos como niños. Y, por favor, no me lo pongas más difícil.

—Eres tú el que se lo está poniendo difícil. ¿Cuántas veces te he dicho que nos estábamos engañando? Pero siempre me dijiste que estaba portándome como una cría. De todas formas, da igual. No hace falta hablar más.

Obi se volvió a sentar. Clara se apoyó en la ventana mirando hacia fuera. Obi empezó a decir algo, pero lo dejó después de un par de palabras. Al cabo de otros diez minutos de silencio Clara le preguntó si no sería mejor que se fuera.

—Sí —dijo él, y se levantó.

—Buenas noches.

Ella no se volvió a mirarle. Le estaba dando la espalda.

—Buenas noches —dijo él.

—Tenía que decirte una cosa, pero no importa. Tendría que haber tenido más cuidado.

A Obi se le encogió el corazón.

—¿Qué?

—Bah, nada. Olvídalo, sabré cómo salir de esta.

Obi se había quedado de piedra con la reacción de Christopher ante la historia. Había dicho las cosas menos misericordiosas, y le había estado interrumpiendo todo el rato. Tan pronto como Obi mencionó la oposición de sus padres le quitó la palabra.

—¿Sabes, Obi?, yo tenía ganas de hablarlo contigo. Pero he aprendido a no meterme entre un hombre y una mujer, especialmente con un tipo como tú, que tiene esas ideas maravillosas sobre el amor. Un amigo vino a verme hace un año y me pidió opinión sobre la chica con la que se quería casar. Yo la conocía muy pero que muy bien. Es... vaya, muy abierta. Así que le dije a mi amigo: «No deberías casarte con esta chica». ¿Sabes lo que hizo el muy idiota? Fue y le contó a la chica lo que yo había dicho. Por eso no te dije nada sobre Clara. Puedes decir que no soy muy abierto de mente, pero no creo que hayamos llegado al punto en el que podamos permitirnos el lujo de ignorar nuestras costumbres. Habla de educación y de lo que quieras, pero yo no me voy a casar con una *osu*.

—Ahora no estamos hablando de con quién te vayas a casar tú.

—Lo siento. ¿Y qué fue lo que dijo tu madre?

—Me acojonó. Me dijo que esperase hasta que ella estuviera muerta o que si no se mataría ella.

Christopher se rió.

—Había una mujer en mi pueblo que al volver un día del mercado se encontró con que sus dos hijos se habían caído a un pozo y se habían ahogado. Se pasó todo ese día y el siguiente llorando y diciendo que quería tirarse al pozo. Pero por supuesto los vecinos la sujetaban cada vez que se ponía de pie. Al cabo de tres días su marido

ya estaba harto, y dijo que la dejaran hacer lo que quisiera. Ella fue corriendo hasta el pozo, pero cuando llegó allí le echó una mirada, metió primero el pie derecho, después lo sacó y metió el izquierdo...

—Muy interesante —dijo Obi interrumpiéndole—. Pero puedo asegurarte que mi madre tenía toda la intención de hacer lo que dijo. De todas formas, lo que vine a consultarte es otro asunto. Creo que está embarazada.

—¿Quién?

—No seas imbécil. Clara.

—Vaya, vaya, eso va a ser un problema.

—¿Sabes de algún...?

—¿Médico? No, pero sé que James fue a ver a uno hace poco cuando tuvo problemas. Mira: le pregunto mañana y te llamo.

—¡No llames a mi teléfono!

—¿Por qué? Lo único que voy a hacer es darte una dirección. Te va a costar pasta. Dirás que soy cruel, pero mi actitud ante estos casos es muy otra. Cuando yo estaba en el este, una chica vino y me dijo: «No me viene la regla». Y yo le dije: «Pues ve tú a buscarla». Suena cruel, pero... No sé. Yo lo veo así: ¿cómo sé que soy yo el responsable? Yo me aseguro de tomar precauciones. Eso es todo. Yo sé que en tu caso es distinto. Clara no tenía tiempo para nadie más. Pero incluso así...

Debía de haber algo en Obi que hizo al viejo médico sentirse incómodo. Al principio parecía estar dispuesto, y de hecho le hizo una o dos preguntas amables. Después se retiró a un cuarto interior y cuando volvió era otro hombre.

—Lo siento, joven, pero no puedo ayudarle. Lo que me está pidiendo es un delito por el que podría ir a la cárcel y perder mi licencia. Pero además yo tengo que guardar mi reputación: veinte años de práctica sin un solo borrón. ¿Cuántos años tiene usted?

—Veintiséis.

—Así que usted tenía seis años cuando yo empecé a ejercer la medicina. Y en todos estos años no he tenido nada que ver con estos asuntos turbios. Y, en todo caso, ¿por qué no se casa con la chica? Es muy guapa.

—Yo no quiero casarme con él —dijo Clara con resentimiento; era lo primero que decía desde que habían llegado.

—¿Y qué tiene de malo? Me parece un joven muy agradable.

—He dicho que no me voy a casar con él. ¿No es suficiente?

Lo dijo casi a gritos, y salió corriendo de la consulta. Obi salió tras ella en silencio y se subieron al coche. No cruzaron palabra hasta que llegaron a casa del siguiente médico que le habían recomendado a Obi.

Era joven y tenía aspecto de ir al grano. Dijo que no sentía un gusto especial por el tipo de trabajo que le estaban pidiendo.

—Esto no es medicina —dijo—. No me pasé siete años en Inglaterra para estudiar eso. En todo caso, lo haré si me pagas la tarifa. Treinta libras. Antes de que yo haga nada. No quiero cheques. En metálico. ¿Qué dices?

Obi le preguntó si no se conformaba con algo menos de treinta libras.

—Lo siento, pero tengo precio fijo. Es una operación menor, pero es un delito. En esto todos somos delincuentes. Yo estoy corriendo un gran riesgo. Marchaos y volved mañana a las dos con el dinero. —Se frotó las manos de una manera que a Obi le pareció siniestra. Le dijo a Clara—: Si vas a venir, no comas nada.

Cuando se iban le preguntó a Obi:

—¿Por qué no te casas con ella?

No recibió respuesta.

EL problema más inmediato era cómo conseguir treinta libras antes de las dos del día siguiente. También estaban las cincuenta libras que le tenía que devolver a Clara, pero eso podía esperar. Lo más sencillo sería acudir a un prestamista, recibir treinta libras y firmar un recibo por sesenta. Pero Obi prefería suicidarse antes de ir a un prestamista.

Ya había mirado cuánto le quedaba del dinero que había llevado a casa. Fue a su caja y lo volvió a mirar. Había doce libras en billetes y algo de suelto que llevaba en el bolsillo. Solo le había dado cinco libras a su madre y nada a su padre puesto que, tal y como estaban las cosas, tenía que devolverle las cincuenta libras a Clara cuanto antes.

No tendría sentido pedirle nada a Christopher. Su salario nunca llegaba más allá del día diez del mes. Lo único que le libraba de morir de hambre era el brillante sistema que había desarrollado junto con su cocinero. A primeros de mes, Christopher le daba todo el «dinero de compra» para el mes.

—Hasta final de mes —le decía— mi vida está en tus manos.

Obi le preguntó una vez qué pasaría si el hombre se largara con el dinero a mitad de mes. Christopher le dijo que estaba seguro de que no lo haría. Era insólito que un «amo» tuviera tanta confianza en su *boy*, incluso cuando, como en este caso, el *boy* tenía el doble de edad que el amo y le trataba como a un hijo.

En su desesperación, Obi pensó incluso en el presidente de la Unión Progresista de Umuofia. Pero antes prefería ir a un prestamista. Además de que el presidente querría saber por qué un joven funcionario necesitaba tomar dinero prestado de un hombre con familia que vivía con la mitad de su sueldo, parecería que Obi había aceptado el principio de que sus conciudadanos podían decirle con quién no debía casarse.

—Todavía no he caído tan bajo —dijo en voz alta.

Finalmente se le ocurrió una buena idea. Quizá no fuera tan buena si te parabas a pensarlo, pero era mejor que las otras. Se lo pediría al Excelentísimo Sam Okoli. Le diría con franqueza para qué necesitaba el dinero y que se lo devolvería en tres meses. O quizá no debiera decirle para qué lo necesitaba. Era injusto con Clara decírselo a una persona más de las que fuera absolutamente necesario. Se lo había dicho a Christopher porque pensó que él sabría a qué doctores acudir. Tan pronto como volvió a su piso aquella tarde se le ocurrió que no había insistido en la necesidad de mantener el secreto y se precipitó hacia el teléfono. Solo había un teléfono para los seis pisos del edificio, pero estaba justo al lado de su puerta.

—Hola. Sí, Chris. Se me olvidó comentártelo. Cuando le pidas a ese tipo las direcciones no le digas para quién son... No es por mí, pero ya sabes...

Christopher le dijo, afortunadamente en igbo, que el embarazo no se tapaba con una mano. Obi le dijo que no fuera un maldito idiota.

—Sí, mañana por la mañana. En la oficina no, aquí. No empiezo a trabajar hasta la semana que viene, el miércoles. Ah, sí. Muchas gracias. Hasta luego.

El doctor contó cuidadosamente el fajo de billetes, lo dobló y se lo metió en el bolsillo.

—Vuelve a las cinco de la tarde —le dijo a Obi a modo de despedida.

Pero cuando Obi volvió a su coche no fue capaz de arrancar. Se le venían a la mente toda clase de pensamientos aterradores. No creía en premoniciones ni cosas así, pero de algún modo sentía que no iba a volver a ver a Clara nunca más.

Mientras estaba sentado en el asiento del conductor, paralizado por sus pensamientos, el doctor y Clara salieron y se montaron en un coche que estaba aparcado en la carretera. El doctor debió de decir algo acerca de él porque Clara miró una vez en su dirección e inmediatamente apartó la vista. Obi habría querido salir del coche y gritar: «¡Para! Vamos a casarnos ahora mismo», pero sabía que no era posible. El coche del doctor arrancó.

No podía haber pasado más de un minuto, dos como mucho. Obi tomó una decisión. Arrancó su coche para seguir al del médico y detenerlos. Pero ya no se les veía. Intentó primero un cruce y después otro. Iba a toda velocidad por una calle principal, y un autobús rojo enorme le esquivó por poco. Dio marcha atrás, siguió adelante, giró a izquierda y derecha como una mosca aterrorizada atrapada tras el parabrisas. Ciclistas y peatones le maldijeron. En un instante todo Lagos se alzó en una sonora protesta: «¡SENTIDO ÚNICO! ¡SENTIDO ÚNICO!». Paró, retrocedió en una bocacalle y siguió en dirección contraria.

Después de una hora de este ejercicio loco y sin sentido, Obi se detuvo en un lado de la calzada. Buscó en el bolsillo derecho, y después en el izquierdo, un pañuelo. Al no encontrarlo, se frotó los ojos con la mano. Después apoyó los brazos en el volante y puso la cabeza sobre ellos. Su cara y sus manos se fueron mojando en las áreas de contacto, y chorreando sudor. Era la peor hora del día y la peor época del año, el último par de meses antes de la estación lluviosa. El aire estaba muerto, pesado y caliente. Caía sobre la tierra como un manto de plomo. Dentro del coche de Obi era todavía peor. No había bajado las ventanillas de atrás y el aire estaba atrapado en su interior. Él ni siquiera lo notaba, pero si lo hubiera notado tampoco habría hecho nada.

A las cinco en punto volvió a la clínica. La enfermera le dijo que el doctor no estaba. Obi le preguntó si sabía dónde había ido. La chica le contestó con un tajante «no».

—Tengo una cosa muy importante que decirle. ¿No podría tratar de localizármelo o...?

—No sé adónde ha ido. —Su tono era tan dulce como el de una madera dura tronchándose bajo el hacha.

Obi esperó durante una hora y media hasta que volvió el doctor... sin Clara. Su cuerpo estaba cubierto de sudor.

—Ah, ¿estás aquí? —le preguntó el médico—. Vuelve mañana por la mañana.

—¿Dónde está ella?

—No te preocupes, no le va a pasar nada. Pero quiero tenerla en observación esta noche por si surgen complicaciones.

—¿No puedo verla?

—No. Mañana por la mañana. Eso, si ella quiere verte. Ya sabes que las mujeres son criaturas extrañas.

Le dijo a su criado, Sebastian, que no hiciera cena.

—¿Amo no bien?

—No.

—Lo siento, señor.

—Gracias. Vete ahora si quieres. Estaré bien por la mañana.

Quería un libro para distraerse, así que fue a la estantería. El pesimismo de A.E. Housman le resultó otra vez irresistible. Lo cogió y se lo llevó a su habitación. El libro se abrió por la página en la que él había metido el papel donde había escrito el poema «Nigeria» dos años atrás en Londres.

Dios bendiga a nuestra noble patria, gran país de sol brillante, donde los hombres valientes siguen los caminos de la paz y luchan por ganar su libertad. Ojalá conservemos nuestra pureza, nuestro celo por la vida y la alegría.

Dios bendiga a nuestros compatriotas y a las mujeres en todas partes. Que los enseñe a caminar unidos para construir nuestra amada nación, olvidando la región, la tribu o el habla, y siempre entendiéndose entre sí.

(Londres, julio de 1955).

Estrujó despacio y sin hacer ruido el papel en la palma de su mano izquierda hasta hacer una bolita, la tiró al suelo y empezó a volver las páginas del libro hacia atrás y hacia delante. Al final no leyó ningún poema. Dejó el libro en la mesilla de noche.

El doctor estaba atendiendo a nuevos pacientes por la mañana. Estaban sentados en dos largas filas en el pasillo e iban entrando uno a uno tras las puertas verdes ciegas de la consulta. Obi le dijo a la enfermera que él no era un paciente y que tenía una cita urgente con el doctor. No era la misma enfermera del día anterior.

—¿Qué clase de cita tienes con doctor si no eres paciente? —preguntó.

Algunos de los pacientes de la sala de espera se rieron y aplaudieron su ingenio.

—¿Hombre no enfermo viene ver doctor? —repitió ella para quienes se hubieran perdido la sutileza de la pregunta inicial.

Obi recorrió el pasillo de arriba abajo hasta que volvió a sonar el timbre del médico. La enfermera trató de interponerse en su camino. La empujó y siguió adelante. Ella entró tras él gritando que se había saltado la cola. Pero el doctor no le hizo ningún caso.

—¡Ah, sí! —le dijo a Obi después de un segundo o dos de vacilación, como si estuviera tratando de recordar dónde había visto antes aquella cara—. Está en un hospital privado. Ya le dije que algunas tienen complicaciones. Pero no hay nada de lo que preocuparse. Un amigo mío la está cuidando.

Le dio el nombre del hospital.

Cuando Obi salió, uno de los pacientes estaba esperando para tener unas palabras con él.

—¿Tú piensas que porque gobierno te da coche tú haces lo que quieres? Ves que todos estamos en cola y tú entras igual. ¿Tú crees que es juego?

Obi pasó de largo sin decirle una palabra.

—Bobo. Piensa porque tiene coche hace lo que da la gana. ¡Bestia sin nación!

En el hospital, una enfermera le dijo a Obi que Clara estaba muy enferma y que no se le permitía recibir visitas.

—¿HA pasado bien las vacaciones? —preguntó el señor Green cuando vio a Obi.

Fue tan inesperado que, por un momento, Obi no pudo responderle. Pero al final se las arregló para decir que sí, gracias.

—Me pasma que los nigerianos tengan la desfachatez de solicitar vacaciones locales. La idea de las vacaciones locales era dar un respiro a los europeos para que pudieran ir a sitios templados como Jos o Buea. Y hoy día está totalmente obsoleta. Pero que un africano como usted, que de entrada ya tiene demasiados privilegios, pida dos semanas para irse de juerga... me dan ganas de llorar.

Obi le respondió que personalmente no le importaría que se abolieran las vacaciones locales, pero que el tomar esa decisión era asunto del gobierno.

—Es la gente como usted la que debería hacer tomar decisiones al gobierno. Es lo que yo siempre he dicho. No hay un solo nigeriano que esté dispuesto a prescindir del menor privilegio en interés de su país. Desde sus ministros hasta el último oficinista. Y luego quieren el autogobierno...

La charla fue interrumpida por una llamada de teléfono para el señor Green. Volvió a su oficina para contestarla.

—Tiene mucha razón en lo que dice —aventuró Marie después de un prudente intervalo.

—Estoy seguro de que la tiene.

—No me refiero a ti, por supuesto. Pero, francamente, aquí hay demasiadas vacaciones. No es que a mí me importe, claro. En Inglaterra yo nunca tengo más que dos semanas de vacaciones al año. Pero aquí... ¿Cuánto es? ¿Cuatro meses?

En ese momento volvió el señor Green.

—No es culpa de los nigerianos —dijo Obi—. Vosotros inventasteis estas condiciones tan estupendas cuando todos los europeos se convertían automáticamente en funcionarios de primera y todos los africanos ocupaban automáticamente los puestos inferiores. Ahora que algunos de nosotros estamos empezando a ocupar cargos, vosotros cambiáis el rumbo y nos echáis la culpa a nosotros.

El señor Green pasó en dirección a la oficina del señor Omo.

—Ya —dijo Marie—, pero ya va siendo hora de que alguien acabe con todas las fiestas musulmanas.

—Pero resulta que Nigeria es un país musulmán.

—No lo es; te refieres al norte.

Siguieron discutiendo durante un rato y después Marie cambió bruscamente de tema.

—Obi, tienes pinta de estar agotado.

—No he estado muy bien.

—Lo siento. ¿Qué ha sido? ¿Fiebre?

—Un brote de malaria.

—¿Por qué no tomas Paludrine?

—Es que a veces se me olvida.

—¡Vaya! —dijo ella—. Debería darte vergüenza. ¿Y qué dice tu prometida? Es enfermera, ¿no?

Obi asintió.

—Si fuera tú, iría al médico. Tienes mala cara, créeme.

Más tarde esa misma mañana, Obi fue a consultar al señor Omo sobre un anticipo del sueldo. El señor Omo era la máxima autoridad en Ordenanzas Generales e Instrucciones Financieras, y debería ser capaz de decirle si tal cosa era posible y con qué condiciones. Había tomado una decisión firme con respecto a las cincuenta libras de Clara. Quizá superasen la presente crisis o quizá no, pero de todos modos debía devolverle el dinero.

Al final había logrado verla en el hospital. Pero tan pronto como ella le vio, volvió la cabeza y se puso contra la pared. Había más enfermos en el pabellón y la mayoría vieron lo que había ocurrido. Obi no había pasado más vergüenza en su vida. Se marchó inmediatamente.

El señor Omo le dijo que era posible darle a un funcionario un anticipo del sueldo en ciertas condiciones especiales. Por la forma en que lo dijo, parecía que las condiciones especiales tuvieran que ver con su divertimento personal.

—Y, por cierto —dijo dejando de lado el asunto de los anticipos—, tienes que presentar una declaración de gastos de las veinticinco libras y devolver lo que te haya sobrado.

Obi no había sido consciente de que la asignación no era un dinero regalado que pudiera gastar a su antojo. Ahora descubrió horrorizado que, con veinticinco libras como límite, podía reclamar cierta cantidad por cada kilómetro del viaje de ida y vuelta. El señor Omo lo llamaba reclamación «sobre una base realista».

Obi volvió a su mesa para hacer algunas cuentas, usando una tabla de distancias. Descubrió que el viaje de ida y vuelta a Umuofia salía solo por quince libras. «¡Qué mierda!», pensó. El señor Omo se lo tendría que haber avisado cuando le dio las veinticinco. De todas formas, no había nada que hacer. No podía de ninguna manera devolver las diez libras. Tendría que declarar que había pasado las vacaciones en Camerún. Una pena.

El resultado fundamental de esta crisis en la vida de Obi fue que le había hecho examinar por primera vez de forma muy crítica las motivaciones de sus actos. Y al hacerlo había descubierto muchas cosas que le parecieron puras tonterías. Por ejemplo, el asunto de las veinte libras mensuales que tenía que devolverle a la Unión, y que era en el fondo la raíz de todos sus problemas. ¿Por qué no se había tragado el

orgullo y aceptado los cuatro meses de gracia que le habían ofrecido, aunque de mala gana? ¿Acaso podía permitirse un hombre en su posición esa clase de orgullo? ¿No era uno de los dichos de su gente que un hombre no debería tragarse sus flemas por orgullo y urbanidad?

Habiendo contemplado la situación bajo esta perspectiva, Obi decidió suspender el pago a la Unión hasta que estuviera en condiciones de hacerlo. La pregunta era: ¿debería ir a comunicárselo personalmente? Decidió que no. No les daría otra oportunidad de meterse en sus asuntos. Dejaría de pagar y, si le preguntaban por qué, diría que tenía compromisos familiares. Todo el mundo entendería lo de los compromisos familiares, y le apoyarían. Y, si no, mala suerte. Pero no llevarían a un allegado a juicio, al menos no por una razón así.

Mientras le daba vueltas a estas cosas en su mente, se abrió la puerta y entró un recadero. Obi saltó involuntariamente para aceptar un sobre. Lo miró, le dio la vuelta, y vio que no había sido abierto. Lo puso en el bolsillo de su camisa y se hundió en el asiento. El recadero había desaparecido tan pronto como entregó la carta.

La noche anterior había tomado la decisión de escribir a Clara. Pensando otra vez en el incidente del hospital, Obi había llegado a la conclusión de que su enfado no estaba justificado. O, en cualquier caso, Clara tenía más razones para estar enfadada que él. Seguramente estaba pensando que si estaba viva no era precisamente gracias a él. Ella, por supuesto, no podía saber cuántas noches en vela y cuántos días de ansiedad había pasado él. Pero, incluso si lo supiera, ¿la impresionaría? ¿Qué consuelo le ofrecía a un hombre muerto el saber que su asesino estaba purgando su crimen, vestido de estameña y entre cenizas?

Obi, que en aquellos días se pasaba el tiempo metido en la cama, había salido para sentarse ante su escritorio. No le resultaba fácil escribir cartas. Componía cada frase en su mente antes de ponerla por escrito. Algunas veces se pasaba hasta diez minutos con la primera frase. Quería decirle a Clara: «Siento mucho lo que ha ocurrido. Ha sido todo culpa mía...». Pero descartó esta posibilidad. Semejante autorreproche era una pura farsa. Al final escribió:

Comprendo que no quieras volver a ponerme la vista encima nunca más. Te he hecho un daño enorme. Pero no puedo creer que todo haya terminado. Si me das otra oportunidad, no volveré a fallarte jamás.

Leyó la carta una y otra vez. Después volvió a escribirla entera, cambiando «no puedo creer» por «soy incapaz de creer».

Salió de casa muy temprano para poder dejar la carta en el hospital antes de presentarse en el trabajo a las ocho. No se atrevió a entrar en el pabellón; esperó fuera hasta que apareció una enfermera. Había ya largas colas de pacientes esperando frente al consultorio. El aire olía a fenol y a medicinas extrañas. Quizá el hospital no estaba realmente sucio, aunque daba la impresión de estarlo. Hacia su derecha, una

mujer embarazada estaba vomitando en un desagüe abierto. Obi no quería mirar el vómito, pero se le iban los ojos hacia allí.

Pasaron dos limpiadoras y Obi oyó que una le decía a la otra:

—¿De qué está mala enfermera?

—No sé, oh —contestó la otra como si la hubieran acusado de ser cómplice—. Estás un día mala y mañana bien...

—Dicen que han hecho barriga.

EN total, Clara estuvo cinco semanas en el hospital. En cuanto tuvo el alta, le dieron un permiso de setenta días y se fue de Lagos. Obi se enteró por Christopher, que se había enterado por su novia, que era enfermera en el Hospital General.

Tras un nuevo fracaso, a Obi le habían aconsejado que no intentara ver a Clara por el momento.

—Se le pasará —le dijo Christopher—. Dale tiempo.

Después citó en igbo las palabras que le dijo la pulga a sus hijos cuando los rociaron con agua caliente. Que no se desalentaran porque todo lo que está caliente tarde o temprano se enfría.

El plan de Obi de ingresarle cincuenta libras en su cuenta se había quedado en nada por varias razones. Un día había recibido un sobre certificado. Se preguntó quién podía enviarle una carta certificada. Resultó ser del Comisionado del Impuesto sobre la Renta.

Marie le aconsejó que en el futuro lo domiciliara en el banco para pagarlo mensualmente.

—Así ni lo notas —le dijo.

Ese era, por supuesto, un consejo muy útil para el año siguiente. De momento, tenía que sacar de algún sitio treinta y cuatro libras.

Para colmo de males, su madre murió. Envió todo el dinero que pudo para el funeral, pero la gente ya andaba diciendo para su eterna vergüenza que una mujer que había tenido tantos hijos, uno de los cuales ocupaba un cargo europeo, se merecía un funeral mejor del que tuvo. Un hombre de Umuofia que estaba en casa de permiso cuando ella murió trajo la noticia a Lagos, a la reunión de la Unión Progresista de Umuofia.

—Fue una vergüenza —había dicho.

Alguien quiso saber por qué esa bestia (refiriéndose a Obi) no había pedido permiso para ir a casa.

—Esto es lo que le hace Lagos a un joven. Corre detrás de la miel, baila pecho con pecho con mujeres y se olvida de su casa y de su gente. ¿Quién sabe qué medicina le puso esa *osu* en la sopa para que cerrase los ojos y los oídos a su gente?

—¿Le ves alguna vez en nuestras reuniones? Tiene mejor compañía.

En este punto uno de los hombres más ancianos de la reunión levantó la voz. Era un hombre muy pomposo.

—Todo lo que habéis dicho es verdad. Pero hay una cosa que debéis aprender. Todo lo que pasa en la vida tiene un sentido. Como dice nuestra gente: «Donde quiera que algo se alza, algo se alza a su lado». Ya veis lo que es la sangre. No hay nada como ella. Por eso si plantas un ñame produce otro ñame, y si plantas un naranjo da

naranjas. He visto muchas cosas en mi vida, pero nunca he visto a un banano dar malanga. ¿Por qué digo esto? Quiero que vosotros, los jóvenes aquí presentes, me escuchéis, porque es escuchando a los ancianos como se alcanza la sabiduría. Sé que cuando vuelvo a Umuofia no puedo pretender ser un anciano. Pero aquí en este Lagos soy mayor que todos vosotros. —Hizo una pausa efectista—. Este chico del que hablamos, ¿qué ha hecho? Le dijeron que su madre había muerto y no le importó. Es una cosa rara y sorprendente, pero puedo deciros que ya lo he visto antes. Su padre hizo lo mismo.

Ante esto, cundió la emoción.

—Muy cierto —dijo otro anciano.

—He dicho que su padre hizo lo mismo —dijo el primero rápidamente, por si alguien le quitaba la historia de la boca—. No estoy especulando y no os estoy pidiendo que no lo repitáis fuera de aquí. Cuando el padre de este chico (todos le conocéis, es Isaac Okonkwo), cuando a Isaac Okonkwo le dijeron que su padre había muerto él contestó que quien a hierro mata a hierro muere.

—Muy cierto —repitió el otro hombre—. Fue la comidilla de Umuofia en esos días y durante muchos años. Yo era muy pequeño entonces, pero lo oí contar.

—Ya veis —dijo el presidente—. Un hombre puede ir a Inglaterra y hacerse médico o abogado, pero eso no cambia su sangre. Es como un pájaro que sale volando de la tierra y se posa en un termitero. Sigue estando en el suelo.

Obi había quedado absolutamente postrado por el golpe de la muerte de su madre. Tan pronto como vio al cartero vestido de caqui y con un casco metálico avanzando hacia su mesa con el telegrama lo había sabido. Le temblaban las manos violentamente al firmar el recibí y el resultado no se parecía en nada a su firma.

—Hora de la recepción —dijo el cartero.

—¿Qué hora es?

—Tiene usted reloj.

Obi miró su reloj porque, como había señalado el cartero, lo tenía.

Todo el mundo fue extremadamente amable. El señor Green le dijo que podía tomarse una semana de permiso si quería. Obi cogió dos días. Fue derecho a casa y se encerró en su piso. ¿Qué sentido tendría ir a Umuofia? En cualquier caso, ya la habrían enterrado para cuando él llegase. ¡Y la idea de llegar a casa y no encontrarla! En la intimidad de su dormitorio dejó correr las lágrimas como un niño.

El efecto del llanto fue sorprendente. Cuando finalmente se quedó dormido no se despertó una sola vez en toda la noche. Aquello no le pasaba desde hacía muchos años. En los últimos meses apenas había sido capaz de conciliar el sueño.

Se despertó sobresaltado y vio que era completamente de día. Durante un instante se preguntó qué había ocurrido. Después, los pensamientos del día anterior volvieron bruscamente. Se le hizo un nudo en la garganta. Salió de la cama y se quedó mirando

fijamente hacia la luz que entraba por los ventanales. Su corazón estaba lleno de vergüenza y culpabilidad. Ayer habían depositado a su madre en la tumba y la habían cubierto de tierra roja y no había sido capaz de guardar una noche de vigilia por ella.

—¡Terrible! —dijo.

Sus pensamientos se dirigieron hacia su padre. Pobre hombre, estaría completamente perdido sin ella. Durante el primer mes o así no sería tan tremendo. Todas las hermanas casadas de Obi volverían a casa. Sin duda Esther se ocuparía de él. Pero al final todas tendrían que volver a sus casas. Y ese era el momento en el que su padre acusaría realmente el golpe, cuando todo el mundo empezara a irse. Obi se preguntó si había hecho lo correcto al no ponerse en camino hacia Umuofia el día anterior. Pero ¿qué sentido tendría haber ido? Era más útil enviar todo el dinero que tenía para el funeral en vez de gastar gasolina para ir a casa.

Se lavó la cabeza y la cara y se afeitó con una cuchilla vieja. Después estuvo a punto de quemarse la boca al cepillarse los dientes con crema de afeitar, que confundió con la pasta dentífrica.

En cuanto regresó del banco volvió a acostarse. No se levantó hasta que llegó Joseph, a eso de las tres de la tarde. Vino en taxi. Sebastian le abrió la puerta.

—Mete estas botellas en la nevera —le dijo Joseph.

Obi salió de su habitación y se encontró con unas cuantas botellas de cerveza en la puerta. Debía de haber una docena.

—¿Qué es esto, Joseph? —preguntó.

Joseph no respondió inmediatamente. Estaba ayudando a Sebastian a guardarlas.

—Son mías —dijo al fin—. Voy a usarlas para algo.

Poco después empezó a llegar gente de Umuofia. Algunos vinieron en taxis, no solos como Joseph, sino en grupos de tres o cuatro, compartiendo entre ellos el precio del viaje. Otros llegaron en bicicleta. En total había más de veinticinco personas.

El presidente de la Unión Progresista de Umuofia preguntó si se podía cantar un himno en Ikoyi. Lo preguntaba porque Ikoyi era una reserva europea. Obi dijo que era mejor que no cantaran, pero estaba profundamente conmovido al ver que tantos de sus paisanos habían venido, a pesar de todo, a presentarle sus condolencias. Joseph le llamó aparte y le dijo que había traído las cervezas para invitar a los que vinieran.

—Gracias —dijo Obi, intentando despejar la niebla que amenazaba con cubrir sus ojos.

—Dales ocho botellas y guarda el resto para los que vengan mañana.

Al llegar, todo el mundo se dirigía a Obi y le decía «Ndo». A algunos les respondía con una palabra y a otros con una inclinación de cabeza. Nadie se cebó hurgando en su pena. Simplemente le dijeron que fuera valiente y empezaron a hablar enseguida de las cosas corrientes de la vida. Las noticias del día se centraban en el ministro del Territorio, que había sido uno de los políticos más populares hasta que se

le ocurrió criticar al héroe nacional.

—Es un imbécil —dijo uno de los hombres en inglés.

—Es como el pajarito *nza* que después de una comilona estaba tan atontado que retó a su propio chi a un combate singular —dijo otro en igbo.

—Lo que vio en Obodo le hará entrar en razón —dijo un tercero—. Fue a dar un mitin a su propia gente y todo el mundo se puso un pañuelo en la nariz porque sus palabras apestan.

—¿No fue allí donde le pegaron? —preguntó Joseph.

—No, eso fue en Abame. Fue con tres furgonetas llenas de mujeres de su partido. Pero ya sabes cómo es la gente de Abame: no pierden el tiempo. Le dieron una buena paliza y les quitaron los pañuelos de la cabeza a las mujeres. Dijeron que no estaba bien pegar a las mujeres, pero les quitaron los pañuelos.

En la otra esquina un grupito estaba manteniendo una conversación diferente. Hubo una pausa en la discusión general y se oyó la voz de Nathaniel contando una historia.

—Tortuga emprendió un largo viaje para visitar a un clan lejano. Pero antes de marchar le dijo a su gente que no fueran a buscarle a menos que ocurriera algo nuevo bajo el sol. Cuando se hubo marchado, su madre murió. El asunto era cómo hacerle volver para enterrar a su madre. Si le decían que su madre había muerto, él diría que no era nada nuevo bajo el sol. Así que le dijeron que la palmera de su padre había dado un fruto al final de una hoja. Cuando Tortuga se enteró, dijo que tenía que volver a casa para ver esa monstruosidad. Así que le fastidiaron sus intenciones de no acudir al funeral de su madre.

Hubo un largo silencio embarazoso cuando Nathaniel terminó de contar la historia. Era obvio que solo la había contado para unos pocos a su alrededor. Pero de pronto se había encontrado dirigiéndose a toda la habitación. Y no era un hombre que dejara una historia a medias.

De nuevo Obi durmió toda la noche y se despertó por la mañana con sentimiento de culpa. Pero no era tan punzante como el día anterior. Y pronto se desvaneció, dejando una extraña sensación de calma. La muerte era una cosa extraña, pensó. No hacía ni tres días que su madre había muerto y la sentía ya muy distante. Cuando intentó representársela la noche anterior, la imagen estaba ya un poco borrosa en los bordes.

—¡Pobre madre! —dijo, intentando sentir la emoción correcta mediante la manipulación de sus propios sentimientos.

Pero no sirvió de nada. El sentimiento dominante era la paz.

Cuando llegó el desayuno, tenía un apetito voraz e insólito, pero se negó deliberadamente a comer más que un poco. A las once, no obstante, no pudo evitar el tomar un poco de garri empapado en agua fría con azúcar. Mientras lo tomaba a

cucharadas se sorprendió tarareando una melodía de baile.

—¡Terrible! —dijo.

Después recordó la historia del rey David, que renunció a comer mientras su hijo estuvo enfermo, pero que se lavó y comió cuando murió. Él, también, debía de haber sentido esta clase de paz. La paz que va más allá del entendimiento humano.

CUANDO superó el periodo de culpabilidad Obi se sintió como un metal que ha pasado por el fuego. O, como él mismo lo expresó en una de las espasmódicas entradas de su diario: «Me pregunto por qué me siento como una serpiente que acaba de emerger de su muda». La imagen de su pobre madre volviendo del río, con la ropa sin lavar y la palma de la mano sangrando donde se había cortado con su cuchilla herrumbrosa, se desvaneció. O, mejor dicho, pasó a segundo plano. Ahora la recordaba como la mujer que conseguía que las cosas funcionaran.

Su padre, aunque se mantenía siempre firme en las disputas entre la iglesia y el clan, era un hombre de pensamiento y no de acción. Ciertamente, a veces tomaba decisiones precipitadas y violentas, pero esas ocasiones no eran frecuentes. Cuando en circunstancias normales se enfrentaba a un problema, lo suyo era medirlo y sopesarlo y mirarlo desde todos los ángulos, posponiendo la acción. Él confiaba completamente en su esposa en esas ocasiones. Siempre decía en broma que todo había empezado el día de su boda. Y entonces contaba cómo ella había sido la primera en cortar la tarta nupcial.

Cuando los misioneros trajeron su propio estilo de matrimonio, también trajeron la tarta nupcial. Pero pronto fue adaptada al sentido teatral de la gente. Se les daba un cuchillo al novio y otro a la novia. El maestro de ceremonias contaba «Un, dos, tres, ¡ya!», y el primero en cortar la tarta era el dominante en la pareja. El día de la boda de Isaac, su mujer había cortado la tarta primero.

Pero la historia que a Obi le resultaba más entrañable era la del cabrito sagrado. En su segundo año de matrimonio, su padre era catequista en un poblado llamado Aninta. Uno de los grandes dioses de Aninta era Udo, que tenía un cabrito dedicado a él. Este cabrito se convirtió en una amenaza para la misión. Además de dormir y defecar en la iglesia, destrozaba las cosechas de ñames y maíz del catequista. El señor Okonkwo se había quejado en varias ocasiones al sacerdote de Udo, pero el sacerdote (que sin duda era un guasón) decía que el cabrito de Udo era libre de ir a donde quisiera y de hacer lo que le apeteciera. Si le daba por ir a dormir al altar de Okonkwo, debía de ser porque los dos dioses eran camaradas. Y la cosa hubiera seguido así de no haber sido porque un día el cabrito entró en la cocina de la señora Okonkwo y se comió el ñame que ella estaba preparando para la comida, y eso en una época en la que los ñames eran tan preciosos como colmillos de elefante. Cogió un machete afilado y le cortó la cabeza al cabrito. Hubo serias amenazas por parte de los ancianos del pueblo. Las mujeres se negaron durante un tiempo a comprarle o venderle en el mercado. Pero la emasculación del clan por la religión y el gobierno de los blancos había tenido tanto éxito que el asunto pronto se calmó. Quince años antes de este incidente, los hombres de Aninta habían ido a la guerra con

sus vecinos y los habían sometido. Pero el gobierno de los blancos se había entrometido y había obligado a todos los hombres de Aninta a entregar sus armas de fuego. Cuando habían recogido todas, los soldados las destruyeron públicamente. Hoy día hay una quinta en Aninta que se llama la Quinta de los Fusiles Rotos. Son los chicos que nacieron ese año.

Estos pensamientos le proporcionaron a Obi un extraño placer. Parecían liberar su espíritu. Ya no se sentía culpable. Él, también, estaba muerto. Después de la muerte no hay ideales ni engaños, solo la realidad. El idealista impaciente dice: «Dadme un punto de apoyo y moveré el mundo». Pero no existe semejante lugar. Todos estamos sobre la tierra misma y tenemos que seguir su ritmo. La visión más terrible del mundo no hace que se te salgan los ojos. La muerte de una madre no es como una palmera que da fruto en el extremo de una hoja, por mucho que queramos. Y esa no es la única ilusión que tenemos...

Era otra vez el momento de solicitar becas. Había tanto trabajo que Obi tenía que llevarse a casa varios expedientes todos los días. Estaba a punto de ponerse a trabajar cuando un nuevo modelo de Chevrolet aparcó fuera. Lo vio claramente desde su escritorio. ¿Quién podía ser? Parecía uno de los prósperos hombres de negocios de Lagos. ¿Qué podía querer? Todos los demás ocupantes del bloque eran europeos sin importancia que ocupaban los escalafones más bajos del funcionariado.

El hombre llamó a la puerta de Obi, y Obi se precipitó a abrirla. Probablemente quería que le diera alguna dirección de otra persona. Los no residentes se perdían siempre en Ikoyi entre los bloques idénticos de viviendas.

—Buenas tardes —dijo.

—Buenas tardes. ¿Es usted el señor Okonkwo?

Obi dijo que sí. El hombre se presentó. Vestía una agbada carísima.

—Por favor, siéntese.

—Gracias.

Sacó una toallita de algún repliegue de su vaporoso ropaje y se enjugó la cara.

—No quiero hacerle perder el tiempo —dijo mientras se secaba los antebrazos bajo las amplias mangas de la agbada—. Mi hijo se va a Inglaterra en septiembre. Quiero que tenga una beca. Si usted puede hacerlo, aquí tiene cincuenta libras.

Sacó un fajo de billetes del bolsillo de la agbada.

Obi le dijo que no era posible.

—En primer lugar, yo no concedo las becas. Lo único que hago es repasar las solicitudes y recomendar a los que satisfacen los requerimientos del Comité de Becas.

—Eso es lo que quiero. Solo que le recomiende —dijo el hombre.

—Pero puede que el comité no le seleccione.

—No se preocupe por eso. Límitese a hacer lo propio...

Obi estaba en silencio. Recordó el nombre del muchacho. Ya estaba entre los

seleccionados.

—¿Por qué no paga usted sus estudios? Usted tiene dinero. Las becas son para los pobres.

El hombre se rió.

—Nadie tiene bastante dinero en este mundo. —Se puso de pie y colocó el fajo de billetes ante Obi, en la mesita auxiliar—. Esto es solo una pequeña nuez de cola —dijo—. Vamos a ser buenos amigos. No se olvide de mi nombre. Ya nos veremos. ¿Va alguna vez al club? No le había visto nunca antes.

—No soy miembro.

—Pues debería hacerse —dijo—. Hasta la vista.

El fajo de billetes permaneció donde el hombre lo había dejado todo el día y toda la noche. Obi puso un periódico encima y echó el cerrojo a la puerta.

—¡Esto es terrible! —murmuró—. ¡Terrible! —dijo en voz alta.

Se despertó sobresaltado a media noche y no fue capaz de volverse a dormir durante mucho rato.

—Bailas muy bien —susurró él mientras ella se apretaba contra su pecho, respirando fuerte y rápido.

Ella le echó los brazos alrededor del cuello y puso sus labios a un centímetro de los suyos. Ya no prestaban atención al ritmo del *high-life*. Obi la condujo hacia su habitación. Ella hizo un falso amago de resistencia, luego le siguió.

Obviamente, no era una escolar inocente. Conocía el oficio. En cualquier caso, estaba en la lista de finalistas. Pero de todos modos era una gran decepción. Era inútil pretender que no lo era. Al menos uno tenía que ser honesto. La llevó en su coche de regreso a Yaba. De regreso pasó por casa de Christopher para contárselo y reírse un rato. Pero se fue sin haberle contado la historia. Otro día, quizá.

Vinieron otros. La gente decía que el señor Tal-y-Tal era un caballero. Cogía dinero, pero hacía su trabajo, lo cual era una gran publicidad, así que otros seguirían. Pero, tercamente, Obi se negaba a dar su aprobación a nadie que no tuviera la educación mínima y otros requisitos. En eso era inflexible.

A su debido tiempo, pagó el descubierto del banco y su deuda con el Excelentísimo Sam Okoli, miembro de la Cámara de Representantes. Lo peor ya había pasado y Obi tendría que sentirse más feliz. Pero no era así.

Después un día alguien le dio veinte libras. Cuando el hombre se fue, Obi sintió que no podía soportarlo más. La gente dice que uno se acostumbra a estas cosas, pero para él no había sido así. Cada ocasión había sido cien veces peor que la anterior. El dinero estaba sobre la mesa. Hubiera preferido no mirarlo, pero parecía no tener alternativa. Se quedó sentado mirándolo, paralizado por sus pensamientos.

Llamaron a la puerta. Se puso en pie de un salto, cogió el dinero y lo llevó a la habitación. Un segundo golpe en la puerta le pilló casi en la puerta del dormitorio y le

dejó allí clavado. Entonces vio en el suelo por primera vez el sombrero que su visitante había olvidado, y suspiró con alivio. Se metió el dinero en el bolsillo y fue a abrir la puerta. Entraron dos personas: una era su último visitante, el otro un extraño.

—¿Es usted el señor Okonkwo? —preguntó el extraño.

Obi respondió que sí con una voz que a él mismo le costó reconocer como propia. La habitación empezó a dar vueltas a su alrededor. El desconocido estaba diciendo algo, pero sonaba muy lejano, como suenan las palabras a un hombre con fiebre. Después registró a Obi y encontró los billetes marcados. Empezó a decir otras cosas, invocando el nombre de la reina, como un comisario de distrito en un poblado leyendo el Acta de Rebeliones a una multitud delirante que no podía comprenderle. Mientras tanto el otro hombre usó el teléfono que estaba al lado de la puerta de Obi para llamar al furgón policial.

Todo el mundo se preguntaba por qué. El docto juez, como hemos visto, no podía comprender cómo un joven educado, etcétera, etcétera. El tipo del Instituto Británico, incluso los hombres de Umuofia, no lo entendían. Y debemos suponer que, a pesar de sus inamovibles certezas, el señor Green tampoco.

Glosario

Agbada: túnica.

Aso ebi: ropajes comunes a un grupo familiar o gremio.

Chi: dios personal, destino, lo que hace a un individuo ser quien es.

Egusi: pepitas de melón.

Garri: papilla espesa de maíz.

Ife awolu Ogoli azua n'afia: lo que se le roba a una mujer no se compra en el mercado.

Jeje: tranquilamente, con calma.

Kwuenu: responded.

Ndo: expresión de pésame.

Nno: bienvenido.

Oga: jefe.

Ojare: por favor.

Ori oda: idiota.

Osu: paria, persona de una casta tabú.

Uli: pigmento negro usado para el adorno corporal.



CHINUA ACHEBE. Novelista y ensayista nigeriano en lengua inglesa, de etnia y cultura ibo, Chinua Achebe se inscribe en la primera generación de intelectuales africanos educados en su patria. Su obra describe la irrupción de las costumbres y los valores occidentales en la cultura tradicional africana, así como los conflictos de la sociedad poscolonial.

Su padre, perteneciente a la etnia Ibo, era profesor en una escuela misionera, y aunque trató de inculcarle algunos de los valores de la cultura a la que pertenecía, también era un devoto protestante, y en consecuencia lo bautizó con un nombre cristiano. Sin embargo, durante sus años en la Universidad, Achebe renunció a su nombre inglés y adoptó el nombre indígena por el que desde entonces se le conoce. Del mismo modo, su obra no se redujo a la simple imitación de la literatura europea, sino que avanzó hacia la creación de nuevas formas literarias a partir de la propia lengua inglesa. El resultado fue un inglés entreverado de habla africana, así como una mezcla de lo real y lo mágico.

En la Universidad de Ibadán estudió primero Medicina y después Literatura, y más tarde pasó a trabajar en la radio nigeriana, en la que hizo carrera. Con W. Soyinka, J. P. Clark, A. Tutuola, E. Mphahlele y otros coetáneos fundó el célebre «Mbari Club», que llegó a ser un lugar de animado debate cultural y del que nacería la editorial homónima. Fundó y dirigió la colección «African Writers» del editor londinense Heinemann, que acogió las mayores obras literarias africanas en lengua inglesa, y también dirigió la revista *Okike*.

Durante la guerra civil de Biafra se alineó al lado de su pueblo, es decir, a favor de Biafra; salió destrozado de aquella terrible experiencia y, desde entonces, no volvió a escribir prácticamente nada. Pasó varios períodos, algunos de ellos prolongados, en el extranjero, en la Universidad de Massachusetts y en la de Connecticut. Enseñó literatura en la Universidad de Ibadán y en la de Nsukka.

Achebe es no sólo uno de los fundadores del renacimiento literario nigeriano (que tuvo lugar a partir de la década de 1950), sino uno de los mejores escritores en lengua inglesa y el más conocido y más leído de los novelistas anglófonos africanos. Narrador de fuerte vena inventiva, creador de un estilo sabiamente articulado sobre los idiomas, los proverbios y los ritmos de la tradición oral ibo, examinó el pasado de su pueblo y lo representó encarnándolo en un clan y en su historia, que se desarrolla en el vasto abanico de una trilogía épico-satírica.

En 1958 apareció el primer volumen de la trilogía, *Todo se derrumba*; (*Things Fall Apart*), que comienza en una época en la que los blancos aún no habían llegado al interior del país. La novela se estructura en torno a la tragedia personal del héroe, el guerrero Okonkwo, quien, debido a una serie de desgraciadas coincidencias y errores fatales, destruye su propia existencia y acaba suicidándose.

Notas

[1] «The Novelist as Teacher», en *Hopes and Impediments*, Doubleday, Nueva York, 1989, p. 44; la traducción es mía.<<

[2] «An Image of Africa: Racism in Conrad's Heart of Darkness», op. cit., p. 15; la traducción es mía.<<

[3] Lukács, Georg, *The Theory of the Novel*, Merlin Press, Londres, 1920, 1971, p. 88; la traducción es mía.<<

[4] Innes, Catherine Lynette, Chinua Achebe, Cambridge University Press, Cambridge, 1990.<<

[5] G. Lukács, *op.cit.*, p. 86; la traducción es mía. <<

[6] The Trouble with Nigeria, Heinneman, Londres, 1984.<<

[7] En el original inglés, estos versículos del profeta Isaías (9, 1-2) utilizan la palabra darkness, lo que para el lector anglófono sugiere inmediatamente la novela Heart of Darkness de Conrad. En la versión de la Biblia de Jerusalén que yo he manejado (Desclée de Brower, Bilbao, 1975), la traducción no es «tinieblas», sino «oscuridad», con lo que se pierde la referencia directa. (N. de la T.)<<

[8] Planta medicinal. (N. de la T.) <<

[9] En inglés, el secretario confunde comity, «finura», con «comitiva»; su discurso, lleno de malapropismos, es obviamente blanco de la ironía del autor. (N. de la T.)<<

[10] Olorun es la principal deidad del panteón yoruba. (N. de la T.)<<